

Arcoíris del adiós

Arcoíris del adiós

Epitafios, imágenes y rituales en el discurso fúnebre

Nevis Balanta Castilla
David Navarro Mejía



*En memoria de nuestros padres
Olga Margarita, Gustavo, Armando y Carmen.*

Agradecimientos

En el desarrollo de la investigación que llevó a la publicación de este libro es justo reconocer el trabajo de visita y compilación que realizaron sobre textos fúnebres en muchos cementerios del país, los estudiantes del semillero de investigación Etymos, Edna Barreto, Katherina Calderón, Estefanía Gómez, Juan Carlos Quitián, Judy Moreno, Alejandra Andrade, Yeimi Rodríguez, Paola Ramos, Jonathan Sarmiento, Yamile Vargas, Juan Felipe Molina y Yilber Perdomo. También a las estudiantes Johana Cifuentes y Lorena Salazar, y a la profesora Nazly Vargas. Gracias mil al equipo de medios de Propiedad Pública apropiación social del conocimiento de la Universidad de Antioquia, que en su momento también fueron un pilar de divulgación de este estudio. Vayan también las gracias a Tony Arévalo por la lectura previa del texto y sus sugerencias, así como a Miguel Fernando Niño Roa, por el acompañamiento editorial y a Rubén Carvajalino, jefe de la Editorial de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, por su siempre buena disposición. Y, por supuesto, a nuestras pequeñas hijas Lucía y Tamara por el tiempo y el amor que nos regalaron para escribir este texto.



UD
Editorial



**CIUDADANÍA
& DEMOCRACIA**

© Universidad Distrital Francisco José de Caldas
© Centro de Investigaciones y Desarrollo Científico
© Nevis Balanta Castilla, David Navarro Mejía
Primera edición, agosto de 2017

ISBN: 978-958-5434-62-2

Dirección Sección de Publicaciones
Rubén Eliécer Carvajalino C.

Coordinación editorial
Miguel Fernando Niño Roa

Corrección de estilo
Óscar Torres

Diagramación
Martha Liliana Leal

Imagen de cubierta
Obra "Las camas de la muerte" de Francisco de Goya

Editorial UD
Universidad Distrital Francisco José de Caldas
Carrera 24 No. 34-37
Teléfono: 3239300 ext. 6202
Correo electrónico: publicaciones@udistrital.edu.co

Balanta Castilla, Nevis
Arcoíris del adiós : epitafios, imágenes y rituales en el
discurso fúnebre / Nevis Balanta Castilla, David Navarro Mejía.
-- Bogotá : Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2017.
184 páginas ; 24 cm. -- (Ciudadanía y democracia)
ISBN 978-958-5434-62-2
1. Muerte - Ritos y ceremonias 2. Oraciones fúnebres 3.
Ritos y ceremonias fúnebres 4. Cementerios 5. Epitafios I.
Navarro Mejía, David, autor II. Tít. III. Serie.
398.354 cd 21 ed.
A1579079

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Todos los derechos reservados.

Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo escrito de la
Sección de Publicaciones de la Universidad Distrital.
Hecho en Colombia

Contenido

Prólogo	15
Introducción	19
El discurso histórico y literario sobre la muerte	23
Recuento histórico	23
El discurso de la muerte en la literatura	25
Enfoque semiótico discursivo del discurso fúnebre I	35
Perspectiva semiótica del discurso fúnebre	35
Los estudios sobre el duelo. Un buen duelo	38
El discurso del duelo y el luto	42
Signos fisiológicos y palabras del dolor	43
La buena, la mala y la bella muerte a través del discurso	44
Enfoque semiótico discursivo del discurso fúnebre II	47
Los estudios sobre géneros cortos	47
Definición de epitafio	49
Características de lápidas y epitafios	49
Algunas aproximaciones sobre el epitafio en diferentes autores	51
La escritura funeraria en Mérida	51
La conceptualización metafórica en epitafios	51

El rito como lenguaje	53
Significado del rito funerario	55
Ritos funerarios en la historia	56
Rituales del discurso del dolor	60
El discurso fúnebre: textos	63
Comunicación, lenguaje y lápidas	63
Metáforas, eufemismos y refranes sobre la muerte	64
Refranes referidos a la muerte	66
El discurso fúnebre: imágenes	69
El barroquismo del discurso del dolor	69
Fragmento de imágenes de la muerte en la antigüedad	71
El sentido de las imágenes religiosas de la muerte	72
Secularización de otras imágenes de la muerte	73
Arcoíris de los mensajes en los epitafios	75
Características de los epitafios	75
Descripción de algunos elementos del lenguaje de las lápidas	77
Tipología de epitafios según los hallazgos	81
Fragmentos del discurso fúnebre en cementerios de Colombia	91
Bogotá	92
Centro del país	94
Región Pacífica	95
Región Caribe	98
Rituales fúnebres de Colombia	103
El Pacífico colombiano: Chocó y sus tradiciones fúnebres	103
Cantos de alabaos	104
Cantos de gualí	105
San Basilio de Palenque: ritual funerario en la Costa Caribe	106
Rituales fúnebres indígenas	107
Otras tradiciones simbólicas difundidas	109

La muerte trágica en Colombia y su impacto social	113
Conclusiones	119
Epílogo	123
Referencias bibliográficas	125
Anexos	129

Prólogo

En 2011 iniciamos el estudio del discurso en los epitafios porque nos pareció que tenía una importancia especial en el discurso de la muerte en Colombia. Lo hicimos con la expectativa de comenzar un trabajo de investigación modesto, pues teníamos escasos seis meses para su investigación y tan solo trabajamos en dos cementerios de Bogotá en los que pretendíamos encontrar un corpus representativo de dicho discurso. También nos motivaba ver que tras ese modesto género discursivo se podría abrir una veta de estudio atrayente respecto a cómo enfrenta la sociedad colombiana el tema de la muerte y su creciente omnipresencia y permanencia en la historia de nuestra nación.

En efecto, se ha incorporado en el imaginario de nuestra cultura una presencia constante de hechos de muerte que resulta fatigante y en ocasiones fastidioso escuchar o ver en las noticias de los medios informativos porque en ellos se encuentra una sobredosis de muertos, ya sea producto de nuestra inveterada violencia social y política o por accidentes de tránsito y carretera, amén de los que tienen origen en tragedias naturales.

La muerte no es un hecho fortuito ni casual, sino que se presenta de manera desbordada y apabullante, logrando un efecto contrario en nuestra sensibilidad, puesto que provoca una suerte de anestesia frente al dolor y la tragedia que ella por lo regular trae para los colombianos.

Teníamos pues grandes expectativas por los hallazgos que encontraríamos y pronto se nos reveló que, al agrupar y enumerar un corpus significativo de epitafios, el discurso fúnebre se nos presentó con una humildad espartana que no dejaba abrigo para una aproximación más fructífera y fascinante.

En las lápidas no encontramos esa épica o lirismo que literariamente ofreciera un puñado de expresiones afectivas y emocionales que dieran cuenta del sentimiento magnífico que guardan esas modestas inscripciones en los sepulcros.

Al observar con más detalle y amplitud lo que teníamos entre manos, percibimos que en esas inscripciones había un gran sentido de coraje y, por qué no, de lirismo. El asunto era que debíamos verlo con una mirada más abarcadora, es decir, debíamos encuadrar su valor y sentido en el marco del discurso fúnebre y englobar en estas expresiones como los ritos, las imágenes y otros géneros que están asociados a la muerte.

Nos dimos cuenta que el discurso de los epitafios transcendía lo fúnebre y la interpretación del contenido de esas otras manifestaciones implícitas en él. Nuestra tarea fue dirigir la mirada hacia otros cementerios del país. Para entonces la sensación que nos invadió fue que estábamos siendo superados en nuestras capacidades, pero que teníamos ante nosotros la posibilidad de ordenar un atlas del discurso fúnebre en Colombia, no solo de epitafios sino también de todo lo que encierra el lenguaje de las lápidas, sepulcros y panteones encontrados en los campos santos del país.

Empezamos un ejercicio de interpretación no solo de epitafios sino también de los ritos asociados a la muerte en nuestra cultura, a las imágenes que contienen las tumbas y a otras manifestaciones asociadas al discurso fúnebre literario y mitológico tanto antiguo como moderno.

En un ejercicio de sumas y restas, lo que presentamos aquí no es el humilde artículo que nos propusimos escribir sobre el tema ni el Atlas que tuvimos un momento en nuestras manos, sino un texto que pretende mostrar un panorama del estudio que llevamos a cabo durante aproximadamente dos años de visitas a cementerios, búsqueda de información y cotejo de documentos que nos ofrecieran las luces y el camino para presentar los resultados de este estudio, pues es evidente que el discurso que contiene nos permitió un estudio más a fondo de nuestro objeto.

Previo a este texto, dimos a conocer el estudio que hicimos a través de artículos en publicaciones académicas, prensa nacional y en canales de televisión regional¹.

1 Una síntesis de la divulgación e impacto que ganó la investigación se sintetiza así: **Publicaciones:** Castilla, N. (octubre, 2012). El lenguaje fúnebre en Bogotá. *Revista Tecnura*, 16. Recuperado de: <http://revistas.udistrital.edu.co/ojs/index.php/Tecnura/article/view/6825> Londoño Calle, V. (21 de abril, 2012). El lenguaje de las tumbas. *El Espectador*. Recuperado

De modo que el tiempo ocupado en el estudio del discurso fúnebre, pese a lo inquietante del tema, resultó para nosotros una experiencia satisfactoria como trabajo de exploración e investigación académica.

Quedan sentidos de la investigación que ya intuimos, pero que materialmente el tiempo no nos permite presentar en este texto. Sin embargo, este trabajo ha sido, sin duda, un estudio aleccionador para nosotros y una fuente que nos genera la curiosidad necesaria para conocer la cultura de nuestro país y los tesoros que esconde. Aunque algunos de estos tesoros pueden mostrarnos una cara desfigurada de nuestra nación, estaremos ganando en conocer asuntos que hacen parte de nuestra colombianidad y que nos definen como sociedad y como país.

de:<http://www.elespectador.com/noticias/bogota/el-lenguaje-de-tumbas-articulo-340259>.

Vídeos: Gómez Bedoya, A. (2014). *Los versos del adiós* [Vídeo presentado en la Feria Internacional del Libro de Bogotá 2014, Corferias].

Grupo de Investigación en Lenguaje y Tecnología (Lente). *Epitafios colombianos* [Vídeo]. De <https://www.youtube.com/watch?v=SewU-tcHczM>

Grupo de Investigación en Lenguaje y Tecnología (Lente). *Epitafios colombianos* (Subcapítulo) [Vídeo]. De <https://www.youtube.com/watch?v=KkiCqF8rsDE>

Grupo de Investigación en Lenguaje y Tecnología (Lente). *Epitafios colombianos* (Caracterización) [Vídeo]. De <https://www.youtube.com/watch?v=xzwNPsZ-HvA>

Grupo de Investigación en Lenguaje y Tecnología (Lente). *Epitafios colombianos* (Recuento) [Vídeo]. De <https://www.youtube.com/watch?v=PLxCcDltc0U>

Grupo de Investigación en Lenguaje y Tecnología (Lente). *Epitafios colombianos* (Promo) [Vídeo]. De <https://www.youtube.com/watch?v=gBmtTWis2IM>

Estos videos fueron presentados gracias a *Propiedad Pública apropiación social del conocimiento* de la Universidad de Antioquia, en los siguientes canales de televisión y fechas de emisión en 2016: Teleantioquia: jueves 28 de abril a las 6:30 pm; Teleislas: viernes 27 de mayo a las 1:30 pm; Telecaribe: sábado 28 de mayo a las 10:00 am; Telemedellín: sábado 4 de junio a las 12:30 pm; Canal Zoom: martes 31 de mayo a las 2:30 pm y reemisión a las 10:30 pm; Canal U: jueves 2 de junio a las 9:30 pm; Telecafé: domingo 5 de junio a las 12:30 pm.

Transmisiones por radio: Desde el 1 de marzo hasta el 14 de abril de 2016. Nombre: Epitafios (Groucho Marx); Archivos MP3 con los micros de radio. Por WeTransfer; URL: <http://www.propiedadpublica.com.co/groucho-marx/>; Transmitido en diferentes horarios en las siguientes emisoras: Red de Radio Universitaria de Colombia (RRUC) 63 emisoras, 44 universidades, 20 ciudades, 9 municipios; Laud 90.4 FM Estéreo (Universidad Distrital Francisco José de Caldas); Emisora Cultural Universidad de Antioquia; Radio Bolivariana (UPB); UN Radio (Universidad Nacional de Colombia); Radio Altair (Universidad de Antioquia); Frecuencia U (Universidad de Medellín); Uninorte FM Estéreo; Univalle Estéreo 105.3 FM; Acústica (Eafit), T de A Radio; ITM Radio, Cámara FM; Estaciones del Metro de Medellín.

Archivo en PDF de las versiones para prensa con las síntesis de los artículos: por WeTransfer. Nombre: “Los epitafios: literatura corta para el consuelo”, Autor: Nevis Balanta Castilla. URL: <http://www.propiedadpublica.com.co/los-epitafios-literatura-corta-para-el-consuelo/> Periódicos y fechas de publicación (Impresos): El Nuevo Siglo: 14 de mayo de 2016; El Mundo: 3 de mayo de 2016; La Crónica: 2 de mayo de 2016; Periódicos y fechas de publicación (digitales): El Tiempo: 28 de abril de 2016 URL: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16575576>; Juan Diego Restrepo, El Universal (5 de mayo, 2016). URL: <http://www.eluniversal.com.co/colombia/los-epitafios-literatura-corta-para-el-consuelo-225404>

Archivo en PDF con la versión para web del artículo completo: por WeTransfer. Nombre: “Lenguaje fúnebre y expresiones del duelo”. Nevis Balanta Castilla, David Navarro Mejía. URL: <http://www.propiedadpublica.com.co/lenguaje-funebre-y-expresiones-del-duelo/>

Archivo en PDF de las historietas: versiones en PDF por WeTransfer. “Las voces de los muertos”. Ref: Epitafios. URL: <http://www.propiedadpublica.com.co/las-vozes-de-los-muertos/>

Introducción

El estudio de los efectos de la muerte como hecho rotundo e inapelable de la vida individual y social es diverso por cuanto se encuadra dentro de una cultura. En el caso de la indagación que hicimos en el país acerca del lenguaje en las lápidas o inscripciones que estas tienen, en especial frases que solemos asumir como epitafios, la representación de su discurso es ilustrativa puesto que nos muestra cómo enfrentamos la muerte los colombianos.

En efecto, los epitafios suelen ser inscripciones que, como ya dijimos, hacen referencia a ámbitos religiosos, sentimientos de amor, respeto y gratitud que lega el difunto a sus dolientes, visiones de vida y también a expresiones atípicas que desafían a la muerte misma; pero hay un aspecto que acompaña a muchas inscripciones en las lápidas y este es la simbología que realza el ámbito en que se enmarcan los epitafios y que está cifrada en imágenes religiosas de ángeles, vírgenes, de Jesús o de libros que por analogía representan la Biblia.

Lo nuevo de este discurso que acompaña los epitafios es que también le ha abierto campo a sentimientos deportivos del difunto, puesto que muestran el escudo del equipo de fútbol del cual era hinchas y, en el caso de los difuntos niños, se acompañan de imágenes como Winnie Pooh, peluches y otras. También se puede apreciar imágenes de corazones, mariposas u otras que aluden al ámbito sentimental; estas se encuentran hechas de materiales plásticos que, en muchos casos, adornan profusamente algunas lápidas y tumbas.

Es evidente el impacto que tiene la muerte en todas las culturas; para la colombiana la muerte es un hecho cotidiano debido a las condiciones de conflicto y violencia en las que se encuentra inmerso el país.

Los epitafios, las imágenes y los ritos de la muerte son parte del discurso fúnebre y del dolor representados en muchos elementos de la memoria social y cultural de los colombianos. Desde la perspectiva de la lingüística, la antropología, la literatura y la semiótica, los epitafios se asumen como forjadores del lenguaje fúnebre, lo cual permite que estas disciplinas se intersecten y complementen, pues su objeto de estudio se vuelve cada vez más difuso y común entre ellas. Abordar esos nuevos lenguajes abre la posibilidad de examinar los discursos de la muerte y el duelo en un país que lo necesita.

Teniendo en cuenta la perspectiva antropológica, la muerte se relaciona con la cosmovisión y el concepto de tiempo de cada cultura, por eso en cada contexto se tienen distintas representaciones acerca de aquella; por ejemplo, para los aztecas, Mictecacihuatl era la señora muerte, Huntu para los africanos, Hades o Esquileo para la mitología griega y Osiris para la egipcia; es decir que siempre hay un dios o una divinidad que se encarga de la muerte, de los infiernos o del pecado.

En este sentido, examinar el tema abre la posibilidad de explorar diferentes aspectos del discurso de la muerte y su duelo; así, los epitafios, los ritos e imágenes asociados a la muerte son una representación del lenguaje fúnebre y de las tipologías discursivas sobre el dolor. Michel Foucault que prefiguró su temprano programa de estudio en su texto *El orden del discurso*, sugirió que en “toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar sus poderes y peligros” (Foucault, 1999, p.14). Pues bien, dentro de los procedimientos de exclusión señalados por él, uno de ellos fue el de la prohibición, por lo que gran parte de sus reflexiones y estudios están referidos al discurso de la sexualidad, la locura, la prisión, entre otros. Nosotros queremos pensar, aunque en su momento ya hubo estudios que se ocuparon del discurso de la muerte, que uno de los órdenes discursivos del que justamente no se ocupó Foucault, curiosamente fue del discurso fúnebre. Es claro que aunque hay una producción discursiva significativa sobre la muerte, también hay alrededor de él, una suerte de peligro y de poder que lo recluyen al campo de la contingencia. Por tanto, el estudio que presentamos quiere ser una oportunidad para que el discurso fúnebre gane más visibilidad y trascienda el aura del tabú.

Todo esto supone retos en los estudios de la lingüística, la literatura, la comunicación y la cultura, pues en el discurso fúnebre se encuentran diversos lenguajes acerca de la muerte y la forma de comunicar el dolor. Gracias

a esta problemática surgieron las siguientes preguntas: ¿cómo es el lenguaje de las lápidas?, ¿cuáles son las características del lenguaje fúnebre?, entre otras que fueron punto de partida de la investigación y que no se agotan con el estudio adelantado.

El estudio del lenguaje de las lápidas y epitafios, así como de ritos e imágenes vinculados al discurso fúnebre, puede aportar elementos útiles en la práctica cultural para comprender cómo se expresa el duelo en la sociedad colombiana, además de generar orientaciones más concretas sobre cómo abordar y entender el dolor y la comunicación del duelo en una sociedad cada vez más enferma en sus emociones, pues el dramatismo de la muerte es cotidiano y asociado a la violencia, lo cual a su vez viene transformando la forma de representación y el modo de asumir las emociones asociadas a la muerte.

En el aspecto teórico hay muchas disciplinas que abordan el tema de la muerte. Tal es el caso de la antropología, la filosofía, la historia y por supuesto la literatura con las composiciones relativas a su presencia (elegías). También la lingüística textual permite aproximarse a géneros cortos y así forjar perspectivas de análisis de los discursos y su aproximación como fenómenos sociolingüísticos, culturales y comunicativos que tocan todas las esferas de la vida de los sujetos.

En lo que a nosotros respecta, con la investigación buscamos explorar nuestro propio camino de estudio del discurso fúnebre, en especial de los epitafios, para luego aproximarnos a un universo más amplio del lenguaje vinculado a la muerte, como es el caso de los ritos e imágenes que la representan. Queda todavía por estudiar un amplio campo de estudio sobre el universo lingüístico y discursivo de las lápidas y los epitafios y, en general, de los discursos de la muerte.

Nuestros objetivos han sido cumplidos teniendo en cuenta que aspirábamos reunir un repertorio de epitafios, imágenes y ritos que nos permitieran, en principio, una descripción tipológica del discurso y un adecuado y pertinente instrumental teórico para su análisis general.

Es evidente que la magnitud del fenómeno que estudiamos necesita investigaciones nuevas que pueden desarrollarse y ampliarse para cubrir el repertorio y universo del lenguaje presente en el discurso fúnebre y del duelo. Esperamos que el alcance de nuestra investigación sea un punto de arranque para una aproximación más amplia y detallada del lenguaje fúnebre y del duelo.

Por lo demás, el presente texto se ha ordenado de la siguiente manera: los tres primeros capítulos abordan de modo puntual aspectos históricos, literarios y teóricos del discurso fúnebre. Seguidamente se muestran expresiones del discurso fúnebre como el rito, el epitafio y algunas imágenes y lenguaje asociados al universo de las tumbas en los campos santos.

Luego varios capítulos, del quinto al décimo, se ocupan de la descripción y análisis pertinente del lenguaje que encierra el epitafio, las imágenes de las tumbas y los ritos fúnebres, para lo cual seleccionamos un corpus de textos que creemos ilustran de modo veraz el discurso fúnebre que estudiamos en Colombia.

Finalmente presentamos las conclusiones y reflexiones que suponemos más significativas para la sociedad colombiana. Como modo de soporte del estudio dejamos anexos con un inventario de epitafios y en otro aparte un número razonable de imágenes que pretenden ser un material de apoyo del estudio adelantado, o de mayor profundización para los estudiosos del tema.

El discurso histórico y literario sobre la muerte

Y entonces, de repente, aparece la muerte. El hombre deja escapar un pequeño suspiro, se desploma en un sillón y muere. Sucede de una forma tan repentina que no hay lugar para la reflexión; la mente no tiene tiempo de encontrar una palabra de consuelo. No nos queda otra cosa, la irreductible certeza de nuestra mortalidad. Podemos aceptar con resignación la muerte que sobreviene después de una larga enfermedad, e incluso la accidental podemos achacarla al destino; pero cuando un hombre muere sin causa aparente, cuando un hombre muere simplemente porque es un hombre, nos acerca tanto a la frontera invisible entre la vida y la muerte que no sabemos de qué lado nos encontramos. La vida se convierte en muerte, y es como si la muerte hubiese sido dueña de la vida durante toda su existencia.

(Auster, 2012, p.11)

Recuento histórico

Para el presente apartado, los estudios de Ariès sobre la muerte han sido un referente obligado, con adecuaciones y precisiones que hemos creído pertinentes en nuestro contexto y cultura². Vale decir que la muerte es un ejemplo paradigmático de lo que puede llamarse un “hecho social”.

El significado de la muerte se define socialmente, y la naturaleza de su lenguaje, los epitafios, los rituales funerarios, del duelo y el luto refleja la influencia del contexto social donde estos ocurren. Así, diferentes culturas manejan el tema de diferente manera. Estas son impuestas por un concepto muy personal de lo que

² El lector avisado puede ver la visión de Ariès en el primer subtítulo del desarrollo de este capítulo, en especial de su libro *Morir en Occidente* (2008) y también de *El hombre ante la muerte* (2012).

es la muerte para cada una; además, el tipo de muerte (“buena” o “mala” muerte) corresponde también con una manera de asumir ese hecho culturalmente.

A continuación se presenta un resumen de lo que han sido las concepciones de la muerte en diferentes épocas históricas, de acuerdo con las causas que la provocan:

Tabla 1. La muerte, buena o mala, según las causas que la originan

Periodo	“Buena” muerte	“Mala” muerte
Antigüedad Clásica	Se acepta la muerte por suicidio como razonable en caso de enfermedad o dolor.	Vida consumida por la enfermedad y el sufrimiento. Muerte sin sepultura.
Edad Media	Muerte lenta y anunciada; muerte asistida.	Muerte repentina e imprevista; muerte clandestina.
Siglos XIV a XVIII	La muerte del justo, de aquel que piensa poco cuando aquella viene, pero que ha pensado en ella toda la vida. La agonía dolorosa y el dolor adquieren un notable valor religioso. Se pierde el temor a la muerte repentina.	La muerte del no preparado. La muerte tranquila, sin dolor.
Siglos XVIII a XIX	Muerte testada y preparada espiritualmente.	Muerte sin testamento; retorna la muerte imprevista.
Segunda mitad del siglo XIX	Muerte en la ignorancia de ella misma.	Morir consciente de que se muere.
Siglo XX (a partir de 1914-18)	Muerte repentina e imprevista; se refuerza la muerte en la ignorancia.	Muerte lenta, llena de sufrimiento y dolor (delirium, dolor, disnea, respiración estentórea); muerte consciente.

En la sociedad occidental, históricamente, el luto ha dejado de ser una costumbre en que se especifica indumentaria, comportamiento y límites de interacción y tiempo. Al parecer, existe una rápida caída del pudor así como desacralización de la persona en duelo. Esto ha llevado a que muchas de las dificultades actuales para recuperarse de la pérdida de un ser amado se deben, en parte, a la ignorancia de rituales establecidos y patrones estructurados de duelo. No se debe olvidar que la interacción social es un elemento central que permite que el deudo comience a reconstruir su realidad con un significado e identidad de vida, pese a su entorno emocional y social adverso.

La forma en la que se moría y la actividad del difunto durante su vida eran lo que daba al ritual mortuario sus características esenciales y lo que determinaba el sitio final en el que residiría su alma. Esto ha llevado al superviviente a ejercer una práctica común en nuestra sociedad que, de cierto modo, sustituye la costumbre de llevar símbolos visibles de luto en el periodo de aflicción aguda, aislándose durante un periodo suficientemente largo, actualmente cada más reducido, como para que a su retorno al ambiente social se disipe la importancia de la muerte. De este modo, tanto él como otros podrían manejar la interacción con menos tensión y de una forma más normal.

Actualmente, la muerte causa tanto temor que ya no nos atrevemos a decir su nombre (usamos multitud de eufemismos), miedo que, a su vez, es considerado normal y necesario. En los países industrializados predomina una concepción de muerte 'invisible' que ha llegado también a los países menos desarrollados. A partir de la primera mitad del siglo XX la muerte comenzó a desaparecer de la vida pública (en Colombia solo queda la parte fea de la muerte, el homicidio o el accidente) y el duelo sufrió una transformación y también decayó y se desdibujó como práctica. Los funerales son breves y la cremación se volvió cada vez más frecuente.

El discurso de la muerte en la literatura

En la literatura y el arte la muerte es uno de los temas capitales. Dada su extensa y poderosa presencia en ellas, no hace falta recordar textos representativos, pues su presencia en esos campos es parte de la creación misma. Acudiremos a lo que creemos pertinente para ilustrar y mostrar cómo en la literatura y el arte las manifestaciones de dolor encuentran una válvula de escape al sentimiento de pérdida y cómo la ausencia se instala en el corazón de los hombres. En Colombia hay textos que ilustran bien la muerte como un hecho rotundo; de hecho, García Márquez inicia su andadura como novelista con una novela donde el centro de la narración es la muerte de uno de los protagonistas. En efecto, *La hojarasca* tiene como asunto central la muerte de un doctor que se presenta en la casa del Coronel con recomendaciones de otro coronel, personaje emblemático en su narrativa: el Coronel Aureliano Buendía, y a partir de

este evento se despliega todo el poder narrativo del autor para mostrarnos el microcosmos de lo que fuera Macondo y el saldo de desperdicios y hojarasca que dejó la compañía bananera.

A través de las voces del niño, Isabel y el coronel vemos cómo la muerte del doctor va dejando una estela de rencor, resentimiento y alivio que el pueblo esperaba hacía tiempo para cobrar la afrenta del doctor, en quien veían un hombre insensible y nada grato a la hospitalidad y la solidaridad del pueblo. Pero también se aprecia cómo hasta el más despreciable de los hombres es digno de los honores del funeral y de tener una sagrada sepultura.

Los ecos del drama de la antigüedad, de *Antígona* de Sófocles, ofrecen una pista del tema crucial de la novela y de la recurrencia de la muerte como asunto clave en la literatura.

La hojarasca es solo una ilustración de la presencia de la muerte en la narrativa y la poética colombianas. Basta señalar que uno de los textos más leídos por los colombianos en los últimos años, *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince, ronda en torno a la muerte del padre del autor y, recientemente, Piedad Bonnet dio rienda suelta a su desahogo y duelo a través de una novela breve, *Lo que no tiene nombre*, prueba estimable de que la creación literaria y artística constituye una fuente de duelo y catarsis liberadora para bajarse del intenso dolor que deja la muerte y la pérdida de los que amamos.

Dos textos más, sin embargo, queremos destacar en este ámbito, pues se inscriben en la dirección que se ha querido ofrecer en este estudio. En *Antología de Spoon River* de Edgar Lee Masters, escrito a principios del siglo XX, el poeta nos legó un mosaico de poemas que, a manera de epitafios, configuran un mapa social de los hábitos, costumbres y objeciones que el poeta le impugna a la sociedad norteamericana de su tiempo. Se ha dicho que el poeta tomó, cerca de su lugar de residencia en Illinois, “los nombres de distintos cementerios de la zona, combinando nombres de pila de unos con apellidos de otros, sirviéndose de los archivos del Estado de Illinois, utilizando en algún caso nombres reales y de personajes históricos con ligeras variaciones en el apellido” (Priiede, 2012, pp.11-12), pero da “rienda suelta a la imaginación con las cosas que se va encontrando en las lápidas” (Op. cit, p.12).

El resultado es un poemario que en un lenguaje llano, coloquial, y lleno de matices, traza un cuadro amplio de la sociedad de su tiempo, con sus injusticias sociales, su hipocresía y el puritanismo conservador tan propio de la cultura en los Estados Unidos de su tiempo. Es además una suerte de epopeya cotidiana de la gente y un recuento del pensamiento que se ofrece en textos breves que son deudores del pensamiento que se trasluce en forma de epigramas, tan del estilo y gusto del poeta.

Pues bien, los epitafios que hallamos en los cementerios del presente estudio son también un mapa bastante representativo de la sociedad colombiana de nuestro tiempo, solo que, en nuestro caso, a tono con nuestra educación sentimental y con la cultura mestiza y el barroquismo que aún nos caracteriza en muchas de nuestras expresiones sociales.

Los mensajes están impregnados de la religiosidad que nos es tan cara, la retórica tremendista de nuestro verbo y la exageración y emotividad que nos oprime el pecho, sin echar a un lado nuestro sentido del humor o el rencor que a veces se asoma en nuestras manifestaciones sociales.

El otro gran texto que es pertinente comentar es *Tumbas de poetas y pensadores* (2009) de Cees Nooteboom, en el que el autor convierte parte de su peregrinaje por diversos lugares y continentes en un compendio de textos que rinde homenaje a sus escritores y autores predilectos, para traernos también a la memoria algunos de los epitafios que nos dejaron grandes poetas en las lápidas de sus tumbas. Las imágenes de las tumbas que expone son acompañadas de textos breves que, a manera de tributo, o incluso de epitafio tardío, nos ofrecen una visión del legado de esos muertos ilustres.

En este caso, el texto muestra una gratitud inmensa con los difuntos. No hay en él esa especie de congoja que es habitual cuando se visita a los muertos. Dice Nooteboom: “Ni siquiera entre miles de lápidas funerarias he tenido jamás la sensación de haber ido a visitar a un muerto” (2009, p.19). Es pues un testimonio de la vida contra la muerte por cuanto lo que se exalta no es la muerte física, sino la presencia viva de la obra literaria y el pensamiento que nos acompaña como fuerza vivificadora que ayuda a llevar mejor una vida ennoblecida y grata por la herencia que nos legaron.

En cuanto a las fotografías de las tumbas que aparecen en el libro, se destacan los epitafios de Antonio Machado, el gran poeta español, quien registra el fragmento de un conocido poema suyo que en uno de sus apartes dice: “Y cuando llegue el día del último viaje, / y esté al partir la nave que nunca ha de tornar / Me encontraréis a bordo ligero de equipaje, / Casi desnudo, como los hijos de la mar/”. O también el epitafio inscrito en la tumba de Walter Benjamin: “No hay ningún documento de la cultura que no lo sea también de la barbarie”. En estas lápidas, lo más notable es la sobriedad espartana de las tumbas y la piedra fuerte que las cubre es lo que más le da fuerza a la presencia viva de sus huéspedes.

En lengua española, otros textos que pueden destacarse en el ámbito de la literatura son los que relacionamos en seguida. En la poesía, el hecho ha recibido una atención constante y perdurable; la elegía, por ejemplo, es una composición poética particular que se ha erigido como la forma idónea para expresar el duelo y lamentar la muerte de una persona querida o un episodio

trágico y doloroso. Sobre este particular traeremos a cuento, del vasto depósito de poemas sobre el tema, algunos ejemplos.

Jorge Manrique (1440-1479), poeta del siglo XV español, nos legó sus famosas *Coplas por la muerte de su padre*, algunos de cuyos versos hoy se repiten en circunstancias cargadas de trascendencia:

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando,
cuán presto se va el placer,
cómo, después de acordado,
da dolor;
cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

Pues si vemos lo presente
cómo en un punto se es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por pasado.

No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera,
más que duró lo que vio porque todo ha de pasar
por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos,
y llegados, son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.

En el siglo XX, también otro español, Federico García Lorca, nos dejó un poema que representa un instante de la muerte de un personaje querido. Lo hace con quejumbre y rodeos y una delectación que se regodea con las lágrimas, con lo cual finalmente logra que veamos el zarpazo a Ignacio Sánchez Mejía como si lo estuviéramos presenciando. Así asistimos a la muerte como testigos perplejos de algo inevitable, en el poema “La cogida y la muerte”:

A las cinco de la tarde.
Eran las cinco en punto de la tarde.

Un niño trajo la blanca sábana
a las cinco de la tarde.

Una espuerta de cal ya prevenida
a las cinco de la tarde.

Lo demás era muerte y sólo muerte
a las cinco de la tarde.

El viento se llevó los algodones
a las cinco de la tarde.

Y el óxido sembró cristal y níquel
a las cinco de la tarde.

Ya luchan la paloma y el leopardo
a las cinco de la tarde.

Y un muslo con un asta desolada
a las cinco de la tarde.

Comenzaron los sonos del bordón
a las cinco de la tarde.

Las campanas de arsénico y el humo
a las cinco de la tarde.

En las esquinas grupos de silencio
a las cinco de la tarde.

¡Y el toro, solo corazón arriba!
a las cinco de la tarde.

Cuando el sudor de nieve fue llegando
a las cinco de la tarde,
cuando la plaza se cubrió de yodo
a las cinco de la tarde,
la muerte puso huevos en la herida
a las cinco de la tarde.

A las cinco de la tarde.

A las cinco en punto de la tarde.

Un ataúd con ruedas es la cama
a las cinco de la tarde.

Huesos y flautas suenan en su oído
a las cinco de la tarde.

El toro ya mugía por su frente
a las cinco de la tarde.

El cuarto se irisaba de agonía
a las cinco de la tarde.

A lo lejos ya viene la gangrena
a las cinco de la tarde.

Trompa de lirio por las verdes ingles
a las cinco de la tarde.

Las heridas quemaban como soles
a las cinco de la tarde,

y el gentío rompía las ventanas
a las cinco de la tarde.

A las cinco de la tarde.
¡Ay qué terribles cinco de la tarde!
¡Eran las cinco en todos los relojes!
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

Por su parte, Miguel Hernández, otro de los poetas malogrados de la Guerra Civil Española, al igual que Lorca, escribió una de las elegías más conmovidas dedicada a la muerte de un entrañable amigo. El poema dice:

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.

[...] Tanto dolor se agrupa en mi costado
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que miherida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

[...] Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

Por supuesto, no podían faltar los poemas que en Colombia han manifestado el hondo dolor, la devastación emocional y síquica que ha arrastrado a la sociedad. La muerte es un hecho tan rotundo en la cotidianidad y en la historia de la nación, que por lo mismo, en los tiempos actuales, resulta paradójica la banalidad y la indolencia con la que se enfrenta el fenómeno. Desde luego, en esto último nos referimos a la muerte calculada y razonada para quitarles la vida a personas específicas. Y por lo mismo ya resulta una bendición que asistamos a la muerte cuando esta se produce de manera natural y sin el agregado de la injusticia.

En este apartado queremos referirnos a otro poema y a un libro que da el título al que creemos ha sido la mejor historia reciente de duelo ante la muerte, *El Olvido que seremos*, de Héctor Abad Faciolince:

Ya somos el olvido que seremos/ El polvo elemental que nos ignora/ Y que fue el rojo Adán, y que es ahora,/ Todos los hombres, y que no veremos./ Ya somos en la tumba las dos fechas/ del principio y el término. La caja,/ la obscena corrupción y la mortaja,/ los triunfos de la muerte, y las endechas./ No soy el insensato que se aferra/ al mágico sonido de su nombre./ Pienso con esperanza en aquel hombre/ que no sabrá que fui sobre la tierra./ Bajo el indiferente azul del cielo,/ esta meditación es un consuelo./

Uno de los terribles problemas que cargan nuestra sociedad y los colombianos individualmente hablando es, en nuestra opinión, la elaboración deficitaria del duelo ante la muerte. Nuestra cultura y la que hemos heredado de otras civilizaciones nos han dotado de una serie de rituales y ceremonias que deben contribuir a hacer la muerte llevadera y tolerable.

En la simbología acudimos al luto por la muerte de nuestros seres queridos, a la visita periódica o frecuente a las tumbas y al apego de ciertos objetos o efectos personales de nuestros muertos, ya que nos ofrecen el consuelo de una presencia difusa que nos atenúa el dolor y lo hace superable.

Pero los sentimientos y emociones asociados a la muerte no siempre encuentran el cauce adecuado. Por lo regular ellos se expresan por medio del sentimiento religioso, y sus ritos se convierten en el escenario por excelencia para acallar las penas. Sin embargo, queda, sobre todo en las muertes violentas, la queja siempre amarga y a veces vengativa, por las respuestas que no explican razonablemente cómo fue posible que se cometiera tal injusticia. Y en esa encrucijada, que es la de muchos en la sociedad colombiana de hoy, se ha tornado irresoluble la extinción de la muerte como problema de salud pública, pues el duelo no ha restaurado las hondas heridas infligidas.

Por eso un libro como *El olvido que seremos* resulta aleccionador para enfrentar la muerte cuando esta toca al umbral de nuestras puertas de manera tan brutal y cruel, que lamentablemente es el caso muchos hogares colombianos. En este libro el autor convierte la muerte de su padre, asesinado en 1986, en una bella remembranza del regalo que significó tenerlo en su vida. No hay en sus líneas asomo de resentimiento y venganza, pues a la larga las reminiscencias que hace de su condición de padre bondadoso en extremo, esposo amoroso, maestro magnánimo y solidario, viajero curioso y luchador ingenuo de buenas causas perdidas, lo alzan por encima de la canallada de su asesinato, del desdén acusador de la propia élite antioqueña y del aguijón de la culpa y la complicidad de los poderosos.

Héctor Abad Gómez resulta un muerto que ha recobrado vida por efecto de la escritura, por la acción del discurso de duelo que puede señalársele al libro de su hijo.

La escritura resulta así el medio apropiado para desfogar nuestras angustias y toxinas ante la muerte. Curiosamente, Héctor Abad Gómez, el día que lo mataron, llevaba en el bolsillo de su chaqueta, escrito a mano, el poema que hemos citado atrás, y que luego fue inscrito en la lápida de su tumba.

Nos hemos detenido en este episodio porque es inevitable que *El olvido que seremos* sea una referencia obligada en una reflexión sobre la muerte. Y sin embargo, ese texto está entre las múltiples posibilidades que brinda la escritura para la construcción de un discurso que dé cuenta del universo de la muerte y el dolor. En este sentido, aparte de poemas, memorias o autobiografías, podemos

inventariar otros géneros discursivos que nos sirven para configurar el mapa de la muerte. Pero también podemos relacionar las dedicatorias *post mortem* en los libros, los conocidos *in memoriam* (v. gr.: “En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como el rayo Ramón Sijé, a quien tanto quería”), las notas necrológicas y las notas de condolencia de la prensa, las oraciones fúnebres y el vasto repertorio de letras de canciones populares. Desde luego, nosotros hemos decidido la aproximación a los epitafios, los eufemismos, refranes, imágenes y rituales, de los cuales se revela un discurso sobre la muerte y el duelo.

Ahora bien, ¿qué fuerza de atracción tiene ir a un cementerio a buscar textos que acompañan a los muertos? Hay desde luego un rito de gratitud y admiración, pero también una voz que viene de la noche, de los tiempos en los que siempre creemos ver cifrado un mensaje para nosotros con el que es preciso contar y acompañarnos.

En Colombia, pocos mensajes acompañan en sus tumbas a nuestras figuras representativas, en un país con fama notable y cierta de gentes habladoras. La muerte, como queda dicho, es omnipresente e inflacionaria en nuestro entorno, con ella la palabra pierde su sentido y le otorga al silencio su mejor mensaje: es preciso callar, no hay más que decir, ya hemos hablado suficiente, ahora lo mejor es el mutismo.

De lo dicho anteriormente, a modo de cierre, se puede señalar lo que Barley sostiene refiriéndose al lenguaje de la muerte: “La muerte trastorna el curso lingüístico, tanto a nivel individual como social, y en el mejor de los casos es un desorden tolerable dentro del curso de la vida. Se presta a la categorización eufemística” (2005, p.56). Del fallecido se dice que *entregó el alma, oyó el pitido final, ha expirado, nos ha abandonado*. O más concretamente: *estiró la pata, está comiendo gladiolos, mordió el polvo*, etc. Estas frases y otras expresiones sobre la muerte también son parte de sus discursos.

Cabe anotar igualmente que hay, de todos modos, dos corrientes que sitúan el impacto de la muerte como hecho ineludible que genera emociones que deben exteriorizarse a través de un duelo normal y sano, o que este duelo deba acudir a un lenguaje concreto que es preciso aprender y aplicar. En este último sentido, las manifestaciones que provienen de la creación, sean literarias o artísticas, cumplen también una función terapéutica que no es desdeñable para los dolientes.

Enfoque semiótico discursivo del discurso fúnebre I

Perspectiva semiótica del discurso fúnebre

El estudio del discurso fúnebre es pertinente en nuestra consideración desde una visión semiótica en la que su lenguaje o código pueda revelarse como parte de la lectura de las imágenes de una sociedad. Al respecto, Umberto Eco señala que entiende la semiótica en la línea de Saussure, es decir, como semiología. En otras palabras, en un sentido “restrictivo”.

Una Semiótica General, dice Eco, debe comprender una *teoría de los códigos* y una *teoría de la producción de signos*, puesto que para él los códigos que establece el lenguaje contemporáneo deben verse como un fenómeno de significación y comunicación. Su propuesta busca explicar toda clase de función semiótica desde el punto de vista de los sistemas que están integrados o relacionados por uno o más *códigos* (Eco, 1992, p.17).

Eco prefiere hablar de función semiótica en vez de signos, lo que lo lleva a establecer una distinción entre una semiótica de la significación, que es la desarrollada por la teoría de los códigos, y una semiótica de la comunicación que incumbe a la teoría de la producción de los signos (Eco, 1988, p.18); esto permite diferenciar entre *significación* y *comunicación*; es decir, se puede identificar una función semiótica en los procesos culturales que subyacen al discurso de la muerte, en virtud de que la semiótica estudia los procesos culturales como procesos de comunicación.

Pero cada uno de dichos procesos parece subsistir solamente porque por debajo de ellos se establece un sistema de significación (Eco, 1988, p.24). Sustenta Eco su enfoque de la cultura como proceso de comunicación en que “la cultura en su conjunto puede comprenderse mejor, si se la aborda desde un punto de vista semiótico” (Eco, 1992, p.51). Se advierte, no obstante, que la cultura en su globalidad no es solo comunicación y significación y que la semiótica “es una teoría que debe permitir una interpretación crítica continua de los fenómenos de semiosis” (Eco, 1992 p.54).

A este respecto, Verón sostiene que semiosis social es “la dimensión significativa de los fenómenos sociales: el estudio de la semiosis es el estudio de los fenómenos sociales en tanto procesos de producción de sentido” (1998, p.125).

Según Verón, “siempre partimos de ‘paquetes’ de materias sensibles investidas de sentido que son productos; con otras palabras, partimos siempre de configuraciones de sentido identificadas sobre un soporte material (texto lingüístico, imagen, sistema de acción cuyo soporte es el cuerpo, etcétera) que son fragmentos de semiosis”. Precizando esa clase de estudio, Verón expresa que “el análisis de los discursos no es otra cosa que la descripción de las huellas de las condiciones productivas en los discursos, ya sean las de su generación o las que dan cuenta de sus ‘efectos’” (Verón, 1998, p.127).

En cualquier caso, la semiosis es un proceso producto del sentido social que encierran las imágenes que definen un código o lenguaje y, como tales, pueden ser estudiadas como constitutivas de los estudios de la semiótica. En el trabajo que nos ocupa, inferimos ciertos signos del discurso fúnebre como imágenes que hacen parte del lenguaje que le es propio.

Un código, igualmente, se puede leer a través de la vía de la denotación o la connotación. Sobre este particular, resulta clave registrar que si la connotación se establece parasitariamente a partir de la denotación de un contenido primario, el discurso fúnebre operaría básicamente a través de un código connotativo que por lo regular necesita representar o actuar sobre algo (Acaso, 2006).

Por supuesto, el sentido de un texto tiene lugar en el interior de una cultura, en medio de un orden cultural que lo descifra, pues el modo como piensa y habla una sociedad “determina el sentido de sus pensamientos a través de otros pensamientos y éstos a través de otras palabras [...] hasta cuando se enfrenta con mundos ‘imposibles’ (como ocurre con los textos estéticos o con las aseveraciones ideológicas)”. Por tanto, “una teoría de los códigos se preocupa bastante por la naturaleza ‘cultural’ de dichos mundos y se pregunta cómo hacer para ‘tocar’ los contenidos” (Acaso, 2006, pp.98-104).

En suma, un código debe asumirse en términos más amplios de lo que tradicionalmente se entendía como signo lingüístico:

Un código como 'lengua' debe entenderse como una suma de nociones (algunas relativas a reglas combinatorias de los elementos sintácticos y otras referentes a las reglas combinatorias de los elementos semánticos) que constituyen la competencia total del hablante. Pero esa competencia generalizada es la suma de competencias individuales que dan origen al código como convención colectiva. Por consiguiente, lo que se ha llamado 'el código' es un retículo complejo de subcódigos que va mucho más allá de lo que puedan expresar categorías como 'gramática', por amplia que sea su comprensión [...] De igual forma, los códigos reúnen varios sistemas, algunos fuertes y estables (como el fonológico, que permanece inalterado durante siglos), otros más débiles y transitorios (como muchos campos y ejes semánticos) (Eco, 1988, pp.198-199).

Frente a circunstancias no previstas por el código, frente a textos y a contextos complejos, un intérprete se ve obligado a reconocer que gran parte del mensaje no se refiere a códigos preexistentes y que, aun así, hay que interpretarlo. En consecuencia, deben existir convenciones todavía no explicitadas; y si no existen esas convenciones, deben postularse, aunque sea ad hoc³.

Por tanto, en la producción de signos se plantea una dialéctica entre códigos y mensajes, en la que los códigos controlan la emisión de los mensajes, pero nuevos mensajes pueden reestructurar los códigos. De aquí se deriva la base para una discusión sobre la creatividad de los lenguajes en su doble aspecto de 'creatividad regida por las reglas' y 'creatividad que cambia las reglas'.

Vista esta concepción del código, nótese que lo que queda es una concepción abierta de lo que se debe entender como signo y código y el modo como se producen, se reestructuran y cambian, y la necesidad de establecer cuál sería el discurso fúnebre para una adecuada interpretación que permita la identificación plena de sus mensajes.

Por otra parte, la lectura de la imagen entre el objeto y el signo que lo representa no es en estricto sentido una relación de semejanza, ni de analogía o motivación. Como ya se ha demostrado, lo que se establece es una correlación entre el signo y los contenidos culturales del objeto representado. De ahí que, al igual que el signo escrito, el signo icónico o de las imágenes tenga un carácter convencional, contingente. El significado no está por eso dado por la naturaleza del objeto del que emana la imagen, sino por la convención social que lo designa.

De lo que se lleva dicho, también se colige que la interpretación del discurso fúnebre, sus ritos, epitafios y otros elementos de su lenguaje, exige

3 Esas convenciones pueden postularse a través de la abducción, la hipercodificación y la hipocodificación como operadores que producen nuevos signos. Eco precisa que las reglas retóricas y estilísticas son ejemplos de hipercodificación.

una competencia enciclopédica del lector, enciclopedia que desde luego es inherente a la figura del lector-modelo, concepto que se ha postulado para la lectura del texto narrativo (Eco, 1984), pero que igual es un concepto válido para la interpretación de los discursos de la muerte.

Los estudios sobre el duelo. Un buen duelo

El duelo se concibe no solo como una muestra de dolor por la pérdida de un ser querido, también se admite por la pérdida de un trabajo, el traslado de un lugar a otro, etcétera; pérdidas que en principio no suponen la desaparición física de un familiar, aunque la mayor representación de esta emoción se encuentra asociada a la muerte de un familiar.

Como emoción padecida por todos los individuos, no tiene sin embargo una cara igual para todos. Estudios de sicología no otorgan un tiempo fijo ni una sintomatología igual para todos, dado que la asimilación de la pérdida supone manifestaciones diversas del dolor en las personas. Bien lo dijo recientemente Frazzetto: que para los que padecen el duelo “el tiempo transcurre con otro ritmo, las estaciones, los días, las horas y los minutos se ralentizan como si la propia tierra girara más lentamente” (Frazzetto, 2014, pp.146-147).

Por su parte, Ladier lo expresa así:

Freud veía el duelo como un trabajo individual; sin embargo, toda sociedad humana documentada les da un lugar central a los rituales públicos del duelo. La pérdida es insertada en la comunidad a través de un sistema de ritos, costumbres y códigos, que van desde los cambios en la vestimenta y los hábitos de comer hasta las ceremonias conmemorativas altamente estilizadas. Estas involucran no sólo al individuo afligido y a su familia inmediata, también lo hacen sobre el grupo social más amplio. Y sin embargo, ¿por qué la pérdida debiera ser enfrentada de manera pública? Y si las sociedades de hoy, sospechosas de tales demostraciones públicas, tienden a hacer el dolor más y más un suceso privado, inmerso en el dominio del individuo, ¿podría esto tener un efecto en el duelo mismo? ¿Es el duelo más difícil hoy en día por esta erosión de los ritos sociales de duelo? El duelo, argumentaré, requiere de otras personas. Explorar estas preguntas nos lleva a definir las tareas del duelo. El dolor tal vez sea nuestra primera reacción a la pérdida, pero el dolor y el duelo no son exactamente lo mismo. Si perdemos a alguien que amamos, ya sea por muerte o separación, el duelo no es nunca un proceso automático. Para mucha gente, de hecho, nunca tiene lugar (2011, p.15).

Así mismo, Frazzetto afirma:

En lo que sí parece haber acuerdo es que asumir el duelo supone pasar por varias etapas que van desde la negación del hecho hasta la aceptación final de la pérdida, aquí el gran problema del duelo es que, antes de la aceptación final del hecho, este se encuentra precedido de expresiones de

ira y culpa, lo cual supone una zona cenagosa para muchos que termina hundiendo a la persona en un atolladero. En quienes asumen de modo no traumático la pena que supone lidiar con la ausencia de un ser querido, queda todavía lo que algunos llaman una etapa de profunda tristeza que puede desencadenar en melancolía y depresión (2014, p.148).

Aquí el meollo de la cuestión es que el duelo puede trastocarse de una emoción natural y auténtica por la pérdida de un ser amado, a lo que en el campo de la psiquiatría se asocia con una enfermedad, particularmente la depresión. Y si bien en la última versión del DMS de los Estados Unidos (2013), “el equipo de trabajo que desarrolló la nueva versión descartó la exclusión del duelo” (p.161), un “reducido grupo de investigadores está tratando de identificar factores sintomáticos y biológicos que justifiquen la creación de una nueva categoría denominada trastorno de duelo prolongado (TDP) o duelo complicado (DC), con el fin de distinguir el duelo normal respecto de una forma de duelo no resuelto cuyo deterioro conduzca a una incapacitación que guarde estrecho paralelismo con los casos severos de depresión” (p.162).

Pero el asunto es más complejo porque normalmente se asume que la sintomatología asociada a un trastorno de depresión no puede ir más allá de dos semanas, pasado dicho tiempo se supone que la apersona debe buscar ayuda y tratamiento médico para superar su periodo de pena y abatimiento. Es decir, se pasa de considerar el duelo o la depresión de emociones legítimas por algún episodio externo a la persona, a padecer un trastorno o enfermedad mental. Es justamente por lo que también se cuestiona la creación del duelo como una nueva categoría de trastorno mental, pues “el establecimiento de límites temporales para distinguir un duelo normal de una forma de duelo que requiera atención particular y un tratamiento específico está condenado a generar un gran número de falsos positivos. Nadie está realmente en condiciones de determinar la duración normal de un duelo” (Frazzetto, 2014, p.163).

Si bien es evidente que un duelo normal sano cumple una función catártica restauradora, también lo es que un duelo mal resuelto y no cumplido conlleva pasar el umbral de una emoción sana para convertirla en una enfermedad probable que no cuenta con la aceptación ni la certeza de que efectivamente sea así, pero que sí genera socialmente un pozo de desdichas y de emociones que se empozan en sentimientos malsanos de rencor y culpabilidad, con todo lo contraproducentes que estos son para la convivencia social.

Ahora bien, en los últimos años se viene objetando que la depresión sea en verdad un trastorno que deba ser medicado, pues sus efectos se atribuyen más a un asunto del entorno en que está inmerso quien la padece que a una predisposición interna fisiológica que inclina a las personas a padecerla. Para esto la prueba empírica que se ha mostrado es que los que salen

adelante y superan con mayor brío y energía su duelo son las personas que están rodeadas de un entorno familiar y cultural inclinado a la compañía, mientras que aquellos que por cultura son individualistas se ven empujados a la soledad y falta de apoyos afectivos que los impulsen a salir de dicho padecimiento.

Darin Ladier lo plantea así:

La depresión es el nombre de una enfermedad única. Tiene rasgos biológicos específicos y es encontrada en todas las sociedades humanas. Involucra síntomas tales como el insomnio, la falta de apetito y la baja energía, y esta disminución de tono biológico y vital es atribuida a un problema químico en el cerebro. Una vez que hayamos desarrollado estos síntomas iniciales, la cultura tal vez pueda ayudar a darles forma, dando prominencia a algunos e incitándonos a ser discretos respecto a otros. Tal vez no tengamos problema diciendo a nuestros amigos o a nuestro doctor que nos sentimos exhaustos, pero seremos muy discretos sobre nuestra pérdida de libido. Según este punto de vista, nuestros estados biológicos serán interpretados como humores y emociones por nuestro ambiente cultural. La baja energía, por ejemplo, tal vez sea interpretada como ‘tristeza’ o ‘culpa’ en una sociedad, pero no en otra. De igual forma, cómo responderá cada cultura a estos sentimientos variará ampliamente, yendo de la preocupación y el cuidado a la indiferencia y el rechazo. Algunas culturas proveerán vocabularios ricos para describir estos sentimientos y les otorgarán legitimidad, mientras que otras no. Desde este punto de vista, lo que llamamos ‘depresión’ es la particular interpretación médica occidental de cierto conjunto de estados biológicos, con la química cerebral como problema de base. Una perspectiva alterna ve la depresión como un resultado de cambios profundos en nuestras sociedades. El surgimiento de las economías de mercado crea una ruptura de los mecanismos de apoyo social y del sentido de comunidad. Las personas pierden la sensación de estar conectadas a grupos sociales y entonces se sienten empobrecidas y solitarias. Privadas de recursos, inestables económicamente, sujetas a presiones agudas y con pocos caminos alternativos y esperanzas, caen enfermas. Las causas de la depresión, de acuerdo con este punto de vista, son sociales. Presiones sociales prolongadas acabarán necesariamente por afectar nuestros cuerpos, pero las presiones vienen primero, la respuesta biológica después (2011, pp.17-18).

Desde luego, con esta forma de afrontar el duelo cobran valor renovado otras expresiones que sirven de desahogo al dolor, como es el caso de los epitafios o textos que se inscriben en las lápidas de las tumbas, o el diseño que estas exponen y al que las someten los parientes de los difuntos. Pero también todas esas expresiones que están contenidas en las manifestaciones del duelo, se den ellas o no, en el momento en que se deban dar por los afectados. Por ejemplo, el llanto de los deudos, culturalmente, en lo que se conoce como Occidente, suele verse como una muestra indigna y morbosa que denota falta de compostura y respeto. Es incluso parte de eso que en

esas culturas quieren mostrar como ejemplo de dignidad y sobriedad encapsulando las emociones y mostrando un rostro adusto que se asemeja más una máscara que al rostro humano del individuo.

Barley lo ha planteado de esta manera:

Aunque en la actualidad el modelo dominante de la mente sea el ordenador, gracias a Freud todavía estamos lastrados por un modelo de emotividad humana procedente de la época de la máquina de vapor. Los sentimientos se hallan presentes de modo natural, hirviendo bajo presión, tratando de escapar, exigiendo salir aunque a menudo la sociedad los mantenga embotellados. El llanto es una válvula de seguridad, una cautelosa manera de ‘liberar presión’ que evita otros arrebatos más dañinos. Una vez se ha liberado la presión, el dolor puede ser canalizado y acallado (Barley, 2005, p.27).

Sin embargo, en nuestra cultura y sociedad el llanto suele brotar de manera natural y a veces incontenible como una muestra real de dolor y padecimiento. Dice Frazzetto:

A menudo se interpretan las lágrimas como señal de debilidad. En realidad, al nublarnos la vista, las lágrimas nos hacen vulnerables frente a los demás. El llanto es incluso una experiencia desconcertante. Sobre todo si es agitado y desesperado, el llanto nos paraliza, nos deja atrapados en un estado de confusión y parálisis a partir del cual no es fácil pensar y actuar con lucidez. El llanto distorsiona temporalmente la percepción y, en consecuencia, nos impide abordar algo para lo cual no tenemos explicación racional ni solución prevista. La compensación reside en que las lágrimas pueden comunicar el afecto que profesamos a otros y la necesidad que tenemos de ellos, lo cual nos da una oportunidad de fortalecer las relaciones. La vulnerabilidad une (2014, p.153).

Es paradójico que situaciones adversas provoquen los mejores sentimientos en el ser humano, pero ya otros estudiosos del fenómeno lo plantearon; por ejemplo, Barley lo recupera así: “Durkheim consideraba que el dolor refuerza los vínculos sociales, obligando a grandes grupos humanos a compartir y mostrar emociones que quizá no sintiesen espontáneamente” (Barley, 2005, p.32).

Existen además otras expresiones del duelo que le otorgan un sentido liberador al lenguaje en que se manifiestan. Cuando el difunto es un militar, por ejemplo, el ritual de toque de trompeta conmueve y llama a un silencio absoluto que es roto por el sonido musical que habla en ese momento del dolor intenso que embarga a los deudos y congregados. Es realmente sobrecogedor y genera un sentimiento de unión y solidaridad que no pueden lograr en ese entorno las mejores palabras.

Cuando el fallecido es un líder social, político o religioso, se suele pedir un minuto de silencio como muestra de recuerdo y homenaje al fallecido.

Aquí la excepción resultan ser a veces los funerales de líderes sociales de inclinaciones radicales en las que los amigos y compañeros congregados, muchas veces transforman y rompen el ritual con las sonoras arengas conocidas, entre estas “por nuestros muertos ni un minuto de silencio, toda una vida de combate”, con lo cual el mensaje de duelo que queda es el de la ira que se justifica en la injusticia de la pérdida.

Todo esto toma sentido con las palabras de Barley: “Nuestro modo formal de señalar la muerte es un minuto de silencio. El silencio es la marca de la muerte hasta tal punto que nos resulta imposible, impúdico y embarazoso tratar incluso de expresar en palabras el hecho de la muerte” (2005, p.37).

En el curso de los ritos fúnebres existe por tanto un tipo de lenguaje y de discurso que es variado y multicolor, en el cual la sociedad colombiana puede prefigurar una transformación positiva que le permita asumir la muerte, tan cotidiana y trágica en el país, con un discurso que no la conciba como un hecho ligado a fatalismos extremos pues esta cuenta con un lenguaje de gratitud, respeto, bondad e indulgencia para una memoria que obliga a recordar y a cultivar que tanto la vida como la muerte son hechos sagrados y humanos.

El discurso del duelo y el luto

Los ritos conservan un aire sagrado. La vida también, según lo ha proclamado el maestro Antanas Mockus como un mensaje que desafía la muerte diaria en la sociedad colombiana. Pero también la muerte, como hecho rotundo, debería recuperar la dignidad de hecho sagrado que, de algún modo, tenía en el pasado reciente.

Los tiempos de la Modernidad con su rasgo característico de secularización de la vida social, sobre todo en lo que respecta a asuntos de gobierno y del Estado, trajeron un viento fresco en cuanto a que Dios no tenía que mezclarse obligatoriamente con los asuntos del Estado. Aunque esto también trajo nuevos hábitos para la vida social, estos no tenían por qué desplazar a aquellos que la reforzaban para una mejor convivencia, pese a que algunos de esos hábitos y ritos fueron orientados por visiones religiosas de la vida social que coadyudaban a la concordia y la tranquilidad en la vida social.

En el caso de los ritos y el discurso del duelo, la iglesia católica orientó una simbología que conducía al dominio de la presentación y la actuación de los dolientes, de la que todavía hay vestigios y permanencia, aunque esto ha caído en desuso. El grave vacío de esto se ha querido cubrir con otras expresiones del dolor y el duelo, pero, desde el punto de vista de la concordia de la vida social, por lo menos se abrigan dudas que representen un avance propiamente. Por ejemplo, ¿es un avance que se quiera incorporar como parte del rito de la muerte y el duelo el uso de la música en funerales, a

veces también grabaciones en algunas tumbas y lápidas, o incluso el uso de fotografías adheridas a las lápidas de los difuntos, cuando ello lo que puede es retrasar justamente el duelo y la aceptación de la muerte en los dolientes?

En el pasado reciente la iglesia, por ejemplo, prescribía que los deudos, según el grado de familiaridad, debían vestir traje negro –atuendo que aún se conserva por muchos– y lo debían llevar durante determinado tiempo, según la cercanía al difunto; también se prohibía usar música que fuera muestra de festividad. Además, asistir a fiestas durante un tiempo prudencial, amén de otros preceptos; todo esto en un marco de hábitos que buscaba el recogimiento, la serenidad y el espacio para que la muerte se pudiera afrontar de manera no traumática.

Dentro de los hábitos, también se practicaba ritos, como el velorio, que estaban llenos de manifestaciones de la cultura del entorno y que a veces daban lugar a la incorporación de expresiones que contravenían las prácticas religiosas que se pedían, pero que en todo caso se permitía su acomodo para que todo favoreciera la aceptación de la muerte y el duelo. En este caso el surgimiento de las llamadas ‘pompas fúnebres’ y del comercio de la muerte vino a reemplazar muchas de esas prácticas liberales y las situó dentro de un marco de estricta observancia de un rito en el que los deudos están junto a otros muertos y otros deudos, lo cual ha limitado las muestras de afecto y condolencias de los allegados por la asistencia protocolaria aséptica y rígida, con la respectiva firma en el libro de asistencia al funeral. Todo lo cual no es, ni de lejos, comparable con los actos de arropamiento de la familia, amigos y allegados que se vivían en el entorno de los velorios tradicionales, amén del ciclo respectivo y conmovido de las oraciones en casa y de las bebidas y comidas que se compartían como muestra de estima y verdadero duelo por la partida del familiar y allegado.

¿Lo anterior quiere decir que se debe ir contra los nuevos tiempos? Nada más ingenuo. Lo que sí es lamentable en el caso de una sociedad como la colombiana, que acusa el fenómeno de la muerte de una manera tan trágica, es que se pretenda reducirlo a mera trivialidad o fatalidad. Es en este sentido que para nuestra investigación el discurso fúnebre y el del epitafio dentro de este, cobra un lugar destacado, pues no es solo buscar textos acerca de cómo enfrentamos la muerte, sino también de cómo desahogamos nuestras penas, rabias e injusticias.

Signos fisiológicos y palabras del dolor

Hay desde luego una fisiología del dolor que se manifiesta a través de contracciones musculares, formación de arrugas o gestos que denotan varios signos físicos en la cara, o posturas del cuerpo. El tema ha tomado tanta fuerza

que las nuevas tecnologías con las que interactuamos en la cotidianidad nos presentan los emoticones que son una combinación de emoción e icono.

Hoy en día es posible mostrar con imágenes emociones como la alegría, la tristeza, la ira, entre otras; esto prueba que las muestras de dolor tienen en el rostro y en el cuerpo unas señales y signos visibles que es preciso saber leer. Esto es importante por cuanto parte del discurso del duelo supone también una semiótica que interprete razonablemente las emociones en el entendido que también ellas posibilitan, a veces, tratamientos no ya de orden social, sino médico, es decir como un asunto de salud pública.

Temblores, convulsiones, suspiros, gritos, llanto, gemidos, sudoración, salivación, vómito, palidez, urticaria y lágrimas hacen parte de un repertorio de signos y síntomas que sirven para diagnosticar dolores físicos (Moscoso, 2011, p.143); desde luego, en el estudio que nos ocupa para saber cómo afrontar las expresiones de duelo y cómo superar las emociones que lo acompañan. Por ejemplo, Frazzetto (2014, pp.148-149) dice que, según estudios, la tristeza está asociada a ciertas arrugas que aparecen en la frente posterior junto al arco del entrecejo con una hendidura notable en ellas, a la elevación de los párpados y a la contracción de los músculos orbiculares de los ojos.

Signos como estos también son identificables en el propio discurso escrito de las lápidas y las tumbas o aun en los ritos que acompañan el proceso complejo del duelo por la muerte de un ser amado: querido, gracias, falta, ejemplo, Dios, recordar, son algunas de las palabras más usadas en las inscripciones de las lápidas. Esto es de gran importancia para la descripción y explicación del discurso del duelo, pues, recordando a Wittgenstein, “no aprendemos a identificar nuestras emociones con la sola experiencia interior, sino a través del lenguaje que empleamos para describirlas, sumado a nuestras expresiones” (Frazzetto, 2014, p.167).

La buena, la mala y la bella muerte a través del discurso

La muerte generalmente connota para los familiares una carga de injusticia difícil de comprender. No se trata solo de verla como algo natural, sino asociada a que llega en el momento menos esperado, ya que en muchos epitafios se reclama la partida prematura y, en algunos casos, la forma injusta como se da esa partida. Cabe decir entonces que la muerte tiene dimensiones morales, es decir, se cree que la muerte es mala porque se ha presentado de una manera injusta o inoportuna.

En el recorrido que hicimos no se aprecia alusión alguna a muertes violentas, pero es evidente que en muchos casos ese mensaje se encuentra implícito y habla bien de nuestra cultura, pues al final se acepta el hecho de la muerte más allá de la injusticia con la que se quita la vida diariamente en la sociedad

colombiana. Por ejemplo, en la lápida y tumba de un jugador de fútbol no hay reproche alguno por su muerte, lo que se aprecia es la tristeza natural de su madre y familiares, pese a que su vida fue segada de manera violenta.

En el discurso del dolor también se encuentra el deseo de la buena muerte. Si bien es cierto que en nuestra cultura la muerte se debe aceptar como un hecho irrevocable, también lo es que los seres humanos siempre han aspirado a que aquella se presente libre de angustias y con la conciencia plena de que habrá un momento en que aceptarla no será más una tragedia. Ese momento por lo regular está reservado para los ancianos que en su vejez se disponen a esperarla. Así es aun hoy, pero a ellos también se suman quienes padecen enfermedades mortales, aunque en este caso se ve como una mala muerte que recae también en jóvenes y niños que tienen toda su vida por delante.

El caso extremo de una mala muerte es aquella que ocurre violentamente, puesto que por lo general proviene de manos de quienes deciden segar la vida de otros, o por accidentes de tránsito que incrementan día a día, o por causas naturales como terremotos, deslizamientos, inundaciones y otras.

Tener una buena o mala muerte también determina el sentido de la despedida y el duelo. No es un asunto menor, por más que se suela ver la muerte como algo natural, pues es natural en la medida en que no se la perciba como injusta o a destiempo, con lo cual el duelo y la marcha de la vida se hacen más conflictivos, traumáticos y a veces, incluso, trágicos.

Enfoque semiótico discursivo del discurso fúnebre II

Los estudios sobre géneros cortos

Para la investigación, como se ha dicho, fue necesario el encuentro de varias posturas teóricas que permitieran ver los epitafios de modo más complejo e integral. Todas esas tendencias están atravesadas por la relación muerte-lenguaje-cultura y comunicación, desde donde nos ubicamos para indagar el fenómeno a estudiar.

El concepto de géneros cortos sirve en la investigación como ruta para abordar los epitafios, pues en ese ámbito se inscriben y se sitúa muy particularmente el análisis de este género tratado.

En ese sentido, una perspectiva epistemológica que sirve como punto de partida es la literaria del español Antonio Rodríguez Almodóvar (2010), quien en su texto *Del hueso de una aceituna* hace una reflexión sobre la importancia de los géneros menores en la literatura oral. Rodríguez Almodóvar propone conceptos como géneros extinguidos, activos, tradicionales, breves y de acompañamiento musical. Así mismo una metodología, a manera de rejilla, con los rasgos de los numerosos géneros de la oralidad (pp.18 y 19).

Antonio Rodríguez se basa para su análisis en Vladimir Propp (quien profundizó en los cuentos populares rusos) y escoge los cuentos tradicionales españoles y los cataloga entre géneros mayores y géneros menores, dentro de este último campo se le puede ubicar al epitafio, amén de otros como

epigramas, colmos, sevillanas y villancicos. Aunque el estudio de Rodríguez se basa fundamentalmente en géneros orales sirve de base para pensar también en géneros cortos como el grafiti, el epitafio, las dedicatorias o el chat que son más urbanos, pero que igual se les puede añadir rasgos folclóricos y vitales desde lo discursivo, pues se han instalado también en la memoria colectiva⁴. En el caso de los epitafios es un género corto que revela las representaciones de la muerte y el duelo.

Josefina Guzmán Díaz (2004), por su parte, plantea una perspectiva discursiva similar en su texto *Los géneros cortos y su tipología en la oralidad* y propone dentro de estos a los refranes, los proverbios, los albures y los eslóganes, entre otros. Utiliza para su análisis, los criterios topológicos de Julieta Handar (2000): objeto discursivo, función discursiva, aparato ideológico, sujeto del discurso, macro-operaciones discursivas, oralidad/escritura, formal/informal.

Guzmán Díaz, no obstante reconoce el sello oral de los géneros cortos, no los restringe a ese solo código y reconoce que “son también recreados en la escritura desde tiempos inmemoriales” (2004, p.1). De hecho, es conocida la existencia escrita del refrán en nuestra cultura, entre otros textos, por la obra capital de su literatura, *Don Quijote*, que está atravesada por ellos.

Por eso los géneros cortos se insertan, con el correr de los años, en las tradiciones, las leyendas, y la memoria social. Y, por lo mismo, saberes culturales se expresan en refranes, dichos, proverbios, parábolas, albures, eslóganes, consignas, lemas, etcétera. Todos estos géneros se constituyen en modos discursivos de gran importancia en el seno de la sociedad, como es el caso de los epitafios en el discurso fúnebre.

Habría que agregar además que los géneros cortos se perciben siempre como una verdad cultural, pues se divulgan con la certeza de que no se dudará de su verosimilitud. La validez de algunos géneros cortos está entonces en que la cultura los plantea como incuestionables. Por esta razón, Jakobson (1986) planteaba que la oralidad propia del género corto se convierte en una “obra folklórica” desde el momento mismo en que este refrán, proverbio o dicho se acepta por determinada comunidad culturalmente diferenciada y que perduran dentro del folklore solo aquellas formas que tienen carácter funcional para la comunidad dada.

Si muchos de los géneros cortos no tenían en su momento el interés en los estudios del discurso como hecho cultural, era porque como lo recordara Eco en *Apocalípticos e integrados*, los intelectuales despreciaban los géneros populares y los recluían en la categoría de géneros marginales o menores, a

4 Sobre una aproximación a otros géneros cortos, remitimos al lector a otro libro de los autores: Mielles y venenos de Cupido (2012). Bogotá, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

partir de juicios de valor subjetivos que de algún modo se aceptaban como una posición legitimada al interior de la oficialidad literaria.

Dicho pues, lo anterior, es razonable destacar que en el contexto colombiano existen competencias culturales y sociolingüísticas para justificar una realización particular del género corto: llámese dicho, refrán, proverbio, frase célebre, etcétera. Esa capacidad y memoria compartida que se condensa en los géneros cortos es apreciable en los epitafios como parte del discurso fúnebre para representar la muerte, su estudio y conceptualización.

Definición de epitafio

Los epitafios son inscripciones puestas sobre una tumba, generalmente en el área de la lápida. Son textos que al honrar a los muertos, actúan también como expresiones del duelo. En muchos casos los hay de lamentos, de consuelo, o incluso celebratorios. Se puede decir que se nutren básicamente del ámbito literario y religioso, en virtud de lo cual, por ejemplo, en la literatura se cuenta con composiciones breves que lamentan pérdidas de variada índole, como las llamadas elegías o endechas, así como epitalamios, al contrario, alegros y celebrantes y también epigramas festivos o satíricos.

Está el epitafio también relacionado con una *tendencia cultural* o calificador genérico que se refiere a las formas de asumir el duelo, la muerte y la socialización de los sujetos. Como de algún modo se dijo antes, no hay que olvidar que en la literatura la muerte ha sido un tema central. Ejemplos notables de ello son las ya descritas coplas de Jorge Manrique dedicadas a la muerte de su padre y el renombrado poema de Miguel Hernández titulado *Elegía*, en recuerdo de su amigo Ramón Sijé, o el poema del poeta mexicano Jaime Sabines a su padre.

En el análisis de un corpus de epitafios que se encuentra en el apartado del presente libro, se puede ver una clasificación de los mismos de la muestra que tomamos en varios cementerios de varias ciudades del país. En ella es visible el variopinto rostro de este género corto en el discurso fúnebre en Colombia.

Características de lápidas y epitafios

Las lápidas se pueden considerar como textos en los que se conjugan una variedad de códigos y en los que existe una intencionalidad de comunicación con dos tipos de receptores, uno, con el que mira y lee la lápida, y otro con la persona fallecida cuyos restos descansan allí. Esto produce un esquema distinto al esquema de la comunicación cotidiana entre vivos.

Aquí encontramos dos modificaciones importantes en los procesos de comunicación con un oyente. El primero es que la persona a quien va dirigido el mensaje no puede responder (por lo menos no de la manera como

una persona viva respondería). De otro lado, el mensaje es dejado en un sitio público, en el cual es evidente que será visto y leído por un sinnúmero de personas. Si bien la lápida sirve como identificación del sitio de la tumba, también personaliza el lugar, ya no es una tumba más, es la tumba de “mi madre”, “nuestra hija (o)”, “mi esposo”.

Aquí se mezclan varios sistemas semióticos: está por un lado el lenguaje verbal, que identifica y da claridad al mensaje; se encuentra también la disposición y el diseño de la lápida, con los elementos estructurales que tiene, por ejemplo, el tipo de letra, si lleva relieve o no, si muestra o no fotografías de la persona; el material o materiales de lo que está hecha, los colores usados; los objetos dejados allí, etc.

Los epitafios son de dos clases. El primero y más común es el epitafio prefabricado que ofrece quien hace la lápida. Hay un repertorio de mensajes que los dolientes escogen de acuerdo a su relación con el difunto; los hay para madres, abuelas, hijos, esposos, hermanos, etc. El otro epitafio es más interesante y es el que compone el doliente y que escribe o manda escribir en la lápida. Allí generalmente se expresa la esperanza en una vida feliz en el más allá, la permanencia en el recuerdo de la persona muerta y la seguridad de encontrarse con ella o él en el futuro y los que revelan una visión del difunto en vida o de valores implícitos que postulan como legados para allegados y comunidad.

La personalización de los sitios donde yacen los restos de las personas se da principalmente en las ciudades pequeñas y en los pueblos de Colombia. Estos se oponen a los principios de despersonalización de los llamados parques-cementerios de las grandes ciudades. Cementerios modernos en los que se niega de manera sistemática toda posibilidad de expresión personal en el diseño de las lápidas o en su decoración, pues todo obedece a un patrón de uniformidad del diseño.

Esta despersonalización de las tumbas y de la muerte en general, es parte de una tendencia general en la cual la muerte se niega, se esconde, se medicaliza, se saca de lo cotidiano, convirtiéndose en un evento social incómodo en donde mostrar emociones fuertes o expresiones de duelo ruidosas es de “mal gusto” (Ariès, 2008). Esto se puede observar en el hecho de que ya no se permite que los deudos velen a sus muertos en sus casas; hay que ir a una sala de velación en donde la presencia de más muertos en ambientes ajenos contribuye al sentimiento de lo extraño. Es la instalación en la muerte misma del signo de la institucionalidad con la expansión de las llamadas pompas fúnebres.

En este nuevo contexto, los epitafios que se inscriben en las tumbas ya están hechos para la ocasión y solo por excepción son textos originados en la voluntad del difunto, o por decisión de sus familiares. Al estar sujetos

a la voz de otra distinta de la del difunto o sus familiares, ha derivado en algunos casos en la emergencia de un barroquismo en las tumbas que ya designamos en otro apartado del libro, pues los deudos buscan añadirle textos manuscritos, flores artificiales, fotografías, etc.

Algunas aproximaciones sobre el epitafio en diferentes autores

La escritura funeraria en Mérida

Leonardo Sánchez (2007)⁵, en un estudio o trabajo exploratorio de la escritura fúnebre en la ciudad de Mérida, Venezuela, presenta un marco teórico general producto de la revisión documental y bibliográfica y una primera mirada a una selección de epígrafes hallados en el cementerio metropolitano de la ciudad. Señala Sánchez que con el correr del tiempo, el noble mármol ha venido cediendo el paso al granito, la cerámica y al hierro forjado. Y las lapidas esculpidas, con distintas técnicas y niveles de detalle y ornamento, en correspondencia con las capacidades económicas de los deudos, han venido siendo sustituidas por la muy elemental y uniforme placa de hierro forjado.

Gráficamente, el autor destaca la repetida utilización de una estrella, antecediendo la fecha de nacimiento y de una cruz, a la fecha de defunción, como casi único adorno. Aun así es de destacar, que la mayor parte de la escritura funeraria, limitada a los datos esenciales, tiene sus excepciones en textos dedicados fundamentalmente a madres o padres, textos en los cuales se elogian sus vidas, se exaltan sus características y se expresa la tristeza que deja su partida. Destaca, igualmente, la vecindad que ha supuesto el evento de la muerte con la religión, cuando muestra la existencia de muchas tumbas coronadas por Cristos, Ángeles y Vírgenes.

La conceptualización metafórica en epitafios

Como se ha dicho en otro parágrafo del presente libro, Crespo (2014) también documentó entre los años 2008 a 2010 poco más de 2000 epitafios en el Cementerio de Albacete, España. Para su estudio, que comprende un enfoque diacrónico y sincrónico de los epitafios desde el último tercio del siglo XIX hasta la primera década del presente siglo, buscó describir básicamente el lenguaje de dichos textos, encontrando el uso recurrente de ciertas expresiones léxicas que le dan sentido al mensaje, para lo cual establece varias tipologías de epitafios, entre esos los que llama consolatorios y de súplicas, entre otros.

5 Véase Sánchez, L. (julio-diciembre, 2007). La escritura funeraria en Mérida. Boletín del Archivo Arquidiocesano de Mérida, 28, 96-119. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/691/69111714006.pdf>

Crespo (2008), dividió para su estudio el Cementerio de Albacete en zonas y por periodos históricos, lo cual metodológicamente le permitió facilitar su aproximación a los epitafios para trazar un mapa de los rasgos del epitafio y describir cómo se transforma a través del tiempo. El estudio describe varias metáforas conceptuales de la muerte a partir del concepto de Lakoff y Johnson.

De este modo el autor organiza una amplia variedad de eufemismos hallados y se centra en los sustitutos eufemísticos de naturaleza metafórica en referencia a la muerte y sus conceptos para encuadrar luego su correspondiente conceptualización de acuerdo con el modelo de la metáfora conceptual que el autor considera en esa investigación, entre otras citadas, la muerte es ir al cielo, la muerte es el final, etc.

Mención especial merece la familiaridad con la que en México se hace la aproximación al fenómeno de la muerte, pues es recurrente la relación cotidiana que se tiene con esta. De hecho, en la ciudad de Aguascalientes, a modo de ejemplo, existe el museo de la muerte basado en las representaciones artísticas y culturales sobre el tema, especialmente las de Guadalupe Posadas. Pues la Catrina, obra famosa del artista, se ha convertido en signo de lo fúnebre para los mexicanos.

Un cuadro diciente de esa relación con la muerte tiene lugar el llamado día de difuntos que en México adquiere una singular e inédita forma de representar el universo de la muerte, pues ese día la creatividad popular implosiona con un sinnúmero de figuras y adornos de variados materiales que coquetean, juegan, enmascaran y celebran la muerte.

El rito como lenguaje

En las ciencias humanas, lo que se llama rito constituye una práctica humana que se ha asociado a su dimensión sagrada y su significado se enlaza regularmente con el conjunto de prácticas que ha establecido cada religión para sus ceremonias. Es diciente por eso que el surgimiento de la religión esté asociado al rito; de hecho, no hay religión sin rito o culto, como también se le suele llamar.

Toda religión contiene para sí una serie de ritos que contribuyen a su difusión y afirmación; uno de estos es el que acompaña al fenómeno de la muerte. Por tanto, la geografía del rito mortuario está dada, en gran medida, por creencias religiosas, sean del carácter que sean. No es casual que detrás de la gestión y la administración de los ritos de la muerte estén las instituciones religiosas.

Los campos santos que se seleccionaron para la presente investigación, por ejemplo, son dirigidos en buena parte por la Iglesia católica. Y se sabe que en el pasado remoto las tumbas de los muertos de clase social alta se situaban al pie del altar de las iglesias, y en el otro extremo se dejaba a los muertos de clase baja. Una vez el lugar de la muerte fue desbordado, la iglesia siguió con el poder de disponer dónde se ubicarían las tumbas de los difuntos; esto explica que muchos cementerios estén bajo su orientación y protección.

Se entiende entonces por qué el rito fúnebre sigue vinculado de manera tan estrecha a los ritos religiosos. La oración fúnebre para la muerte en la antigüedad se transformó luego en las oraciones o en los panegíricos que a veces se

acostumbran para los difuntos de reconocida notoriedad social y pública que hoy acompañan el velatorio o la sepultura en Occidente. Mary Douglas (2006, pp.23-34) ha estudiado el ritual de la religión bíblica, para mostrar justamente la importancia del rito en las religiones que se derivan del Levítico, uno de los libros del Pentateuco, base de la religión judía.

En un breve y magnífico texto, Gustavo Becerra ha resumido la visión que sobre este particular han tenido los estudiosos del tema. Sostiene Becerra que el estudio del rito “ha tenido enormes dificultades para su registro y comprensión, ya que el tema en occidente en términos generales siempre fue considerado como patrimonio de la teología” (2006, p.53).

No obstante, con el surgimiento y desarrollo de la antropología se ha podido establecer que los ritos están indisolublemente unidos a los mitos. Como tales, constituyen un lenguaje en el que se expresan las prácticas cotidianas y los ciclos vitales del hombre a los que se encuentran unidos. Citando a Durkheim, Becerra lo señala así: “Rito es una práctica constituida por reglas de conducta que prescriben cómo ha de comportarse el hombre frente a lo sagrado” (2006, p.56). Por otra parte, según Becerra, Levi-Strauss “se inclinó por considerar que los ritos son actos repetitivos que dividen el continuo de la experiencia vital [...] y que son fundamentalmente un lenguaje con fuerte eficacia simbólica que, a la vez que integran procesos mentales individuales y colectivos, sintetizan reglas y normas sociales” (2006, p.56).

En la investigación adelantada sobre epitafios y discurso fúnebre, es de vital importancia considerar el rito como una expresión lingüística por cuanto amplía nuestra visión del discurso sobre la muerte y el duelo a un ámbito mucho más abarcador que facilita su comprensión. En este sentido, caben las precisiones que sobre el particular han incorporado antropólogos como Leach y Douglas quienes han señalado que “el rito está profundamente involucrado con la semiótica como disciplina [...] el rito para Leach tendría múltiples funciones y sería fundamentalmente un acto simbólico, el cual puede ser interpretado de manera analógica a la interpretación orquestal ya que contiene la posibilidad de variaciones sin perder su significado esencial. Mary Douglas argumenta que los ritos son actos simbólicos sujetos a valor” (Becerra, 2006, p.57).

De lo dicho hasta aquí, se puede inferir que es pertinente una mirada semiótico-discursiva para la cabal comprensión de las prácticas rituales que se asocian a la muerte, tanto en aquello que está escrito en los epitafios como en el simbolismo de las tumbas y el ceremonial que acompaña al fenómeno de la muerte. Esta visión permite además una interpretación más sutil y sugerente respecto al significado que, en nuestra cultura, tienen la muerte y el discurso fúnebre asociado a ella.

Dentro de este campo cabe el análisis de las imágenes que acompañan los epitafios de las tumbas, así como las ceremonias de despedida de los difuntos, amén de los símbolos asociados al luto y a la aceptación y convivencia con la ausencia o pérdida que provoca el duelo; vale decir, imágenes religiosas, imágenes no religiosas, signos que expresan emociones, objetos que se dejan en las tumbas, diseño de los sepulcros y otras expresiones simbólicas del lenguaje del dolor y la muerte.

Significado del rito funerario

Entre los pueblos primitivos, la muerte constituía una seria amenaza a la cohesión social y, por tanto, a la supervivencia de todo el grupo; esta podía desencadenar una explosión de temor y variadas expresiones irracionales de defensa. La solidaridad del grupo se salvaba entonces haciendo de este acontecimiento natural un rito social. Así, la muerte de un miembro del grupo se transformaba en una ocasión para una celebración excepcional; de esta forma, la muerte pone en marcha una serie de obligaciones sociales.

En la mayoría de sociedades de hoy, los rituales funerarios benefician a los vivos y a los muertos: ayudan a los sobrevivientes a aceptar la realidad de la muerte (todos los rituales del luto sirven para reforzar la realidad y reducir la sensación de irrealidad que favorece la esperanza de retorno del difunto), recordar al difunto y darse soporte el uno al otro. El sentido y porqué de los rituales funerarios se ha asociado a un medio para:

1. Certificar la muerte, es decir, confirmar la muerte del otro, “de que está bien muerto”, y por necesidades higiénicas.
2. Facilitarle al muerto el camino, regreso y arribo a su lugar de destino. En la cultura egipcia también tenía la utilidad de permitir la realización del denominado gesto “KA” destinado a mantener la energía creadora que tenía que sobrevivir a la nada. En la cultura griega, antecedente directo de la actual cultura “occidental y cristiana”, se creía en una cierta vida después de la muerte; por ello, los muertos eran objeto de atenciones durante los primeros días sucesivos a su deceso.
3. Alejar y espantar los malos espíritus. Los habituales cantos, gestos y gritos pretendían asustar y confundir al alma del difunto de forma que no volviera y trajera malas energías sobre sus deudos. Desde la más remota antigüedad se tiene la creencia de que los difuntos ejercen de mediadores entre las deidades y los seres vivos, siempre y cuando cumplan unos ritos que han sido transmitidos de generación en generación hasta nuestros días.
4. Facilitar el proceso de adaptación de los que quedan vivos a este periodo de convalecencia. Los rituales no solo pretenden que los vivos estén más tranquilos al aplacar los espíritus, también sirven para ayudar a

los deudos a aceptar la realidad de la muerte y obtener el apoyo de la comunidad.

5. Cumplir con una tradición, servir de escaparate social (antiguamente las familias daban más importancia al funeral que al matrimonio), como actividad económica y como manifestación espiritual general.

Ritos funerarios en la historia

La antigüedad. Lo clásico y lo mitológico. En la historia del hombre nunca hubo otro periodo durante el cual los rituales funerarios y la expresión del duelo cobraran tal dramatismo y realidad como en el de la antigüedad. En la comunidad, la muerte señala que ha pasado algo, y hay grandes y fastuosas pausas. La muerte de un individuo afecta en todo la continuidad del ritmo social, puesto que en la ciudad nada continúa igual.

El primer rasgo que salta a la vista es su dramatismo. Las manifestaciones del duelo, rituales de carácter dramático y violento, son usuales –casi la norma– en la antigüedad clásica. Así, tenemos como más frecuentes, por un lado, el llanto intenso, rasgado de vestidos, desvanecimientos, gemidos agudos, golpes en la cabeza y en el pecho, arrancamiento de pelos de la barba y la cabeza, heridas en el rostro producto de violentos arañazos, gritos agudos, arrastrarse por el suelo, golpear la tierra con las manos, etcétera. Un segundo rasgo es que en los funerales se podían hacer sacrificios humanos y de animales.

De estos rituales, dos merecen especial atención: el primero tiene relación con la ofrenda de cabellos, que en los hombres se trataba solo de un rizo; en las viudas, de raparse la cabeza (la parte más noble de la persona), y en las demás mujeres, durante el cortejo fúnebre, llevar el cabello suelto (recuérdese que, mágicamente, el pelo representa a la persona). La ofrenda de cabellos que hacían los amigos y familiares del muerto significaba el deseo de seguir íntimamente unidos con él. En los funerales también se le ofrece un mechón de cabellos de la persona muerta a Perséfone (Proserpina), diosa de los infiernos, para que fuese bien acogida por esta.

El segundo ritual de interés son los juegos fúnebres que se llevaban a cabo durante los primeros nueve días tras el fallecimiento, como la carrera de carros, el pugilato, la lucha, la carrera, el combate, el lanzamiento del peso, el juego del arco y el lanzamiento de jabalina.

Finalmente, el tercer rasgo más sobresaliente es su duración, que solía ser corta pero intensa (de 1, 7 y 9 días) en épocas más antiguas, y más larga (hasta un año) en épocas posteriores.

El funeral romano. Tanto en Roma como en Grecia el entierro de los muertos era un deber sagrado. Negar sepultura a un cadáver era condenar al alma a errar sin descanso y, en consecuencia, crear un peligro real para los vivos, pues esas “almas en pena” eran maléficas.

En torno a la muerte, los romanos desarrollaron complejos ritos. Cuando una persona estaba a punto de morir, su cuerpo se ponía en el suelo y uno de sus seres queridos le daba el último beso y le cerraba los ojos.

Los romanos practicaban simultáneamente dos grandes ritos funerarios: la cremación y la inhumación. Una vez que se comprobaba la muerte, el hijo mayor cerraba los ojos de su padre y lo llamaba por su nombre, por última vez. Luego se lavaba el cadáver, se lo adornaba, se lo revestía con la toga praetexta⁶ y se lo exponía en el atrium⁷ sobre un lecho mortuario, en medio de flores y guirnaldas. Durante varios días, mujeres flautistas y plañideras⁸ a sueldo tocaban una música fúnebre. Luego, llegado el momento, se formaba un cortejo para acompañar el cadáver fuera del recinto de la ciudad, donde caminaban hombres que llevaban representaciones de lo que había sido la vida del difunto.

Los antiguos cristianos. Durante este periodo, el fenómeno de las plañideras para hacer más intenso el duelo estaba muy extendido: alquilaban a mujeres paganas como plañideras, para intensificar el luto y atizar el fuego del dolor. Por principio y por tradición popular, el duelo durante esta época debía sobrepasar la medida; se condenaba menos su carácter mercenario que el exceso que manifestaban, puesto que se descargaba sobre otros la expresión de un dolor que personalmente no se sentía lo bastante. No obstante, tal manifestación debía mantenerse con esplendor, aunque el precio fuese muy alto.

Primera Edad Media. Los ritos de la muerte estaban dominados por la familia y amigos del difunto, quienes protagonizaban las escenas del duelo y acompañamiento. Estos ritos eran fundamentalmente civiles y el papel de la iglesia se reducía a la absolución. La escena del duelo se hallaba dividida en dos actos sucesivos e inmediatos: durante el primero, las manifestaciones eran salvajes, o así debían parecerlo. Tales gestos de pena y dolor eran interrumpidos solamente por el elogio del difunto, segundo acto de esta escena; habitualmente existía un “guía” del duelo quien se encargaba de las palabras de despedida, haciéndose especial hincapié en la espontaneidad de los

6 La toga praetexta (o simplemente pretexta), blanca con el borde púrpura, era una vestimenta utilizada por los romanos en las grandes ocasiones. Tenían derecho a llevarla los niños (menores de dieciséis años), los senadores y los que hubieran alcanzado una alta magistratura.

7 Gran espacio abierto dentro de un edificio por lo general con un techo de cristal.

8 Plañidera: mujer a quien se le pagaba por ir a llorar en el funeral. La palabra viene de ‘plañir’ (sollozar) y esta del latín plangere.

acompañantes (familiares, amigos, señores y vasallos del difunto). El duelo solía durar algunas horas, el tiempo de la vela, a veces el tiempo del entierro: un mes como máximo en las grandes ocasiones; las gentes se vestían de rojo, verde, azul o del color de los vestidos más hermosos para honrar al muerto.

Segunda Edad Media. Las convenciones sociales ya no tendían a expresar la violencia del dolor y se inclinaban desde el momento de la muerte hacia la dignidad y el control de sí mismo: ya no parecía tan legítimo ni usual perder el control de sí mismo para llorar a los muertos. El duelo medieval expresaba la angustia de la comunidad visitada por la muerte. Las visitas del duelo rehacían la unidad del grupo, recreaban el calor de los días de fiesta (retorno a lo antiguo); las ceremonias del entierro se convertían también en una fiesta de la que no estaba ausente la alegría, pues la risa hacía que con frecuencia las lágrimas desaparecieran.

En la segunda Edad Media, y particularmente después del establecimiento de las órdenes mendicantes (carmelitas, agustinos, capuchinos y dominicos), la ceremonia del duelo, el velatorio y el entierro cambió de naturaleza; la familia y los amigos, ahora silenciosos, dejaron de ser los principales actores de una acción desdramatizada. En adelante, y probablemente a partir de los siglos XII y XIII, los principales papeles estuvieron reservados a sacerdotes, a personas semejantes a monjes, laicos con funciones religiosas, como a las órdenes terceras o los cofrades, es decir, a los nuevos especialistas de la muerte.

Siglos XVI, XVII y XVIII. Hay suficientes pruebas para concluir que los rituales mortuorios, propios de siglos anteriores, habían entrado en crisis; el abundante cortejo religioso así como las representaciones de caridad y pobreza (comunidades mendicantes, hermandades, pobres, etc.) tendieron a volverse más sencillas: las procesiones se hicieron menos numerosas y las exequias barrocas comenzaron a ser mal vistas. Así, las manifestaciones del duelo se relacionaban con la sencillez: los testadores pedían humildad, tanto en la casa como en la iglesia. A pesar de ello, el duelo con plañideras subsistía en algunas regiones.

La expresión de dolor sobre el lecho de muerte ya no se admitía; en cualquier caso, se pasaba en silencio. El que estaba demasiado afligido como para volver a una vida normal tras el breve lapso concedido por la costumbre, no tenía más remedio que retirarse al convento, al campo, fuera del mundo en que era conocido. No obstante, a finales del siglo XVIII se empezó a dar un viraje hacia manifestaciones románticas de la muerte.

Siglos XIX y XX⁹. En el siglo XIX, la muerte era algo muy familiar, pero adquirió la imagen impregnada del romanticismo de la época. Hubo resistencia a dar nombre a los niños al nacer, se esperaba un tiempo prudencial hasta ver si iban a sobrevivir. Esta actitud de resignación ante la muerte de los niños como un hecho posible podía observarse entre comunidades pobres en las cuales la lucha por la sobrevivencia era grande y la muerte era una de las posibilidades cotidianas. No era raro escuchar con total naturalidad a un padre o a una madre de familia que decían que habían tenido un cierto número de hijos de los cuales había sobrevivido una parte.

Las manifestaciones públicas del duelo, así como una expresión privada demasiado insistente y lánguida, eran de naturaleza morbosa; las crisis de lágrimas y las manifestaciones dramáticas se convirtieron en “crisis de nervios”. Después de la muerte se clavaba en la puerta de la casa del difunto una “esquela de duelo”, sustituyendo así a la antigua costumbre de exposición del difunto o del ataúd; el periodo de duelo se convirtió en un “periodo de visitas”: visitas de la familia al cementerio, visitas de los parientes y amigos de la familia, etc. Pero con el avanzar del siglo XX la muerte pasó a ser cada vez más un asunto familiar y privado, cuyas expresiones públicas, salvo si la notoriedad del difunto era grande, eran mal vistas. Este hecho debe entenderse en su justa proporción, pues es algo más propio de las culturas occidentalizadas, pues aún se nota dramatismo y pasión en muchas de las prácticas rituales de la muerte en comunidades y regiones con influencias menos occidentales.

Gitanos. Los gitanos romá¹⁰ manifiestan un gran respeto por sus difuntos. De hecho, el peor insulto entre ellos consiste en ofender a los muertos. Cuando un gitano fallece se le vela en una carpa tres días. Bajo el ataúd se colocan aquellas cosas que más le gustaban (café, cigarrillos, vino, frutas, etc.). Sus familiares deben cumplir con un duelo que consiste en no usar jabón, no afeitarse, no usar ropa nueva, no escuchar música, no asistir a las fiestas de la comunidad (no bailar ni cantar), no pintar, etc. Los hombres deben usar una pequeña cinta de color negro en la camisa como señal externa del luto (esta debe quemarse una vez terminado el luto). La duración de estas restricciones depende del parentesco (desde una semana a un año). Una tradición mantenida hasta el día de hoy es el banquete fúnebre que se realiza en memoria del gitano fallecido: se celebra a los 7 días, a los 6 meses y al año después de la muerte.

9 Para una reflexión más pormenorizada sobre rituales de la muerte en la historia se sugiere al lector remitirse nuevamente a Ariès en su libro *El hombre ante la muerte*.

10 Los gitanos romá o romaníes son una comunidad o etnia originaria del subcontinente indio, que data de los reinos medios de la India, con rasgos culturales comunes, aunque con algunas diferencias entre sus subgrupos. Se encuentran asentados principalmente en Europa y en Suramérica.

Funerales católicos. La muerte es siempre dolorosa, pero para el cristiano no es el fin sino el pasaje a la vida eterna. Dar entierro es una de las obras de misericordia. El lugar del entierro debe ser un cementerio, preferentemente católico, ya que estos han sido consagrados como lugar santo de reposo y manifiestan el respeto que los católicos le tienen a la vida y a la muerte de Cristo.

Se hace un mayor énfasis en la esperanza cristiana en la vida eterna y en la resurrección final de entre los muertos. Las funciones litúrgicas son las prácticas rituales de la iglesia durante el entierro de sus hijos. Los funerales pueden ser sencillos, pero siempre guardando el respeto y la dignidad del cuerpo humano. Lo importante es acudir al Señor en oración, lo cual es la razón para celebrar los ritos fúnebres católicos: la vigilia, la liturgia funeral, el rito de despedida y el entierro. Por medio de ella se expresa la fe y se encomienda al difunto a la misericordia de Dios.

Rituales del discurso del dolor

El epitafio es una representación del duelo, pero no es la única que se suele representar para manifestar el dolor ante la muerte de un familiar o un allegado. Este es parte de un discurso más amplio que podemos englobar en el discurso fúnebre, que está lleno no solo de palabras de condolencias, sino también de ritos y símbolos.

Dado que la muerte está asociada a los orígenes de la religión, no es casual que, justamente, gran parte del imaginario religioso pueble de imágenes las tumbas y las lápidas en los campos santos. En una sociedad como la colombiana, mayoritariamente católica, es apenas natural que muchas tumbas y segmentos de los cementerios estén adornadas de ángeles, de la virgen María, de Jesús o del libro sagrado de la religión católica. Es una de las representaciones más características de las tumbas y las lápidas. Con ello se da sentido también al discurso del duelo como un discurso que está saturado de una carga religiosa insuperable.

No obstante, se ven también las imágenes de los equipos de fútbol sobre todo, de juguetes e imágenes de dibujos animados del mundo infantil y, en una suerte de influencia visible del comercio de la muerte, pendones a modo de aviso publicitario en los que se dejan mensajes con ocasión de alguna fecha especial del difunto, por lo regular el día de su cumpleaños y el tradicional día de los muertos.

Por eso las inscripciones no religiosas resultan más bien minoritarias y están cargadas de legados políticos o personales referidos a los valores del amor, el respeto, la gratitud y el mandato de recordar. En este aparte del discurso fúnebre también ocupan un lugar destacado el uso de apodos y apócope para el difunto, como 'mi flaco', 'mi gordito', etc., los cuales les otorgan a los mensajes un halo de dramatismo y emoción desbordada.

El espacio de la muerte suele ser también un sucedáneo de la iglesia o de la casa, lo que es visible en el diseño de muchas tumbas cuya fachada semeja la de una iglesia o de una casa, precisando por supuesto que en esos casos representan diseños escasos en la arquitectura de los campos santos de la actualidad, ya que son, en su mayoría, de la época en que se compraban mausoleos o lugares lo suficientemente amplios como para acoger en su última morada a toda una familia.

El discurso fúnebre: textos

Comunicación, lenguaje y lápidas

Al estudiar los epitafios se concibe la comunicación y la caracterización del lenguaje como forjadores de la realidad, lo cual permite pensar la cultura “como una trama de signos o urdimbre de significados que el hombre teje y desteje y que se encuentra en inquietante movilidad, porque el hombre las interpreta y significa” (Geertz, 1996, p.25), y al igual que la realidad social, es resultado de procesos semióticos instaurados por los sujetos.

De esta manera, la cultura constituye un sistema simbólico de comunicación construido por las sociedades en un tiempo y un espacio particulares y en un permanente dinamismo que debe ser interpretado de manera dinámica. De este modo el diseño de las lápidas, la inscripción de epitafios, se originan desde un modo de construcción de la cultura de la muerte y el duelo en un límite de espacio y tiempo. Ese universo que encierra el epitafio se concibe como un texto de cultura que al comunicar arrastra consigo valores de la sociedad de su tiempo.

En el apartado correspondiente de análisis de lápidas, epitafios y tumbas se podrá observar todo el lenguaje que comporta ese universo: lamentos, súplicas, elogios, lecciones y testimonios que revelan el sentimiento y las emociones de una comunidad, así como sus sueños, apetencias, carencias, anhelos e ilusiones. Es decir, un perfil de lo que constituye la sociedad en su momento.

Se aprecia también en el discurso de los epitafios el lenguaje que lo representa, su condición reiterativa que revela el *topos* de su estructura, que se recrea en un sinfín de topois que los actualizan y lo renuevan para que nuevos emisores testimonien la presencia y la perdurabilidad de la muerte y su transformación como evento de la cultura.

Metáforas, eufemismos y refranes sobre la muerte

En los estudios lingüísticos y retóricos es normal tomar las metáforas como parte de la comunicación humana. Lo que no era frecuente era concebir la metáfora como una figura del lenguaje con usos que trascendían el lenguaje de la literatura, o la retórica. Por eso el estudio que abordarán en su momento George Lakoff y Mark Johnson, supuso un giro importante en el enfoque de los estudios del discurso y del lenguaje en general. Lo que Lakoff y Johnson señalaron fue que

Los conceptos que rigen nuestro pensamiento no son simplemente asunto del intelecto. Rigen también nuestro funcionamiento cotidiano, hasta los detalles más mundanos. (...) Si estamos en lo cierto al sugerir que nuestro sistema conceptual es en gran medida metafórico, la manera en que pensamos, lo que experimentamos y lo que hacemos cada día también es en gran medida cosa de metáforas (1995, p.39).

En el estudio que nos ocupa, el discurso fúnebre, y en especial los epitafios, sus mensajes están trascendidos por recursos lingüísticos que paulatinamente han derivado en metáforas con una poderosa significación para nombrar el evento de la muerte. Ha cobrado especial atención en esta dirección el estudio del eufemismo en el epitafio como discurso fúnebre, tal como se destaca enseguida, teniendo como premisa justamente el concepto de metáforas conceptuales que estudiaran Lakoff y Johnson.

Si bien al eufemismo se le utiliza como figura retórica alusiva a la muerte, en tanto hace énfasis a una idea o un sentimiento producido o generado alrededor de la muerte, no cabe duda que constituye un recurso valioso de la comunicación humana. Este énfasis consiste en que el autor, hablante o creador se escapa del sentido literal de la palabra o frase y le otorga uno diferente al comúnmente utilizado.

Es de general aceptación, por otra parte, que las figuras retóricas son de la esencia de la creación literaria y la comunicación humana, ya que estas vehiculizan el discurso estético, científico u ordinario, para trascender el lenguaje literal y añadirle vivacidad y nuevo sentido a la narración del mundo en general, es decir, le ofrecen un valor adicional a todo ello. Estas también tienen la capacidad de transportarnos a un mundo más tangible.

Dicho lo anterior, es menester recordar que la muerte, pese a su omnipresencia en el mundo ordinario, se ha convertido en el último gran tabú moderno, como lo reflexionara el académico García-Sabell (1999)¹¹, lo que ha derivado justamente en que su nombrar se haya instalado en un buen repertorio de eufemismos de la contemporaneidad. Es inevitable quizá que así sea, en tanto que evento que hunde sus orígenes en el nacimiento de los tiempos, ha pasado por una larga metamorfosis. La diferencia ahora es que su mención y sus discursos no dejan de verse como un tabú, salvo quizá en sus expresiones poéticas y artísticas. Una razón poderosa más para convertir el lenguaje fúnebre que gira alrededor de la muerte, en el escenario perfecto para el uso del eufemismo.

Pero también hay que decir que con el eufemismo entramos en la construcción de metáforas, lo cual deviene con el uso y la aceptación social. Quiere decir entonces que el eufemismo da lugar, con el tiempo, a borrarse o esfumarse, e instaura la figura de la metáfora, pues el nuevo nombrar reemplaza el significado original.

El estudio que se precisa más detallado sobre este particular lo ha realizado Crespo (2014), quien entre los años 2008 a 2010 documentó poco más de 2000 epitafios en el Cementerio de Albacete, ciudad de España, para hacer una conceptualización del nombrar de la muerte a través de la agrupación de eufemismos comunes usados en ese Campo Santo. A modo de ilustración, relacionamos aquellas conceptualizaciones: morir es descansar; morir es subir al cielo; morir es vivir en el recuerdo; morir es una pérdida y morir es el final¹².

Así entonces, parafraseando a Crespo, estas metáforas adquieren diferentes significados que se realizan a través de expresiones léxicas situadas en el campo semántico de la muerte. En la metáfora morir es un descanso, por ejemplo, se considera la muerte como “el eterno descanso” o el equivalente anglosajón de R.I.P, Requiescat In Pace o “descanse en paz”. Descansar se asocia en este caso con la etimología misma de la palabra cementerio, en tanto esta hace alusión al dormir, al sueño. Desde el punto de vista eufemístico el difunto no muere, solo descansa.

A su vez, subir al cielo es ubicarse más allá de lo terrenal, ubicarse fuera de condición mortal para escoger un lugar espiritual, tal como se le asocia en el universo católico. Es en cierta forma estar por encima de los hombres y

11 La reflexión de Domingo García-Sabell está contenida en su libro Paseos alrededor de la muerte, aunque con una visión mucho más amplia y abarcadora. Madrid, Alianza Editorial, 1999.

12 También se destaca una investigación de Cruz María Navarro y Nayslan Villareal sobre Cementerios de Cartagena de Indias, que, aunque modesta en el corpus de epitafios que analizan, trabaja también la conceptualización metafórica de la muerte y la vida. Consulta en: <http://190.242.62.234:8080/jspui/bitstream/11227/1736/1/TESIS.pdf>

por tanto alcanzar una esfera de privilegio. Es una metáfora que frecuentemente se usa en nuestro ámbito cultural para explicar la ausencia de un ser querido, sobre todo cuando este fallece de manera repentina.

La metáfora *morir es vivir en el recuerdo* es quizá la que más resonancia encuentra en la representación de los epitafios que se analizan en el corpus que destacamos de la presente investigación. En este sentido el difunto sigue viviendo y el mensaje mitiga la pérdida, pese a que comporta la aceptación resignada e inevitable. Por eso la muerte como recuerdo potencia la memoria de los deudos y los instala en los más bellos y gratos recuerdos, lo cual hace que se enfrente a la muerte como algo natural, con menos resistencia.

Y naturalmente, morir como una pérdida y como un final, son eufemismos que evocan lo irremediable, el gran vacío y la meta a la que se ha de llegar, donde todo ha de acabar, el mar en donde no hay retorno luego de trasegar por las vicisitudes de la vida. Desde luego, se trata de metáforas que conlleva una conceptualización de carácter negativo.

Refranes referidos a la muerte

Como ha señalado Guzmán (2004) de los géneros cortos, no siempre su definición conlleva unos límites precisos, por lo que es más factible analizarlos por su función discursiva. Por eso, ha considerado, citando a Shipley, que un refrán es “una oración que expresa un lugar común con pretensión de validez universal”, es decir, siendo como es, un género que abrevia en una cultura, por lo regular de carácter popular, su dominio y saber es conocido de la colectividad. Tiene además, en la mayoría de los casos, una función moralizante y en muchos otros, una función humorística que nace de la experiencia.

Los refranes son por tanto discursos que en el uso cotidiano, vale decir, en la oralidad, se llenan de sentidos distintos. El refrán es la presentación implícita del argumento, ya que se propone al que escucha una imagen de los hechos sobre los cuales se desarrolla la conversación, buscando persuadir (hacerlo interesante, ameno, verosímil, contundente) utilizando una idea general en la que pueden entrar los ejemplos. El carácter de lugar común hace que el refrán persuada al auditorio, que comparte la cultura.

El estudio realizado por Guzmán (2005)¹³ en México muestra una serie de refranes usados en ese país, cuyo campo semántico hace alusión a la muerte, pero que es factible pensar que tienen significados variantes similares en Colombia y en general en América Latina. De ellos se hace una síntesis en la siguiente tabla con la respectiva traducción cultural.

13 Consultado en: <http://www.redalyc.org/pdf/588/58804204.pdf>. La muerte viva en México: refrán, memoria, cultura y argumentación en situación comunicativa.

Tabla 2. Refranes usados alusivos a la muerte

Refrán	Traducción cultural
La muerte es flaca y no ha de poder conmigo	Que es superior a la muerte
A ver un velorio y a divertirse en un fandango	Cada cosa a su tiempo. Que se quite de ahí
Al diablo la muerte, mientras la vida nos dure	Que no hay que pensar en la muerte sino en la vida
Donde lloran está el muerto	Que hay señas que especifican que ahí está la muerte
El que ha de morir a oscuras, aunque muera en velería	Que la muerte ya está decidida
Al fin que para morir nacimos	Que la muerte es una meta
Son de los que muriendo, matan	La hipocresía representada por la muerte
Como ya he muerto, sé lo que es la eternidad	Que sabe algo que los demás no saben

Los refranes pues, hacen uso extendido de metáforas de la muerte que se circunscriben al ámbito humorístico, o también a su imagen como una meta, un destino inexorable, un defecto moral o una sabiduría de todos. Es como se ha señalado antes, la transformación de las actitudes ante la muerte, pues ya no se la ve en la práctica como un hecho normal, sino como aquello contra lo que debemos dar la batalla en busca de encontrar, incluso, la mano repentina y protectora de Dios para que nos siga concediendo la vida.

El discurso fúnebre: imágenes

El barroquismo del discurso del dolor

Un elemento central de nuestra cultura es, sin duda, el carácter mestizo que la atraviesa también en asuntos como atenuar y sobrellevar la ausencia de un ser querido que ya no nos acompañará físicamente en nuestro ciclo de vida. De igual modo, lo es la herencia europea e hispana del barroquismo que acompaña muchas de nuestras expresiones sociales que, como se sabe, fue un movimiento cultural y artístico que se entrelazó con el Renacimiento y lo siguió en la historia hasta mediados del siglo XVIII.

En sus rasgos, uno de sus signos más inequívocos fue el exceso de ornamento en las obras artísticas y del lenguaje. Pero en lo que concierne a esta investigación interesa destacar sobre todo la actitud, la mentalidad y el gusto con que se impregnan los actos de la vida social; dicho de otro modo es lo que en su momento insinuó como propósito de su obra *La era neobarroca* el semiólogo Omar Calabrese (2008, p.14), en el sentido de identificar una “estética social” en los fenómenos culturales que sobre todo están circunscritos por la influencia y la omnipresencia de los medios de comunicación como lo abordó Umberto Eco con manifestaciones de la cultura popular.

Decía en su momento Calabrese que “muchos importantes fenómenos culturales de nuestro tiempo están marcados por una ‘forma’ interna específica que puede evocar el barroco [...] Esto no significa, sin embargo,

de ninguna manera, que la hipótesis sea la de una reanudación de aquel periodo” (2008, p.31). Queda claro entonces que al hablar de barroquismo tampoco se está hablando necesariamente de un periodo artístico, sino de una postura, de un clima que se desprende del hacer cultural que se plantean los hombres y mujeres de una sociedad concreta. Vale decir que es más un espíritu de los tiempos, sin fecha ni periodos específicos de la historia, tal como se habla de lo clásico para definir un estilo, o un modo de asumirse en el mundo, como también lo advirtiera el semiólogo italiano, quien además definió para su tarea de interpretación de los eventos de la cultura “analizar los fenómenos culturales como textos, independientemente de la búsqueda de explicaciones extratextuales” (2008, p.37), enfoque que justamente se ha creído adecuado para el análisis de los rituales y los epitafios que son objeto de estudio en esta investigación.

Si bien el amplio trabajo de campo que se llevó a cabo es desigual, lo que muestra es que en el modo como se disponen y diseñan las tumbas y las lápidas en los campos santos de Colombia, en particular en algunos cementerios de Cali, hay un exceso y superposición de imágenes en las tumbas de los difuntos que, a cual más, desean dejar el testimonio de lo especial que fue para ellos el difunto, pero develando en esa práctica, justamente, ese barroquismo de que hablamos.

Son tumbas en las que las inscripciones aparecen en materiales plásticos en forma de corazón, de mariposas y en el espacio de las figuras las debidas inscripciones hechas a mano con marcadores acrílicos con un fondo de color visible que les da a las mismas la notoriedad de un testimonio excedido de sentido. Esto, no obstante que en la administración del campo santo se advierte a los deudos que deben abstenerse de poner en las tumbas objetos que no están permitidos, para guardar, justamente, la uniformidad en el modo de disponer las tumbas con las inscripciones del caso. De cualquier forma, lo que cabe resaltar de ese modo de expresar el sentimiento de duelo es la manera sencilla, libre y abierta como los deudos expresan el dolor de la ausencia, de la muerte, como se aprecia en la figura 1.

Figura 1. Fotografía de una tumba en el Cementerio Jardines de la Aurora de Cali



En la figura 1 se aprecia, en la forma como se manifiesta el discurso del dolor y el adorno que acompaña, una manera de ser muy de la cultura popular, pero también muy colombiana, en la que las emociones no son a veces contenidas, sino que se les da rienda suelta como una manera de desahogo y alivio ante la irreversibilidad de la muerte. En esta forma de manifestar las emociones de dolor puede haber una manera inapropiada de representarlo, pero también es evidente que se ajusta a un modo de ser colombiano que desfoga las emociones sin atender si socialmente ellas son bien recibidas o censuradas. Finalmente, no todos los grupos humanos y sociales representan el dolor de la muerte como se hace en ciertas esferas sociales y de poder. En gran parte, estas esferas prescriben continencia, moderación y ocultamiento de las emociones para representarlas con una simbología que suele ser más sobria, rígida e inapelable.

Fragmento de imágenes de la muerte en la antigüedad

En la mitología antigua, imágenes precisas están vinculadas con la muerte o sus mitos. Esas imágenes se asocian, a su vez, con el carácter monstruoso, de horror y pavor que se atribuye al imaginario y al rostro de la muerte. Se ha hablado, por ejemplo, de imágenes aterradoras vinculadas en especial con la serpiente, el caballo y el perro. El gran estudioso de la cultura griega J.-P. Vernant lo expresa así: “La serpiente, el perro y el caballo son las tres especies animales cuya forma y voz forman parte de la composición de lo ‘monstruoso’” (2013, p.70).

Sobre el perro, el más famoso es Cerbero, el can monstruoso de 50 cabezas que custodiaba las fronteras de Hades. Nadie está facultado para traspasar los límites que están concedidos para los muertos, nadie puede atravesarlos,

pues desde allí no hay retorno posible. Además, Medusa, una de las gorgonas más conocidas, suele ser representada con la cabeza llena de serpientes, así como en algunas imágenes del mito aparecen también dos caballos que la acompañan, amén de Pegaso, el que brota de su cuello cuando muere a manos de Perseo, según se ha establecido en su estudio.

El sentido de las imágenes religiosas de la muerte

Para establecer el sentido de lo religioso en las imágenes de la muerte, es de especial interés la iconografía cristiana que ha construido el catolicismo hasta el presente. Se destaca, en primer lugar, el sentido del diseño arquitectónico de los sepulcros, dado que muchos de ellos conservan en la actualidad el sentido de descansar en la casa de Dios, vale decir que, por semejanzas, los sepulcros imitan la casa de Dios, es decir, tienen la forma de templos o iglesias, tal como se puede apreciar en la figura 2.

Figura 2. Fotografía del Cementerio Metropolitano Central de Cali



En segundo lugar, aquellos que están adornados con la figura de ángeles que bien podemos decir representan el mensaje del Mesías que alude a que la muerte se ha asomado a la puerta, o la imagen del texto sagrado que en otro momento referenciábamos como testimonio de seguimiento del texto que subraya la adhesión de difunto y de sus deudos a la práctica católica, lo cual ilustramos en las figura 3.

Figura 3. Fotografía del Cementerio Metropolitano Central de Cali



En un estudio de la religiosidad de la muerte no podrían faltar tampoco las imágenes del hijo de Dios, la Virgen y otras relacionadas, lo cual revela el fervor por las figuras capitales de la religión católica. En el caso de Colombia, de creencia católica en su mayor parte, estas imágenes cobran una fuerza poderosa, pues en la práctica el duelo y la despedida de los difuntos están marcadamente impregnados por esta religión (figura 4).

Figura 4. Imagen de San Francisco en el Cementerio de San José. Quibdó



Secularización de otras imágenes de la muerte

Pese a la religiosidad que impregna el suceso de la muerte, también en los últimos años, al amparo de la caída de las prácticas y el carácter sagrado que en el pasado conservaban las creencias religiosas, se ha abierto una visión de la muerte que se asocia con otros tipos de imágenes que pueden adscribirse a una visión sentimental y desacralizada de los sepulcros.

Las imágenes que más acompañan, en este caso, las tumbas y las lápidas, son las vinculadas con el deporte y la simbología infantil. Las más recurrentes son las relacionadas con los escudos de los equipos de fútbol, según se trate del lugar de descanso del difunto, o los personajes u objetos del imaginario infantil; algunas de esas imágenes se aprecian en este apartado.

Figuras 5. Imagen en el Cementerio El Tabor/La Candelaria, Medellín



Figuras 6 y 7. Imágenes en los Cementerios de Bosa y del Norte, Bogotá



Arcoíris de los mensajes en los epitafios

Durante la investigación visitamos un significativo número de cementerios de Colombia. Estas visitas tuvieron como fin la recopilación de los epitafios como textos y la toma fotográfica de las lápidas, para describir algunos elementos del lenguaje fúnebre. No obstante, por considerar que son representativos del universo de epitafios que recopilamos en el país, aquí haremos el análisis a partir de los campos santos bogotanos. He aquí, pues, una caracterización del discurso fúnebre en los epitafios.

Características de los epitafios

Se destacan algunos elementos del género a lo largo de las observaciones efectuadas en la investigación, entre ellas los que siguen:

- *Autoría:* en la mayoría de los casos los mensajes de las lápidas están firmados por familiares o amigos. En el caso de los que están escritos en primera persona, se presume fueron encomendados en vida por el fallecido o simplemente se planteó como una manera de proyectar un discurso sobre la muerte.

Figuras 8 y 9. Fotografía de lápidas



- *Permanencia:* los epitafios son de larga duración en los cementerios y se convierten en la marca de identidad del fallecido. A diferencia por ejemplo de los grafitis, que no tienen ninguna garantía de permanencia, los epitafios sí, porque no nacen ni surgen en la clandestinidad, tienen aceptación y permisividad social y eso hace que permanezcan en el tiempo y se constituyan en un elemento distintivo de las culturas.
- *Simbología y estética:* en las lápidas y epitafios hay una serie de elementos simbólicos importantes como imágenes de escudos institucionales, equipos de fútbol, fotos, flores, cruces, paisajes e íconos religiosos como santos, vírgenes, etc.
- *Afectividad:* sin duda el epitafio refleja la relación amorosa con el fallecido; elementos textuales como el uso del diminutivo y de palabras como 'querido', 'amado', 'adorado', así como también el empleo de hipocóriticos y apodos, así lo muestran.

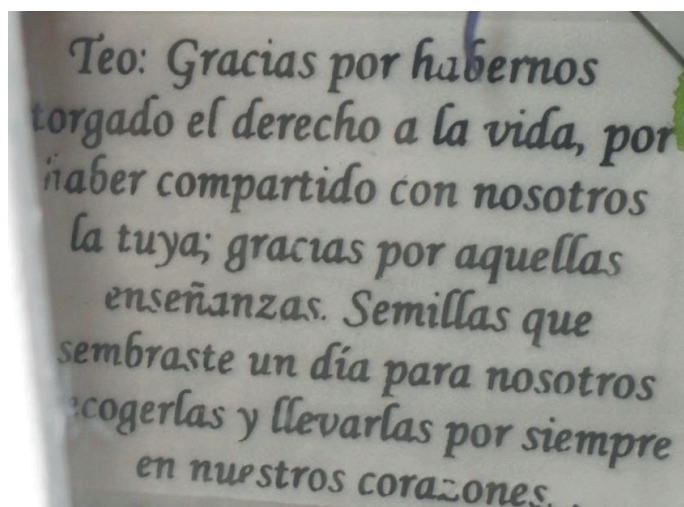
- *Brevedad*: la mayoría de los epitafios son breves y pretenden decir mucho en pocas líneas; son realmente pocos los mensajes largos.

Descripción de algunos elementos del lenguaje de las lápidas

En el lenguaje que se ofrece en las inscripciones que nos ocupan podemos apreciar los siguientes elementos:

- Los epitafios no siempre son creados por la familia del fallecido, sino que muchas veces son comprados junto con la lápida, por lo que se encuentran en todos los cementerios, epitafios repetitivos. En el cementerio de Bosa, uno de los más comunes es: “Mamita pasarán los días, los meses, los años y jamás te borrarás de nuestras mentes hasta que Dios por su infinita bondad nos reúna contigo para siempre”.
- Se utiliza en las notas fúnebres el diminutivo, apodo o hipocorístico para denotar una relación afectiva con el muerto, como Alvarín, papito, mamita, guchuvita, hijito, nenita, flaca, gordis, Teo... (Ver figura 9). Ejemplos de inscripciones en las lápidas: “Gordis: has dejado una huella que ni el tiempo ni el viento podrá borrar. Desde donde estés guíanos y al terminar nuestro paso por la vida en la mansión de Dios te buscaremos”. (Cementerio de Bosa). “Gordo: la mona jamás te olvidará”. (Cementerio de Bosa).

Figura 10. Fotografía de lápida



- Uso de frases, sentencias o citas bíblicas: “No se muere aquella persona que se entierra sino aquella que se olvida” (Cementerio el Apogeo).
“Jesús le dijo: yo soy el pan de vida; el que viene a mí, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás”. (Cementerio del Norte).
“Le dijo Jesús yo soy la resurrección y la vida el que cree en mí aunque este muerto vivirá y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Cementerio del Norte).
- Se observó que un gran porcentaje de los epitafios carecen de signos de puntuación: puntos, comas, las tildes brillan por su ausencia, y además se encuentran muchos mensajes que contienen faltas ortográficas como: “te estrañaremos por siempre” (Cementerio de Bosa), “estas en nuestros corazones” (cementerio arquidiocesano). Y errores gramaticales de concordancia y de hipercorrección: “tu nos has muerto” (Cementerio del Norte), “el amor que nos brindastes nos da fuerzas para seguir viviendo” (Cementerio del Norte), “vivistes para hacernos felices” (Cementerio Matatigres).
- La mayoría de los epitafios se encuentran escritos en segunda persona:
“Tu paso por este mundo fue muy corto pero dejaste mucho amor entre nosotros. Siempre te recordaremos y te extrañaremos” (Cementerio del Norte).
Sin embargo, varios están escritos en primera persona como una manera textual de presentar como vivo al fallecido:
“No tuve tiempo de decirles adiós porque la prisa del viento fue más rápida que mis deseos, en aquel duro momento mi pensamiento estuvo con Dios y con ustedes. Ya saben que mi partida fue repentina pero siempre los quise porque siempre tuve un pequeño lugar en mi corazón para todos. A todos los que me estimaron en vida y hoy en vano lloran mi ausencia terrenal, les pido que eleven al señor sus oraciones en mi nombre como la última y más grande muestra de cariño. No me olviden...” (Cementerio del Norte).
- Y en otros casos, como en los de personajes célebres del Cementerio Central la inscripción de sus lápidas fue extraída de sus testamentos, cartas, obras y, por su puesto, fueron redactadas por ellos mismos; veamos un ejemplo del General Santander: “después de mi carrera pública a una sola gloria me queda aspirar: a la gloria de merecer realmente el bello título de hombre de las leyes por una conducta toda conforme a ellas toda en consonancia con los procesos de la libertad y con el sistema que felizmente ha optado la Nueva Granada (hoy república de Colombia)”.

También se da importancia al fallecido aludiendo a los títulos u oficios de este:

“Manuel Antonio Rueda: ingeniero, institutor, autor didáctico” (Cementerio Central).

Figura 11. Lápida de Manuel Antonio Rueda



- Además, se encuentran epitafios escritos en forma de acrósticos considerados textos en los que las letras iniciales, medias o finales de cada verso u oración leídas en sentido vertical, forman un vocablo o una locución que en este caso corresponde al nombre del muerto; ejemplo:

Luz que siempre guiara nuestro camino.

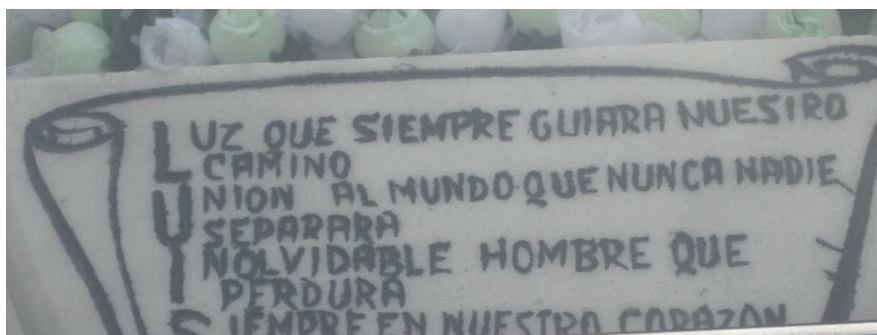
Unión al mundo que nunca nadie separara.

Indolvidable hombre que perdura.

Siempre en nuestro corazón.

(Cementerio Central)

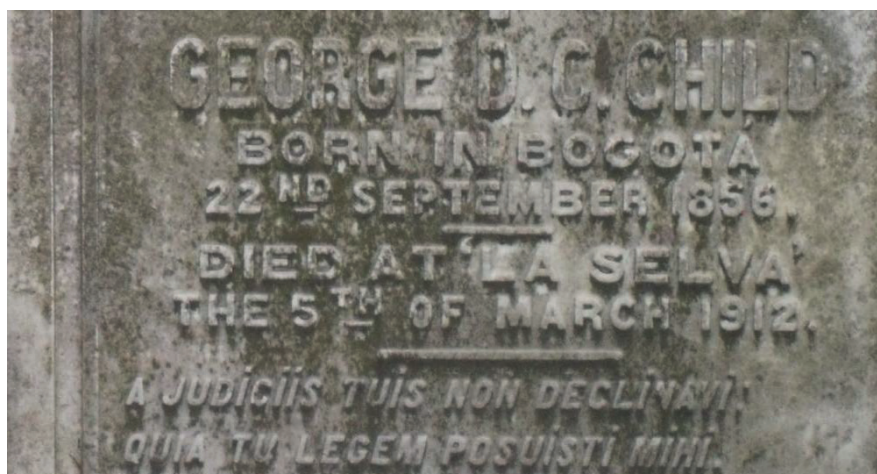
Figura 12. Ejemplo de acróstico



- Un rasgo particular de epitafios en el cementerio Central es que algunos están escritos en latín:

“George D.C. Child: a judiciis tuis non declinavi quia tu legem posuisti mihi”. (No han disminuido de tus juicios, porque tú me has enseñado).

Figura13. Ejemplo de epitafio en latín



- Las palabras que más se repiten en las dedicatorias fúnebres, teniendo en cuenta los cementerios seleccionados, son:

Tabla 3. Palabras frecuentes de algunos epitafios

Palabra	Frecuencia
Diminutivos	18
Siempre	26
Estará	11
Cielo	9

Nuestros	39
Corazón/corazones	37
Recuerdo/recordaremos	20
Partida	4
Dolor	4
Espíritu	3
Amamos/amor	28
Ángel	8
Maravilloso	1
Especial	2
Pasaran los días, los años...	4
Dios/señor/Jesucristo/Jehová	36
Presencia	3
Vacío	7
Hogar	4
Voluntad	11
Vida/vivir/vivirás	19
Gracias	19
Tiempo	11
Ausencia	6
Enseñanzas	6
Alma	5
Bendición	1
Huella	3
Ojos	5
Camino	1
Adiós	5
Lágrimas	3
Tiempo	6
Duerman	4
Desaparecen	4

Tipología de epitafios según los hallazgos

Los epitafios pueden ser individuales o colectivos según la disposición de las tumbas, pues hay algunas en forma de mausoleos que agrupan varios fallecidos y se caracterizan en muchos casos por contener leyendas para todos los que allí reposan: “Ustedes fueron importantes en nuestras vidas y

a pesar de la ausencia siempre los recordaremos” (Cementerio Matatigres). “QUERIDOS PADRES: El amor los unió y de esta unión surgió una gran familia, sus 11 hijos, nietos, yernos y nueras quienes los recordamos para siempre” (el Apogeo). “Duerman tranquilos adorados padre y hermano que nosotros siempre los recordaremos y al terminar nuestro paso por la vida en la mansión de Dios nos encontraremos. Recuerdo de sus hijos, hermanos y nietos” (el Apogeo).

Figuras 14 y 15. Ejemplos de epitafios colectivos



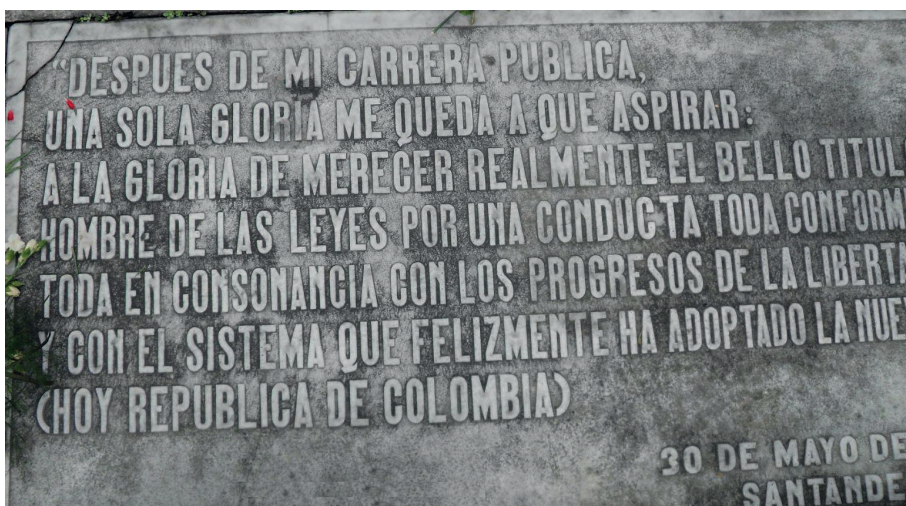
Sin embargo, la mayoría de notas fúnebres son individuales y corresponden a sujetos muy particulares con quienes se tuvo una relación consanguínea y afectiva específica, como se puede leer a continuación: “Mamita pasaran los días, los meses, los años y jamás te borraras de nuestras mentes hasta que Dios por su infinita bondad nos reúna contigo para siempre” (Cementerio de Bosa). “Hija linda, tu corazón de niña buena nos deja una gran lección de entrega, valentía, amor y paciencia con madurez que solo seres como tu poseen. Te amamos. Mi princesa. Tu familia” (Cementerio del Norte).

Según el tema y la intencionalidad comunicativa, los epitafios además se pueden clasificar en:

Humorísticos: porque, paradójicamente, algunos tienen como propósito caricaturizar, relajar o generar risa a quien lo lee: “cuidado me pisan”, “por fin duerme sola”.

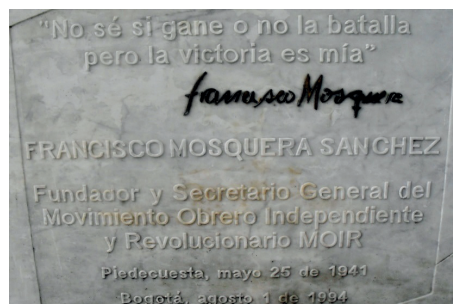
Políticos: se refieren a la patria y a temas asociados con la realidad nacional y la ciudadanía, como en el caso del presidente Santander: “después de mi carrera pública a una sola gloria me queda aspirar: a la gloria de merecer realmente el bello título de hombre de las leyes por una conducta toda conforme a ellas toda en consonancia con los procesos de la libertad y con el sistema que felizmente ha optado la Nueva Granada (hoy república de Colombia)” (Cementerio Central).

Figura 16. Epitafio de Francisco de Paula Santander



“No sé si gane o no la batalla pero la victoria es mía”. Francisco Mosquera Sánchez (Cementerio Central).

Figura 17. Epitafio de Francisco Mosquera Sánchez



Alfonso López Michelsen: “Bendigo a la providencia que me dio por campo de acción este suelo fecundo y por compatriotas a mis ciudadanos” (Cementerio Central).

Literarios: recurren al lenguaje tropológico y pretenden generar un efecto estético, aunque, en este caso, muchos tienen un contenido poético porque la escritura se convierte en un medio para elaborar el duelo: “No tuve tiempo de decirles adiós porque la prisa del viento fue más rápida que mis deseos” (Cementerio del Norte). “Papito: ya que al cielo tú has partido solo una cosa a mi dios le pido, que entre sus brazos te encuentres dormido”. “Amigo: para nosotros siempre serás amigo, te has marchado pues lo quiso el destino, en nuestra mente siempre estarás vivo, entre llanto y tristeza hoy hermano te despidió con mis lágrimas voy recordando todo lo que vivimos, las ocurrencias que hacíamos en el barrio donde crecimos, fuiste mi hijo en las buenas y en las malas siento un dolor tan grande ahora porque te marchas. Tío: en cada momento de oscuridad fuiste mi luz, pero ahora no estas y no hago más que llorar ya no hay con quien jugar” (Cementerio Matatigres).

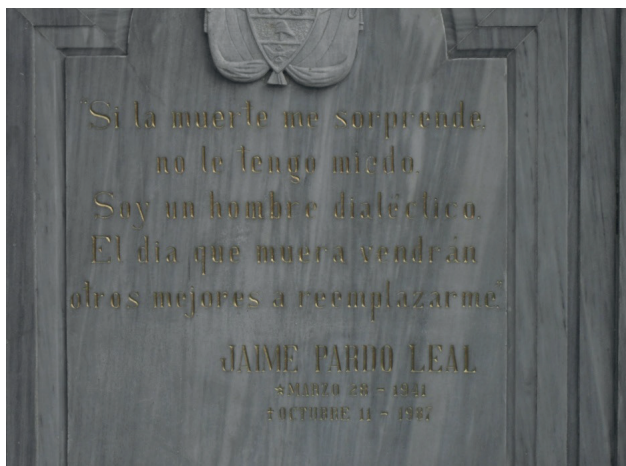
Deportivos: aluden directamente al fútbol u otro deporte. En Bogotá la mayoría de las inscripciones fúnebres de este grupo tienen que ver con hinchas de diferentes equipos capitalinos que fueron asesinados en móviles asociados a lo futbolístico y que, generalmente, fueron miembros de las denominadas ‘barras bravas’. En el caso que sigue, el difunto se apoya en un símbolo del equipo deportivo del que es hinchas, pero acude al conocido pensamiento del Che Guevara y lo incluye dentro del escudo: “En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea. Hasta siempre comandante” (Cementerio del Norte).

Figura 18. Epitafio con imagen deportiva



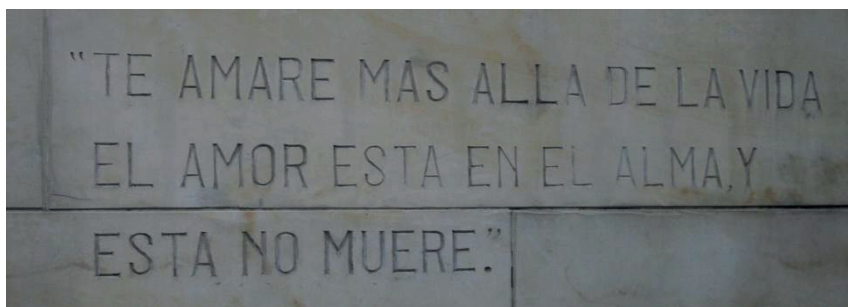
Descriptivos: apuntan a detallar, representar o especificar alguna característica del fallecido, como en el ejemplo del epitafio de Jaime Pardo Leal: “Si la muerte me sorprende, no le tengo miedo. Soy un hombre dialéctico. El día que muera vendrán otros mejores a reemplazarme” (Cementerio Central).

Figura 19. Epitafio de Jaime Pardo Leal



Ontológicos: incluyen reflexiones profundas que tienen que ver con la existencia y el ser: “Te amare mas allá de la vida, el amor esta en el alma, y esta no muere” (Cementerio Central).

Figura 20. Fotografía ejemplo de epitafio ontológico



Otros tipos de epitafios están relacionados con el fallecido; así, encontramos epitafios infantiles, juveniles, de famosos y familiares.

Los infantiles se refieren a la muerte de los niños, sus lápidas contienen no solo mensajes asociados a lo pueril, sino símbolos de animales, peluches e íconos relacionados con la infancia.

Figuras 21 y 22. Ejemplos de epitafios para infantiles

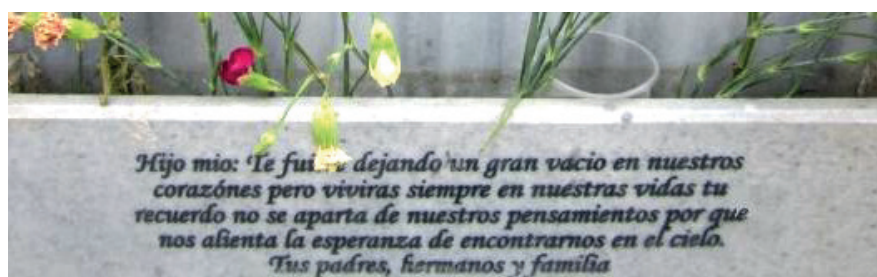




Los juveniles representan a personas que murieron durante su juventud; muchas lápidas contienen fotografías de muchachos y hacen alusión a sus gustos o a grupos a los que pertenecían.

Figuras 23 y 24. Epitafios de jóvenes



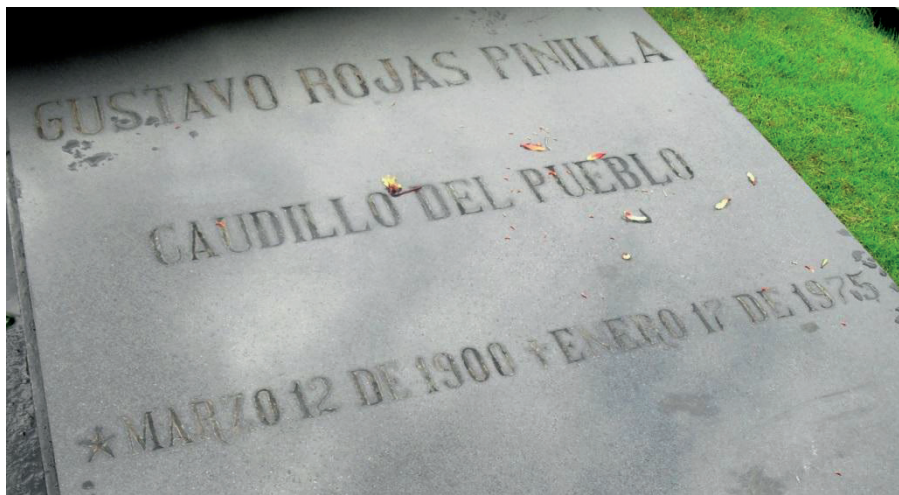


De famosos: se refiere a personajes célebres de la vida nacional.

Figuras 25 y 26. Epitafios de famosos



Figuras 27 y 28. Lápidas de famosos



Familiares: asociados o no a miembros de la familia consanguínea, como es el caso de madre, padre, hijos, hermanos, tíos, vecinos, amigos, relacionados no solo con un lazo biológico, sino también con lo afectivo.

Figura 29. Epitafio dedicado por familiares



Como se puede ver, en la mayoría de los epitafios hay marcas que se relacionan con las formas de expresar el duelo y de manifestar la muerte, en un discurso que aunque es breve permite percibir muchos elementos del lenguaje fúnebre. Es claro también que los epitafios permiten la reunión de diversos símbolos y lenguajes en un solo texto que, al igual que muchos géneros cortos, tienen permanencia en el tiempo y pueden ser explorados de modo más amplio para entender mejor el tema de la muerte en las culturas.

Fragmentos del discurso fúnebre en cementerios de Colombia

*Mi gente pobre
Siempre vuelve al campo santo
Sembrando una flor de llanto
Con amor y voluntad*

*(De Los entierros de mi gente pobre.
Catalino "Tite" Curet Alonso, compositor.
Cheo Feliciano, cantante)*

*Yo no te pude hacer un monumento
De mármol con inscripciones a colores
Pero a tu final morada vengo atento
Dejando una flor silvestre y mil amores (...)
Sobre las tumbas de gente que se ama
Humildemente una flor de llanto
quiero dejar*

*(De Sobre una tumba humilde.
Catalino "Tite" Curet Alonso, compositor.
Cheo Feliciano, cantante)*

Colombia cuenta con un buen número de cementerios de trayectoria histórica, que en algunos aspectos guardan un interés más allá del discurso fúnebre, sobre todo aquellos que en su disposición y tumbas abrigan personajes y figuras

con los que se devela la historia y cultura del país. Sin pretender un recuento de ellos es ilustrativo de ese acervo lo que plantea Alverto Escobar¹⁴ en un texto titulado El Cementerio Central de Bogotá y los primeros cementerios católicos, en el que señala un panorama sugerente y un registro sucinto de la historia de los campos santos en el país, sin ofrecer detalles sobre el particular, pues ello requeriría un estudio más amplio y pormenorizado.

Es importante mencionar que el Cementerio Central de Bogotá y El Universal de Barranquilla datan del siglo XIX, pero como se pudo apreciar en nuestro trabajo de campo, hay un sinnúmero de cementerios que en el país son testigos de piedra que contienen mensajes en los que se revela la colombianidad y nuestra manera de enfrentarnos a la muerte. A manera de ilustración presentamos lo que podríamos llamar algunos fragmentos de esos textos y discursos que representan la nación, agrupados en segmentos geográficos del país.

Bogotá

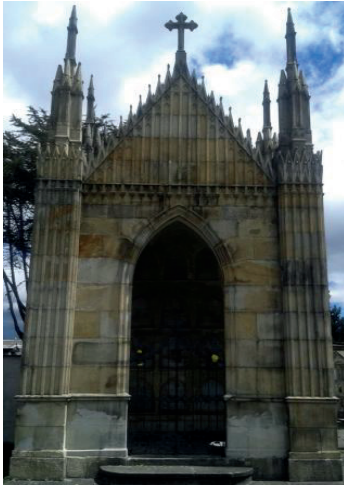
Como se ha visto en el capítulo anterior, Bogotá con sus varios cementerios en los que se realizó parte del trabajo de campo para la investigación, alberga un cúmulo significativo de epitafios y expresiones del discurso fúnebre del país. Varios de sus cementerios nos permitieron apreciar un buen número de tumbas que encierran textos significativos.

El Cementerio Central, aparte de su valor histórico, es un referente arquitectónico de la ciudad, declarado Monumento Nacional en 1984. Su valor estético se evidencia en las múltiples esculturas, bronce y mausoleos que homenajean a los difuntos, simbología que se asocia a motivos de las culturas greco-romana y cristiana. El número de mausoleos y tumbas que allí se encuentran son testimonio, sobre todo en el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, de la representación de los ritos y la simbología de la muerte, pues a finales de esa centuria el cementerio fue sometido a un proceso de rediseño arquitectónico que ha reducido su área y su uso como destino de los muertos. Es de esperar que cada vez se asocie más a familias y figuras de notoriedad pública o de poder económico.

El campo santo es emblemático como lugar en el que se puede observar de manera notable la relación metafórica muerte-dormir, o muerte-casa, con el número de mausoleos y sepulcros cuyo diseño arquitectónico justamente semejan tumbas a modo de cama o de casa como lugar de los vivos. De igual modo, el diseño de otros sepulcros es comparable con templos o iglesias como representación de la fe católica que predomina en el país.

14 Revista Credencial Historia (2002). Edición 155.

Figura 31. Sepulcros con valor estético que proyectan una relación con la religión y la casa



Esto representa un testimonio de cómo se ha vivido la muerte y su consiguiente cortejo de ritos y discursos fúnebres. Otros cementerios de la ciudad ya se ha visto en el capítulo anterior también registran una notable representación de la muerte, sobre todo de la cultura popular, como es el caso de los cementerios de Matatigres, El Apogeo y Bosa.

Centro del país

En Tunja, Boyacá, como en otros lugares del país, las lápidas y tumbas están diseñadas con imágenes y textos religiosos que testimonian la fe católica del difunto y familiares. Predomina la imagen de la Virgen, de Jesús y del texto sagrado, tal como se puede ver en estas fotografías tomadas del Cementerio Central de la ciudad.

Figura 32. Imágenes religiosas en el Cementerio Central de Tunja



Conforme con la visión religiosa de esta región, la muerte iguala a todos con su sentido inexorable. Aquí la entrada misma del cementerio advierte a todos la fugacidad de riquezas, poder y fama.

Figura 33. Leyenda a la entrada del Cementerio Central de Tunja



Región Pacífica

Pese a que los Campos Santos suelen tener una reglamentación que hay que seguir por los dolientes de los difuntos, en esta región pudimos apreciar que es donde hay una mayor profusión de imágenes que se superponen a veces sin concierto ni orden, lo que muestra un cumplimiento relajado de dichas normas. Esto contrasta a veces con el orden y austeridad que se aprecia en espacios del cementerio asignados para tumbas de grupos humanos, en particular en los que se busca exaltar su sacrificio como es el caso de los militares.

Figura 34. Aviso de normas y panteón en el Cementerio Central, Cali





También se evidencia una asociación con la cultura festiva y abierta de las gentes de la región. Hay una multiplicidad de colores, incluso, para adornar las tumbas, como se puede ver en otras imágenes.

Figura 35. Tumba en el Cementerio Metropolitano del Sur, Cali



En la región es perceptible una relación desapasionada de la población con figuras de la cultura que de algún modo los representan. Así se pudo observar que las tumbas de personajes como Jairo Varela son sobrias y no ostentan ningún mensaje más allá de las habituales fechas de nacimiento y muerte del difunto. El futbolista conocido en vida como *El Palomo Usurriaga* muestra en su sepulcro el recuerdo de su familia pero no hay elementos que lo destaquen como una figura de tributo en la ciudad. El caso de la tumba de Andrés Caicedo Estela, quien es hoy el escritor quizá más reconocido de

la cultura caleña, es más austero, pues su sepulcro es compartido con otro difunto y se advierte un abandono notable de su tumba.

Figura 36. Tumbas de Andrés Caicedo, El Palomo Usurriaga y Jairo Varela



Estos difuntos en tanto figuras reconocidas y representativas de la región, revelan el sentido de la gente para enfrentar la muerte. Finalmente prima en

este evento el sentido de fatalidad y la banalidad de pretender el recuerdo perenne. Pero como se hace en otras culturas, sería saludable para la sociedad tener en el cuidado de las tumbas de estos difuntos, una manera de conservar su memoria como parte de los valores históricos y culturales de la región.

Región Caribe

En este caso las imágenes y textos están circunscritos a los mensajes y la iconografía religiosa de los habitantes de la región. Pese a la cultura que allí prevalece, también llena de alegría y expresiones multicolores, las tumbas tienen más bien una sobriedad que contrasta con el espíritu de la región.

Figura 37. Tumbas en el Cementerio de Manga, Cartagena



Cementerios como El Universal de Barranquilla se destacan por la presencia en su campo de un número importante de sepulcros de gran ostentación, cuyo sentido remite no solo a la riqueza, sino a los valores e iconografía de la religión católica, como se aprecia en las imágenes que siguen.

Figura 38. Imágenes con motivos religiosos en el Cementerio El Universal, Barranquilla



Un dato sugerente del análisis hecho en esta ciudad, es que los difuntos con alguna notoriedad pública se asocian al mundo de la cultura y casi nunca al mundo de las élites políticas. La tumba en Santa Marta del líder histórico del M-19, Jaime Bateman, aunque discreta en su presencia, quizá puede ser

una excepción. Los lugares de descanso de esos difuntos ilustres, excepcionalmente, se convierten en días especiales, en una suerte de santuarios de romería, como en el caso de la tumba del cantante Diomedes Díaz, en el Cementerio Ecce Homo de Valledupar, cuyo epitafio recuerda un fragmento de su canción Para mi fanaticada: “Y el día que se acabe mi vida / les dejo mi canto y mi fama...”

Figura 39. Tumbas de Diomedes Díaz y Jaime Bateman



Los fragmentos que aquí se muestran del amplio repertorio de tumbas, lápidas, epitafios e imágenes que se compiló en numerosos cementerios del país son ilustrativos del topos que acompaña reiteradamente el discurso fúnebre. La cruz, la biblia y mensajes del texto sagrado simbolizan la fe católica desde tiempos lejanos, pero llegan hasta el presente con una recurrencia que define el topos más habitual del discurso fúnebre. La presencia de ángeles

en el diseño de las tumbas o en presentes de los deudos para adornarlas, también está íntimamente relacionada con la iconografía cristiana que los prescribe como mensajeros de Dios¹⁵. Es decir, el simbolismo religioso tiene como sentido la adhesión del difunto y sus familiares a la fe católica, un testimonio del apego a las enseñanzas cristianas. Por otra parte, un repertorio de imágenes desacralizadas relacionadas con el fútbol, la imaginación infantil y el comercio de textos en materiales publicitarios vienen construyendo un topos no religioso cuyo sentido reviste una carga de emociones intensas cada vez más visibles en los campos santos.

En suma, son recurrentes los epitafios e imágenes que vuelven sobre motivos religiosos, el lamento, el elogio y la añoranza. Pero también la injusticia, el duelo que no cesa y sobre todo la memoria, que vuelve para instalarse en el corazón de los colombianos como tabla de náufrago, como bálsamo del dolor y también como afecto y palabra que busca la comunión con el respeto, la cordialidad, la generosidad y la paz.

15 Sobre el uso y sentido de la iconografía cristiana, pese a que se encuentran muchos estudios sobre el particular, remitimos al lector a un texto básico de consulta: *Iconografía cristiana. Guía básica para estudiantes* (2003), de Juan Carmona Muela.

Rituales fúnebres de Colombia

*En los entierros
de mi pobre
Gente pobre
Cuando se llora
es que se siente de verdad
En los entierros
de mi pobre
Gente pobre
las flores son de papel
las lágrimas son de verdad (...)*

*(De Los entierros de mi gente pobre.
Catalino "Tite" Curet Alonso, compositor.
Cheo Feliciano, cantante)*

El Pacífico colombiano: Chocó y sus tradiciones fúnebres

La frase popular *"hemo de mori cantando, porque llorando naci"* es una representación fidedigna del ritual funerario del Pacífico colombiano. Refiriéndose una experiencia particular sobre ritos funerarios en el Chocó. José Serrano la describe así:

Un grupo de mujeres mayores rezan y entonan cantos que sólo se usan para la ocasión. Al frente de las casas los hombres juegan domino y se cuentan historias. Bandejas con café, pan y cigarrillos recorren el lugar de vez en cuando, acompañadas de alguna botella de aguardiente o biche — licor de producción local —. Así se pasa hasta el amanecer. (Serrano, 2012)

Los cánticos y bailes hacen parte de la tradición fúnebre en esta zona. Los cánticos se los puede dividir en funerarios (muerto adulto) y bundes para angelitos (alegres y con lúdica). Estos están atravesados por acentos y fraseos que provienen de la herencia social de sus ancestros africanos y se combinan con partes de textos bíblicos. Pero son cantos sagrados y restrictivos al uso del culto, por lo que no son entonados en otras situaciones diferentes a las enunciadas.

En esta región, es perceptible en todo caso, un fuerte arraigo y vínculo de los ritos funerarios con sus antepasados, por ejemplo en el uso de instrumentos musicales que en su momento se intentaron proscribir de sus ritos mortuorios, o la danza que les acompaña todavía en algunas partes de su geografía como lo han hecho saber De Friedemann y Arocha (1966, y 1991).

Cantos de alabaos

Los alabaos son cantos corales de alabanza o exaltación religiosa que se ejercitan para pedir a Dios por el alma del muerto y la protección de los vivos. Su uso en el rito fúnebre es parte del canto de velorio para adultos. Se interpreta sin instrumentos pero en ocasiones puede ir acompañado de un instrumento de percusión.

De sus características se destacan el acento salmodiano (propio de las exaltaciones cristianas) y la escala musical que evoca el canto llano. Una de las intérpretes lleva la voz líder y las otras realizan el coro y lo cantan manteniendo la armonía de las distintas voces, sin variar la melodía e introduciendo modulaciones propias de la música colectiva de las tradiciones africanas.

Si bien en el universo del alabao los versos se asocian básicamente al contexto religioso tampoco está libre de asuntos profanos. En los alabaos de tipo fúnebre se combinan de forma indistinta pasajes que hacen referencia a la vida del difunto y exhortaciones místicas. Valga este fragmento en el que se repite cada verso, cuya interpretación fue ganadora en un festival Petronio Álvarez, con arreglos de Tamafrí:

Que bonita está la tumba
Que bonita está la tumba (...)
Solamente la acompaña
Solamente la acompaña
De luto las cuatro velas
De luto las cuatro velas
Y en rezar esta novena
Y en rezar esta novena
Y diga tres veces amén

Y diga tres veces amén
Se salva de sus pecados
Se salva de sus pecados
Y salva a otros también
Y salva a otros también
Uuhm uuhmm uuhm, (...)

En toda la Costa Pacífica colombiana este tipo de expresiones musicales son numerosas. Son características de todo el litoral, en él se nombran los santos del cielo católico, alternando los versos con el nombre de un pez negro y largo, que es el que da nombre a la tonada. En el departamento del Chocó, por ejemplo, es muy popular el alabao dedicado a San Antonio, conocido como bunde San Antonio o “Velo, qué bonito”.

Cantos de gualí

El gualí es, por su parte, otro canto propio de las comunidades afrocolombianas del Pacífico interpretados por un cortejo de toques de tambor desarrollados por parte de un grupo de matronas en el ritual de los entierros infantiles. En este caso el cuerpo del infante debe estar apropiadamente arreglado con ropas blancas, bien peinado, con los oídos tapados con algodón y su cuerpo colocado en una caja sobre una mesa. La cabeza del niño debe estar en dirección a un arco que se elabora con flores.

En el rito las personas marchan de forma procesional y en ritmo lento, se conjugan tres pasos adelante y dos atrás. Se resalta en este rito fúnebre que nadie llora, ni siquiera la madre del menor, pues si esta lo hace, el niño no podrá irse, es decir su alma no podrá gozar en el reino de los espíritus. Dicho rito es una suerte de derivación del alabao, pero se hace la distinción porque en la visión afrodescendiente se concibe que el alma de los niños es un alma pura, libre de pecados.

Figura 40. Ritual funerario del Pacífico colombiano



Fuente: Imagen tomada de <http://bahiamalaga.org/RITOS-FUNEBRES.php>

San Basilio de Palenque: ritual funerario en la Costa Caribe

El *lumbalú* es el ritual funerario de San Basilio de Palenque, considerado por la Unesco como patrimonio intangible de la humanidad. El término se deriva del nombre del tambor funerario principal, utilizado para llevar el ritmo de los cánticos y el baile acostumbrado. Es una ceremonia de carácter fúnebre y ritual que se realiza con ocasión de un velorio en San Basilio de Palenque. La evocación del muerto se hace rememorando los orígenes africanos de la comunidad, en particular Angola, la tierra natal de muchos de los primeros cimarrones fundadores del palenque.

Uno de los ancianos del cabildo (la institución política y religiosa más importante de la comunidad palenquera) pregona la muerte de quien ha fallecido. El pregón se realiza para convocar a la comunidad al velorio mediante un toque especial del tambor *pechiche*. Una vez que se ha reunido la gente, se inicia propiamente el canto-lloro responsorial, en el que alternan el solista de voz prima y el coro. En este caso es parecida la interpretación con los alabaos del Pacífico. Pero acá el ritual se acompaña de las palmas de las manos y con los toques del tambor *yamaró*, ejecutado con ritmos y alturas específicas¹⁶.

16 Véase respecto a este rito *lumbalú* de Palenque Friedman (1991). Sobre el sentido de los muertos en la cultura negra y popular, es relevante la visión que en algunos segmentos de la población se tiene de ellos respecto a su poder santificador. Véase Losonczy (2001).

El lumbalú se caracteriza por presentar la conjugación de elementos recitativos, canto y golpes rítmicos de percusión de significado especial. Durante su ejecución las mujeres bailan con pasos menudos alrededor del cadáver, ejecutando movimientos de vientre e invocaciones con los brazos; algunas se llevan las manos a la cabeza mientras actúan y cantan:

Chimilango, chimilango
cho María Langó ri angola,
guán cún cún me ñamo llo
guán cún cún me re ñamar,
cuando sota caí ma mujé
¡E li le loo!
Chimila ri ri angongo...

Figura 41. Ceremonia del lumbalú



Fuente: Imágenes tomadas de http://www.rpp.com.pe/2011-01-20-lumbalu-ritual-funebre-que-desafia-la-modernidad-foto_329096_2.html#swfplayer

Un elemento clave del ritual fúnebre de las comunidades negras es el despliegue de emociones que en algunos momentos se asemejan a estados de paroxismos. Las mujeres en este sentido cumplen el papel protagónico y representan con sus lloros, sus gemidos, sus movimientos corporales, su gestualidad y su hablar acongojado, el dolor de las comunidades. La muerte se instala en ellas como un factor de cohesión social y es ocasión para la solidaridad, la cordialidad y la familiaridad. Las gentes encuentran en el evento de la muerte un motivo para renovar su pertenencia y de reafirmar su identidad.

Rituales fúnebres indígenas

La cultura y el mundo indígena de Colombia han cobrado en las últimas décadas un conocimiento y divulgación cada vez mayor. El régimen de organizaciones sociales a los que ha acudido ha posibilitado, además, mejorar su visibilidad social y sus autoridades y formas de autorregularse han

dotado sus comunidades de una imagen que las reafirma con una cosmovisión y una identidad propias dentro de la sociedad colombiana.

Desde luego, en ese conocimiento un lugar destacado lo ha tenido la investigación antropológica y arqueológica que se ha adelantado en el país, en especial de las universidades. Y entre esos estudios, los que se han adelantado para describir e interpretar los ritos funerarios de las comunidades indígenas, son de gran valor, pues el fenómeno de la muerte está en ellas asociado como en tantas otras culturas, con su cosmovisión y su modo de situarse ante la naturaleza y la sociedad. Como pensamos que es de justicia, se destaca el estudio de Reichel-Dolmatoff, quien en los años 80, bajo el auspicio del Museo del Oro, se dio en estudiar la iconografía que encerraban las muchas imágenes que se encuentran allí sobre el pasado de nuestras comunidades aborígenes.

Su descripción establece una relación entre la orfebrería indígena y el chamanismo en tanto que las investigaciones en otras latitudes plantean que el oficio de chaman se entiende como una muestra de arte. Pues bien, Reichel-Dolmatoff al concebir que el chamanismo tiene una función mediadora que conecta el mundo de los vivos con el de los muertos, creyó pertinente justamente describir brevemente algunos rituales funerarios indígenas precolombinos. Lo que sostuvo el maestro fue que según los objetos de orfebrería y las sepulturas halladas, se puede establecer que muchas de esas piezas “estaban destinadas a acompañar a los muertos o a las divinidades. (...) Hay muchas formas de enterramientos, que se diferencian según la región, la cultura, la etapa cronológica o la posición social que ocupaba el individuo antes de morir” (1990, p.33).

Señaló también que las tumbas solían ser estrechas en su diámetro, fueran redondas o cuadradas, pero de una gran profundidad con cámaras laterales. Se ubicaban en lugares altos o en el centro de las casas que habitaban los muertos. Como es habitual en otras culturas, también en las comunidades indígenas de Colombia se han hallados objetos de valor de varios significados, que revelan el uso de ofrendas y presentes con los que se acompañaba el lecho mortuario y las urnas funerarias. En otros casos se acompaña de efigies plásticas del difunto, de alimentos y de figuras de cerámica que representaban animales (batracios, reptiles, felinos, aves) que se asocian con el mundo cósmico de nuestros aborígenes (Reichel-Dolmatoff, 1990).

Refiriéndose al tiempo reciente, Reichel-Dolmatoff describe que en

los actuales indios de la Sierra Nevada de Santa Marta, el cadáver, vestido y con sus mochilas puestas en los hombros, gorro en la cabeza y poporo en la mano, se coloca sentado de espaldas contra la pared de su casa, el máma le habla y en un tono de urgencia le pide que se lleve a las enfermedades” (pp. 37-38).

Esto, por supuesto, está asociado al rito fúnebre que prescribe enterrar a los muertos en la casa y por lo mismo se consagran ceremonias en las que se pide a su espíritu que abandone la casa que habitó para que no quede en el territorio de los vivos.

Otros estudios, naturalmente se han centrado en el rito fúnebre indígena en la contemporaneidad. Baste como ejemplo, la buena descripción que hace Susana Jaramillo del rito en los indígenas Zenúes, el cual se desarrolla en cuatro fases: *la mortuoria*, que es el anuncio de que ha habido un muerto y se le dispone el ataúd en su casa para el velatorio; *el entierro*, en el que un grupo de amigos y allegados cava su tumba y se le lleva en hombros por el caserío o pueblo, para sepultarlo con una disposición que dirige un anciano de la comunidad; luego viene *la Compañía*, que es una reunión nocturna que se hace en casa de los dolientes durante los siguientes 30 días a la sepultura, y *el Despacho del alma* del difunto que se hace a través de lo que se llama el novenario, que se inicia desde el día del deceso del difunto y las siguientes nueve noches (Jaramillo, 1987).

Lo pertinente de estos estudios de los ritos fúnebres es que dan una clave para comprender muchas de las prácticas funerarias que se desarrollan en la sociedad colombiana de hoy. Por ejemplo, acudir en los ritos funerarios de la Costa Caribe, sobre todo en los llamados pueblos, a contar chistes, a visitar a los dolientes en sus casas, ofrecer alimentos o practicar juegos como parte del ritual, no se antoja ya una práctica secularizada, sino que también tiene un rastro en las prácticas de nuestros propios aborígenes que vienen de tiempos remotos.

Figura 42. Indígenas Kogui en Rituales fúnebres



Fuente: Imágenes tomadas de <http://aldeamajoree.blogspot.com/2008/10/consejo-w-mes-de-octubre.html> y de http://grupos.emagister.com/debate/etnias_olvidadas_de_america_del_sur/5074-691576/p22

Otras tradiciones simbólicas difundidas

Hay muchas tradiciones y rituales fúnebres que se han difundido en todo el país, independiente de la cultura, región o credo que se practique. Se destacan

varias, por ejemplo *el vaso con agua*, para lo cual debajo del ataúd se coloca un vaso con agua que permanece nueve noches sin cambiarla, con el significado que de allí puede beber el difunto, si al momento de fallecer tenía sed. Se cree además, que el agua que queda en el vaso, después de las nueve noches tiene una connotación medicinal por lo que podría ser usada por las personas que sufren de asma, del corazón y de los nervios. Esta creencia, por supuesto, tiene más un carácter privado, aunque su extensión social es aparentemente marginal. Pero está asociada al carácter sagrado del agua en las ceremonias religiosas. Esta concepción viene desde nuestros ancestros y se ha asumido hasta nuestros días.

El vestido del difunto es otra práctica que se puede relacionar, dado que se supone que el difunto en vida pide cómo quiere ser visto en el momento de su velación. Si bien esta práctica estaba asociada a los santos, entre estos a la Virgen del Carmen o San Francisco, hoy su uso tiene una connotación menos sacra, pues ahora se escogen también el traje elegante, el vestido de matrimonio, o alguna prenda de color blanco o morada. También se opta a veces por llevar ropa nueva con el sentido que el difunto no debe llevar el olor de esta vida a su encuentro con Dios. Cabe aquí, por supuesto, que el vestido del difunto reemplaza a lo que en la tradición era la mortaja, ya prácticamente en desuso.

Otras prácticas simbólicas son el uso de *El cordón* y *Las joyas*. El supuesto de estas prácticas es que el difunto lleva un cordón de siete nudos en la cintura cuyo oficio es el de sostenerse para llegar al cielo. El número siete es el mismo de los sacramentos y significa el camino progresivo de la salvación al encuentro con Dios. Esta tradición es típica de la región antioqueña de Colombia. Con las joyas se quiere dar a entender que el difunto es despojado de todas sus joyas y de las prótesis dentales, porque para llegar a Dios no se necesita de todas estas vanidades.

Por último, no barrer la casa es otra práctica más que pervive en las creencias populares. En este caso se cree que el tiempo que permanece el difunto en casa obliga a que esta no se pueda barrer, dado que el muerto es un invitado especial y todo gira alrededor suyo. El sentido de esta creencia recoge una vieja regla de atención a los invitados, pues cuando se invita a una persona a casa es de mala educación barrer en presencia de ella. Con ello se le rinde entonces el respeto debido al difunto. Si se viola esta regla se cree que los familiares del muerto pueden morir en cadena. Desde luego otras formas simbólicas son parte del ritual de la muerte y también tienen cierto arraigo popular, pero también hoy se han transformado o entran en desuso, como el caso de la *velación*, el *novenario*, entre otras.

Cabe precisar, en cualquier caso, que algunas de estas prácticas son parte de los elementos rituales funerarios, pero que al hacerlas de manera autónoma o separada, en la cultura popular, sobre todo, se les ha dotado de sentidos distintos, que se asocian a veces como parte de supersticiones y tabúes o, incluso, de prácticas profanas.

La muerte trágica en Colombia y su impacto social

*No ha habido nunca un documento de cultura
que no fuera a la vez un documento de barbarie.*

Benjamin, citado por Jameson, 1989 (2009, p. 43)

Un evento tan rotundo como la muerte, tiene en un país como Colombia, una carga de tragedia adicional en virtud de las circunstancias históricas con la que se le ha recepcionado y en el modo como se le ha sobrellevado y aceptado. Incapaz como ha sido en la tarea de forjarse como nación y sociedad bajo el imperio de un Estado de derecho fuerte y de regulaciones y normas acatadas por todos; desde los albores de la república el país ha sido sometido a teatro de operaciones en las que el trámite de sus querellas políticas, económicas, sociales y culturales siempre han estado sujetas al chantaje de las armas, al expediente de la venganza, a la eliminación física del otro y la diferencia y a prácticas torcidas en la aplicación de la ley y las normas.

En consecuencia, el país siempre ha estado expuesto al uso de la violencia por razones políticas que buscan el control del Estado para provecho de grupos particulares, o por razones de etnia, religión y clase, que es lo que nos ha llegado como representaciones del país en el siglo XIX. Este fenómeno se puede apreciar en el estudio que sobre la construcción fallida del Estado en ese siglo muestra Cristina Rojas, quien advierte que el “régimen de representación que surgió en la Colombia del siglo XIX, es decir el deseo civilizador, impidió la formación de la nación. El Estado no ejercía el

monopolio de la fuerza y la ley se instauró como infinidad de actos de venganzas privadas” (2001, p. 286)¹⁷

El decurso de la sociedad en el siglo XX fue morigerado con el desarrollo y aplicación de un Estado de derecho maltrecho en condiciones más democráticas, pero del que nunca fue excluida la violencia como recurso al que acudir, cuando potencialmente se creían en peligro los derechos de propiedad y el uso exclusivo de las rentas del Estado por la dirigencia de los partidos tradicionales, liberal y conservador. Recuértese que durante la vigencia de la Constitución de 1886, una de las frases más usadas por los gobiernos, era aquella de que “el Estado está para garantizar la vida, honra y bienes de los ciudadanos”. No obstante lo dicho, ya se sabe que el país entró al siglo XX con la más ruinosa de las guerras civiles, la llamada guerra de los Mil Días.

De 1945 a 1965 se vivió, por otra parte, lo que típicamente se conoce como la Violencia en Colombia, amén que desde 1964 hasta la fecha, presencia el teatro de las guerras sucias e irregulares con las guerrillas, los paramilitares y, hoy, también, con las bandas criminales que controlan negocios ilícitos. Ese proceso lo ha descrito bien el historiador Marco Palacios en su libro *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*, cuando señala que

la violencia fue expresión del déficit crónico de Estado y no del colapso de éste. Simultáneamente, la plutocracia estaba sirviéndose con la cuchara grande. Detrás de las sólidas columnas de sus balances, Colombia parecía un jardín de progreso. Todos los informes técnicos de la época muestran un ensanchamiento de la brecha social. El ámbito de la legitimidad política quiso circunscribirse a la pericia del manejo macroeconómico en un período de expansión. Tal manejo escamoteaba aspectos como la transparencia y efectividad de los subsidios estatales, el mejoramiento de la competitividad internacional de la industria, el desperdicio de las mejores tierras, la concentración del ingreso, el marginamiento de las políticas sociales, la desigualdad regional, el creciente déficit de vivienda y el caótico crecimiento de las ciudades. Se ocultaba a “los hombres de trabajo” que la violencia era la fuente primordial de un desacato generalizado a la ley, del que ellos mismos hacían parte, con su mentalidad de mercados negros y paralelos en divisas, evasión fiscal, contrabando, tráfico de licencias de importación, sobrefacturación. Esta psicología fue propiciada en parte por la bonanza cafetera de 1945 a 1954 caracterizada por fuertes fluctuaciones de precios de tipo especulativo. Al desacato se sumó, de 1949 a 1953, la falta de apoyo político de más de la mitad de la población a regímenes tachados de ilegítimos por los

17 Cabe destacar también que sobre el segundo tercio del siglo XX, el estudio clásico de Daniel Pécaut, *Orden y Violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*, es un texto de referencia para entender este afán civilizador de la sociedad colombiana en el siglo XX, pero transformado ahora en un propósito de orden que siempre subyace ante la gravitación permanente del peligro de la violencia y del desorden social que le acompaña como una amenaza. (Bogotá, Norma, 2001)

dirigentes liberales, aunque algunos de éstos coincidieron con el gobierno conservador en que para restablecer la vieja civilidad debían desmovilizarse temporalmente los electorados. (2003, pp.237-238)

La negociaciones de paz con el M-19 y otros grupos guerrilleros a finales de los años 80 y el acoso del narcoterrorismo contra el Estado, abrió paso a la expedición de la Constitución de 1991, que desde luego le ha dado a Colombia un escenario político distinto y un desarrollo económico y social apalancado en otros sectores, pero la representación política y la violencia de fondo que la sustenta sigue aún, como en el pasado. El país ha sido por eso un lugar en el que la muerte campea por diversas causas y motivos, sin que su presencia omnipresente escape a su cotidianidad, mucho menos en la contemporaneidad con la exposición a la que vive sometido con los medios de comunicación y las llamadas redes sociales. Pese a que la muerte, en este escenario descrito a grandes rasgos, corresponde afrontarla en condiciones extremas y bárbaras, muchas veces su carácter trágico no pasa del mero escándalo y la indignación paralizante, lo que ha llevado más bien a normalizarla como parte de nuestra circunstancia, sin que la sociedad construya imaginarios y simbologías poderosas que la ayuden a asumir la catarsis y el proceso de sanar sus heridas, proscribiendo de ella el uso de la fuerza y la violencia para poner término a esa espiral que la reproduce en nuestra historia y que en la última etapa no cesa desde hace varias décadas¹⁸.

Entre las muertes trágicas cobran especial relieve las que tienen como víctimas a líderes sociales y políticos que justamente están inmersos en la confrontación por el control del Estado, ya sea para defender la sociedad, o ya para defender intereses particulares, de clase, de etnia, de religión, o de opciones de vida y desarrollo como sucede en la contemporaneidad. Ya en un capítulo anterior se ha mostrado cómo en los epitafios que se inscriben en las tumbas de algunas figuras públicas, se condensa el legado que supusieron para las generaciones posteriores. De este modo la muerte trágica por razones políticas o sociales, supone una suerte de representación que provee para la sociedad una producción de significados que no siempre son atendidos como parte de la simbología de la muerte que puede procurar el uso de la memoria para contribuir a una sociedad reconciliada que le apueste a

18 De acuerdo con lo que se conoce de las prácticas espantosas a que han acudido los actores armados ilegales en la historia de Colombia para anular y vaciar de identidad al otro diferente, el Centro de Reconciliación y Memoria Histórica ha documentado muchas masacres de los años 90 y principios del siglo XXI. Pero a nuestro modo de ver, los estudios más esclarecedores en su momento lo llevaron a cabo María Victoria Uribe y Teófilo Vásquez documentados en *Enterrar y Callar. Las Masacres en Colombia; 1980-1993* Remitimos no obstante al lector a un libro más breve y sugerente de Uribe sobre métodos bárbaros en la violencia: *Antropología de la inhumanidad. Un ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia*, Bogotá, Editorial Norma, 2004.

la paz, la cordialidad y la amistad, para dejar atrás la venganza, el odio, la política del enemigo y el abuso de la memoria.

En la remota antigüedad ya los griegos crearon como parte de la democracia, lo que se ha dado en llamar la oración fúnebre, género cuyo estudio riguroso abordó en su momento Nicole Loraux en *La invención de Atenas*, para mostrar su importancia en la construcción democrática de la propia ciudad. La autora, descartando sus atributos de género literario, lo adscribe más bien a lo que llama géneros cívicos, en tanto alaba y defiende el valor de sus ciudadanos para defender la ciudad. El ejemplo que trae a colación como modelo de oración fúnebre es el de Pericles, figura que además por lo regular los estudiosos de la antigüedad asocian al esplendor de la democracia ateniense, en el siglo V a.C.

Llama la atención, no obstante, que la autora atribuye al género más bien una capacidad creadora limitada, en tanto cree que “la oración fúnebre se constituye en un perpetuo vaivén en el que los mismos temas se retoman, se alargan o se acortan entre uno y otro *epitáphios*, y a menudo solo una disposición diferente de los mismos elementos permite distinguir uno de otro” (2012, p.253), es decir, la oración fúnebre como género político por excelencia acude, sobre todo, a topos como ya decíamos en un aparte anterior respecto a otra clase de epitafios, los cuales generan a su vez las variaciones que le dan una fuerte identidad.

Pues bien, guardando las proporciones y épocas, los epitafios inscritos en las tumbas de figuras colombianas de notoriedad pública, en una sociedad en la que la violencia social y la pugnacidad política no cesa, pueden ser un recurso al que la sociedad promoviera en tanto están dotados de significados que pueden proveer una representación que coadyuve a templar el espíritu civilizador de la nación y a fortalecer los métodos de acción política y social dentro de la democracia con los recursos de la ley y la práctica de normas sociales que privilegian la conciliación y el trámite no violento de los conflictos y las diferencias.

A este respecto, cabe recordar además la simbología funeraria que se ha generado por efecto de muertes violentas producto de la violencia social que deja la delincuencia, el narcotráfico, accidentes de tránsito, entre otras tipologías. En un estudio de años anteriores, a propósito de su efecto social y de su impacto para los dolientes, Arboleda e Hinestroza (2006) realizaron un estudio riguroso sobre la relación simbólica existente entre la creación y recreación de diversos referentes simbólicos asociados a esta tipología de muerte en diversos cementerios del Valle de Aburrá, en Antioquia.

El trabajo de campo en los cementerios les permitió reconocer la existencia de una especie de “mapa simbólico” caracterizado por el uso recurrente de

elementos fúnebres que se alejan de las formas tradicionales, y que se asumen como propios de los rituales observados en cierto grupo de la población. Esta reapropiación de espacios y objetos tiene su asiento en las experiencias de las personas y en las elaboraciones que de ellas se desprenden al introducir la idea tratada: las nuevas tendencias en relación con lo fúnebre encuentran su relación con la situación de violencia que históricamente ha atravesado el país.

Según Arboleda e Hinestroza, el “alto esmero por la decoración y mantenimiento de las lápidas, la incontenencia de lágrimas y gritos frente a ellas, así como el recuerdo y su actualización por medio del relato, se convierten en comportamientos que se instauran en un tiempo ritual, el cual hace factible la continuidad simbólica” (2006, p.175).

Como se ha dicho antes, la instauración de la muerte genera una serie de rituales que posibilitan el duelo y recluyen dicho evento en un campo de cultura que lo hacen manejable y aceptable. En el caso de la muerte violenta, esta práctica es quizá más apremiante, en tanto actúan como catalizadores de las emociones experimentadas en este trance y ponen en juego elementos que, en el ámbito de lo simbólico, sustentan algunas de las acciones de los dolientes, pues en el proceso de elaboración del duelo se hacen reconocibles los tiempos y espacios que facilitan la reestructuración o reordenamiento necesario que opera en la vida del deudo (2006, p.174).

Es evidente además, como también se ha sostenido, que las muertes violentas tienen una simbología funeraria que las hace especial, dado que entran en juego culpas y obsesiones de los afectados, lo cual las torna de más complejidad y difícil superación. El estudio de Arboleda e Hinestroza evidenció que en la simbología funeraria es

posible visualizar una fuerte diferencia entre el significado sacro asociado a las tumbas de los fallecidos por muerte natural y aquel conferido a la clase de tumbas y lápidas en estrecha relación con los procesos de duelo asociados con muertes violentas. Estas últimas, en especial, presentan una gama de objetos ordinarios a los que también se les rinde culto al lado de la tradicional iconografía religiosa. Entre imágenes de santos, vírgenes y cruces se encuentran además fotos, cartas, escudos de equipo de fútbol, logos de agrupaciones musicales, carritos y otras figuras que develan una relación de orden sustancial; una relación que deja entrever un campo simbólico que le es común a un sector de la población, y que si bien no siempre tiene unos límites definidos, posibilita la apreciación de elementos reconocidos y valorados por un colectivo en particular de manera especial o trascendental (...) Otra forma de otorgarle un sustento de vida a la tumba es por medio del tacto: la lápida se toca, se acaricia, se besa o simplemente se le murmura. (2006, p. 178-179)

Se colige pues, que la muerte violenta por estar asociada a un impacto negativo en la sociedad, trasciende el mero ámbito familiar y se instala en el de la

comunidad. Al afectar los lazos de la vida social, se hace indispensable darle también un ritual y una simbología que trascienda lo familiar y se instale en el imaginario y la representación social. Quiere decir esto entonces que la simbología y los rituales que se ejercen para la despedida deben eventualmente concitar la compañía y la solidaridad por los deudos como un modo de restaurar el tejido social que se hiere violentamente¹⁹. Y de ahí la importancia y el significado que adquieren los epitafios y la simbología que puede asociarse con la tumba del muerto. Lo cual nuevamente nos coloca en el terreno de cultivar y promocionar el discurso fúnebre como medio de restaurar y de resarcir el dolor y hacer del duelo una manera sana y pacífica de fortalecer el sentido social y de coadyuvar a una cultura ciudadana que respete y proteja a las víctimas y las rodee del afecto y el cuidado de la sociedad.

Es verdad que la narración fúnebre y las formas simbólicas de la que está dotada de sentido son trágicas, sobre todo, con la muerte violenta de carácter político y social. Pero ya recuerda Benjamin, el precio tremendo de la civilización y la cultura:

Como en toda historia previa, quienquiera que resulte triunfador seguirá participando de ese triunfo en el que los gobernantes de hoy marchan sobre los cuerpos postrados de sus víctimas. Como de costumbre, los despojos se llevan en alto en ese desfile triunfal. A éstos se les llama generalmente la herencia cultural. (...) Deben su existencia no sólo a los afanes de los grandes creadores que las han producido, sino asimismo a la fuerza de trabajo anónima de los contemporáneos de estos últimos. No ha habido nunca un documento de cultura que no fuera a la vez un documento de barbarie. (Benjamin, citado por Jameson, 1989, p.227)

Es evidente que la representación del relato de la muerte en Colombia, en sus epitafios, así como en sus rituales y su simbología, constituye un hecho cultural. Pero es un texto de la cultura que está signado por el primado de la barbarie que ha acompañado nuestra historia como nación y como sociedad. Corresponde encontrar, sin embargo, un relato que proscriba de la sociedad la muerte como una representación traumática que deba asumir inexorablemente una franja significativa de la sociedad. En ese sentido cabe examinar con cautela el uso de la memoria para que los sucesos trágicos que han marcado a la nación no se conviertan en un expediente más para reproducir la violencia omnipresente que padece la sociedad colombiana desde tiempos ya lejanos²⁰.

19 Es importante referenciar el estudio de Gloria Inés Peláez, sobre el impacto de la muerte violenta, cómo afecta a los deudos y cómo asumen el duelo, en su libro *Impacto de la violencia en los cuerpos físicos y sociales de las víctimas* (2016).

20 Sobre los riesgos que supone el uso de la memoria como vehículo de confrontación social y política véase los textos de Tzvetan Todorov *Los abusos de la memoria* (Barcelona, Paidós, 2000). Y de David Rieff *Elogio del Olvido*. Barcelona, Debate, 2017.

Conclusiones

La investigación adelantada dejó algunos hallazgos relevantes en relación a la forma como se expresa la muerte en Colombia y la potencialidad de los ritos e imágenes como discursos que permiten entender y describir algunos elementos de los modos como se expresa la muerte y el duelo en nuestro país.

En primer lugar, resulta significativo considerar los epitafios como géneros discursivos cortos que contienen elementos de orden antropológico, lingüístico, literario y semiótico que a su vez representan el significado de la muerte mediante un lenguaje fúnebre revelador. En Bogotá, la mayoría de epitafios se encuentra en cementerios populares; no obstante, cabe constatar que también se da en los cementerios en general un proceso de despersonalización del fallecido y de anulación del epitafio como inscripción fúnebre, pues en muchos de estos las marcas o textos en las lápidas han ido desapareciendo.

Pero el discurso que encierra el epitafio es, sin lugar a dudas, un elemento de la catarsis necesaria con la que los deudos y la comunidad entera, en casos excepcionales, debe elaborar el duelo por sus muertos. De este modo el epitafio contribuye a revivir al fallecido, lo que le permite a la familia realizar los ritos correspondientes a la muerte y realizar el duelo de manera más explícita, aspecto relevante en nuestra opinión sobre todo cuando se lo puede desfogar porque al difunto se le ha quitado la vida de manera violenta.

Los epitafios en los cementerios de Colombia son también un punto de partida para entender el fenómeno de la muerte tomando como referencia las leyendas de las lápidas y teniendo en cuenta, incluso, el negocio que existe alrededor de estas y de la elaboración de las inscripciones.

En segundo lugar, prevalece aún la inclinación por la inscripción de corte religioso en las lápidas, lo cual puede ser considerado como un signo del carácter sagrado que se le sigue otorgando a la muerte como hecho que se ha de enfrentar tarde que temprano. Lo cual, no obstante, no le quita contradicción a las actitudes que el colombiano asume frente a la muerte, pues el trasfondo profano que mueve a quitarle la vida a muchos revela, en las formas, el carácter marcadamente contrario a la vida como hecho sagrado, pese a las creencias religiosas de quienes provocan las muertes violentas. Es decir, sería indicador de prácticas religiosas malsanas en la sociedad colombiana.

El estudio efectuado también muestra que pese a la secularidad que presentan los ritos fúnebres en la actualidad, la recuperación y revaloración de buena parte del sentido que tienen, es vital para coadyuvar en la realización del duelo y en la restauración de los lazos de comunidad y de la sociedad en general. Es evidente, por ejemplo, que muchos de esos ritos tienen huellas en las prácticas fúnebres de las culturas que en el pasado definieron nuestra nacionalidad y pueden seguir siendo motivo de unión y de identidad, más allá de que nuevos ritos como la cremación y el velatorio a través de las pompas fúnebres ganen cada día más terreno en las prácticas funerarias del país.

En tercer lugar, el discurso de la muerte y del duelo en lápidas y epitafios trasluce la grisura que invade cada vez más las actitudes de las personas frente a la muerte y las dificultades para la realización del duelo pleno. En consecuencia, descubrir el velo que cubre las lápidas y el discurso del duelo es una oportunidad para ofrecerles a los sujetos y a la sociedad herramientas para reconciliarse consigo mismo y con la comunidad. Es un medio, pues, de garantizar salud pública.

También es verdad que sometido como está el país a la omnipresencia de la muerte por efecto de la violencia social y política, es deseable que el uso de la memoria de los muertos no sea objeto de abuso y, menos aún, de utilizarse como arma arrojadiza contra los que, en política, tienen visiones de sociedad y Estado diferentes. Aquí es evidente la necesidad de acudir a una simbología incluyente que promueva la amistad, el respeto y la cordialidad en la sociedad colombiana.

Por último, el lenguaje de las lápidas no se restringe solo a lo textual sino que está enriquecido con símbolos que acompañan los escritos y que de igual manera ayudan a fortalecer la representación de los discursos del duelo.

Sobre el duelo en particular insistimos en la necesidad de concebirlo no solo como una demanda emocional que necesita ser desahogada por los deudos, sino como una exigencia social y política, en el sentido que le ha dado Judith Butler en sendos libros sobre la materia.²¹ La relevancia y significado de esta visión es que parte del supuesto de que la vida, dado el poder destructivo de las armas que hoy se encuentran disponibles para los Estados y grupos armados, tiene una precariedad que no es posible eludir por ningún Estado ni individuo.

En consecuencia, si la vida hoy día connota tal fragilidad, nadie en la sociedad, independientemente del poder social, económico o político que se ostente, está exento de morir y, por consiguiente, la demanda del duelo no es de unos pocos, sino que lo es de todos. No puede ser negado a nadie por ninguna razón. Y esa exigencia, aún con la carga turbadora y subversiva que supone para la sociedad en algunas circunstancias, como se ha documentado en otras culturas por algunos estudios, no puede ser escamoteada por ningún poder político o económico²². Por tanto, el duelo se torna hoy, en cierto modo, en un requisito sin en el cual ninguna sociedad puede aspirar a forjar una cultura de inclusión social y de paz.

Es evidente entonces, que se debe hacer una aproximación desde una perspectiva interdisciplinaria y múltiple para representar adecuadamente el universo de la muerte y el duelo en el plano de las familias y la sociedad en general.

21 Nos referimos a los textos *Vida Precaria* (2006) y *Marcos de Guerra* (2010), ambos de Paidós, Buenos Aires.

22 Es ilustrativo sobre el asunto un texto de Nicole Leroux, *Madres en Duelo*, en el que expone, entre otras cosas, la índole perturbadora del llanto de las madres en la antigüedad. También en el caso colombiano remitimos a un texto reciente del profesor Wilson Pabón (2015) sobre la violencia política en relación con las víctimas y los victimarios, entre otros aspectos históricos de dicho fenómeno en la sociedad.

Epílogo

El estudio adelantado muestra el interés que cobra el abordaje de los géneros cortos y los epitafios como campo de confluencia de diversas disciplinas. Y el grado de complejidad que implica su investigación, pese a la cotidianidad en la que se convierte día a día el tema de la muerte, del duelo y de discursos que, aunque breves, revisten una densidad para establecer su significado.

Resultan de particular interés el epitafio y la lápida o los lenguajes que se dan cita en lo fúnebre, pues si bien es cierto que su origen se remonta a tiempos lejanos y que en el pasado reciente tuvo en la literatura un ámbito de reflexión y realización, hoy su campo de atención se centra sobre todo en la antropología, la historia y psicología.

Es procedente, en consecuencia, que los estudios sobre el lenguaje y el discurso tengan en cuenta los mal llamados géneros menores y populares, pues proporcionan muchos elementos para su estudio desde la lingüística, la semiótica y la literatura, entre otros saberes. Ese aspecto es lo que nos invita a enmarcar esta investigación como una experiencia piloto de otra mucho más ambiciosa y amplia que se lleve a cabo en poco tiempo.

La investigación permite inferir la necesidad de asumir estudios más puntuales sobre los géneros cortos, menores o populares según sea la denominación o el enfoque teórico que con que se mire. Por ejemplo, un estudio más detenido de los géneros discursivos sería indudablemente más provechoso

para establecer con más claridad las diferencias y rasgos que le dan identidad al discurso fúnebre.

Las lecciones de la investigación también indican que es posible mejorar los instrumentos metodológicos para aproximarnos y desarrollar el estudio de los géneros cortos. Y también el ámbito de la muestra puede ser mucho más amplio para una mayor confiabilidad de los modos de análisis del fenómeno de la muerte y de los epitafios.

Un requisito adicional es, por supuesto, la necesidad de establecer un equipo multidisciplinario para la investigación, de tal suerte que eso permita una mirada más detallada y profunda, desde diferentes ángulos del discurso fúnebre.

Queda por definir el alcance y amplitud sobre los discursos de la muerte y del duelo en Colombia, asunto que creemos trasciende un mero ejercicio de reflexión académica, pues sus aportes están llamados a impactar en la sociedad sobre los modos y las actitudes que venimos asumiendo ante el dolor y las emociones negativas que genera la muerte en la cotidianidad y en el modo de relacionarse socialmente los colombianos.

Por lo pronto, dada la coyuntura histórica de búsqueda de la paz que atraviesa el país, parece realista esperar que la contienda social y política se desarrolle en el marco de uso de un lenguaje que propicie la tolerancia, rinda tributo a las víctimas y favorezca un discurso social libre de discriminaciones y agravios. Cabe esperar, pues, que el modo de nombrar y realizar el discurso fúnebre, dado que la muerte es parte de la cotidianidad, se haga como ocasión para reafirmar la vida y construir una cultura de benevolencia, de clemencia y de gracias con nuestros semejantes.

Referencias bibliográficas

- Abad, H. (2006). *El olvido que seremos*. Bogotá: Planeta.
- Arboleda, O.C. e Hinestroza, P. (2006). La muerte violenta y el simbolismo de las tumbas de los cementerios del Valle de Aburrá. *Boletín de Antropología*, 20(037).
- Ariès, P. (2008). *Morir en Occidente*. Barcelona: Adriana Hidalgo.
- Ariès, P. (2012). *El Hombre ante la muerte*. Barcelona: Adriana Hidalgo.
- Auster, P. (2012). *La invención de la soledad*. Barcelona: Anagrama.
- Balanta, N. y Navarro, D. (2012). *Mieles y venenos de cupido. Cartas, poemas, piropos, apodos y grafitis de los jóvenes*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Barley, P. (2005). *Bailando sobre la tumba*. Barcelona: Anagrama.
- Becerra, G. (2006). *Revista hojas universitarias*, 57. Bogotá: Universidad Central.
- Benjamin, W. (2009). *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre Historia*. Santiago: LOM Ediciones
- Butler, J. (2006). Vida precaria. *El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2010). Marcos de guerra. Las vidas lloradas. Buenos Aires: Paidós.
- Calabrese, O. (2008). *La era neobarroca*. Madrid: Cátedra.

- Carmona, J. (2003). *Iconografía cristiana. Guía básica para estudiantes*. Madrid: Ediciones ISTMO.
- Crespo, E. (2008). La conceptualización metafórica del eufemismo en epitafios. *Estudios Filológicos*, 43, 83-100.
- Crespo, E. (2014). *El lenguaje de los epitafios*. Cuenca: Ediciones Universidad Castilla-La Mancha
- Douglas, M. (2006). *El Levítico como literatura. Una investigación antropológica y literaria de los ritos en el Antiguo Testamento*. Barcelona: Gedisa.
- Eco, U. (1984). *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (1985). *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (1992). *Tratado general de semiótica*. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (2005). *La estructura ausente*. Barcelona: Debolsillo.
- Escobar, A. (2002). El Cementerio Central de Bogotá y los primeros cementerios católicos. *Revista Credencial Historia*, 155.
- Foucault, M. (1999). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Frazzetto, G. (2014). *Cómo sentimos. Sobre lo que la neurociencia puede y no puede decirnos acerca de nuestras emociones*. Barcelona: Anagrama.
- Friedemann, N.S. De y Arrocha, J. (1964). Ceremonial religioso funerario representativo de un proceso de cambio en un grupo negro de la Isla de San Andrés, Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, XIII,
- Friedemann, N.S. De y Arrocha, J. (1986). *De Sol a Sol: Génesis, transformación y presencia de los Negros en Colombia*. Bogotá: Planeta Editorial de Colombia.
- Friedemann, N.S. De y Arrocha, J. (1990). Lumbalu: ritos de la muerte en Palenque de San Basilio, Colombia, *América Negra*, 1, 65-85, Bogotá: Universidad Javeriana.
- García Márquez, G. (2015). *La Hojarasca*. Bogotá: Random House.
- García-Sabell, D. (1999). *Paseo alrededor de la muerte*. Madrid: Alianza.
- Geertz, C. (1996). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Guzmán, J. (2004). Los géneros cortos y su tipología en la oralidad. *Andamios*, 1, 233-263.
- Guzmán, J. (2005). La muerte viva en México; refrán, memoria, cultura y argumentación en situación comunicativa. *Estudios de Lingüística Aplicada*, 23(42), 33-56.
- Habermas, J. (1995). *La ciencia y la técnica como ideología*. Madrid: Tecnos.

- Jakobson, R. (1986). *Ensayos de poética*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jameson, F. (1989). *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*. Madrid: Visor.
- Jaramillo, S. (Enero-junio, 1987). Ritos fúnebres entre los indígenas zenues. *Revista Javeriana*, 16(27). Recuperado de: <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/10149/8334>.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1995). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Leader, D. (2011). *La moda negra. Duelo, melancolía y depresión*. Madrid: Sexto Piso.
- Louraux, N. (2004). *Madres en duelo*. Madrid: Abada editores.
- Louraux, N. (2012). *La invención de Atenas. Historia de la oración fúnebre en la "Ciudad Clásica"*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Losonczy, A. (2001). Santificación popular de los muertos en cementerios urbanos colombianos. *Revista Colombiana de Antropología*, 37, 6-23.
- Manrique, J. (2014). *Coplas a la muerte de su padre*. Palencia: Ediciones Cálamo.
- Masters, E. L. (2012). *Antología de Spoon River*. Madrid: Bartleby.
- Moscoso, J. (2011). *Historia cultural del dolor*. Madrid: Taurus.
- Navarro, C.M. y Villareal, N. (2014). *La conceptualización metafórica de la vida y de la muerte. Análisis cognitivo de epitafios en los cementerios de Cartagena*. Cartagena: Facultad de Ciencias Humanas/Universidad de Cartagena.
- Nooteboom, C. (2009). *Tumbas de poetas y pensadores*. Barcelona: Siruela.
- Pabón, W. (2015). *La muerte y los muertos en Colombia. Violencia política, víctimas y victimarios*. Bogotá: Editorial Universidad Autónoma de Colombia.
- Palacio, M. (2003). *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. Bogotá: Norma.
- Pécaut, D. (2001). *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*. Bogotá: Norma.
- Peláez, G.I. (2016). *Impacto de la violencia en los cuerpos físicos y sociales de las víctimas. Contaminación simbólica de la muerte*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Priede, P. (2012). *Antología de Spoon River*. Madrid: Bartleby Editores.
- Propp, V. (1994). *Morfología del cuento*. Barcelona: Fundamentos.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1990). *Orfebrería y chamanismo. Un estudio iconográfico del Museo del Oro*. Medellín: Colina.

- Rieff, D. (2017). *Elogio del olvido. Las paradojas de la memoria histórica*. Barcelona: Debate.
- Rodríguez Almodóvar, A. (2009). *Del hueso de una aceituna*. Sevilla: Octaedro.
- Rojas, C. (2001). *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del Siglo XIX*. Bogotá: Norma.
- Sánchez, L. (Julio-diciembre, 2007). La escritura funeraria en Mérida. *Boletín del Archivo Arquidiocesano de Mérida*, 28, 96-119. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/691/69111714006.pdf>
- Serrano Amaya, J. (s.f.). *"Hemo de mori cantando, porque llorando naci". Ritos fúnebres como forma de cimarronaje*. Bogotá: Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango. Recuperado de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/geografia/afro/hemodemo>.
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Uribe, M.V. (2004). *Antropología de la inhumanidad. Un Ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia*. Bogotá: Norma.
- Uribe, M.V. y Vásquez, T. (1995). *Enterrar y callar. Las masacres en Colombia; 1980-1993*. Bogotá: Comité Permanente Por los Derechos Humanos/Cinep.
- Vernant, J.-P. (2013). *La muerte en los ojos. Figuras del otro en la antigua Grecia*. Barcelona: Gedisa.
- Verón, E. (1998). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.

Anexos

Anexo 1. Metodología

El trabajo que se adelantó fue objeto de una exploración y visita por varios cementerios de Bogotá, Medellín, Cali, Barranquilla, Bucaramanga, Cartagena, Valledupar, Santa Marta, Quibdó, Villavicencio y Tunja. También se visitaron ciudades pequeñas como San Juan del César, Carmen de Apicalá e Itagüí. El recorrido abarcó la visita de cerca de 27 cementerios, se vieron aproximadamente 3000 tumbas y se compilaron alrededor de 2000 epitafios. El corpus luego se delimitó para contar con el registro de cerca de 700 tumbas y epitafios. Así pues, el estudio que se realizó tiene un componente empírico que es fuerte y confiable.

El trabajo se concibió como esencialmente cualitativo. El primer objetivo se centró en el hecho de describir de modo general el lenguaje fúnebre contenido en los epitafios. El segundo objetivo se logró proponiendo una tipología de epitafios recopilados según la temática. En el tercer objetivo se propuso la caracterización de las lápidas y los epitafios, para lo cual se utilizó la observación detenida mediante la presencia directa y la toma fotográfica de los cementerios visitados en varias regiones del país.

Además se recurrió al uso del software de análisis de datos Atlas.ti®²³ que hace parte de los denominados Caqdas (Computer Assisted Qualitative Data Analysis Software, Software de análisis de datos cualitativos asistidos por ordenador).

Atlas.ti® es una herramienta informática cuyo objetivo es facilitar el análisis cualitativo, principalmente, de grandes volúmenes de datos. Puesto que su foco de atención es el análisis cualitativo, no pretende automatizar el proceso de análisis, sino simplemente ayudar al intérprete humano agilizando considerablemente muchas de las actividades implicadas en el análisis cualitativo y la interpretación; por ejemplo, la segmentación del texto en citas, la codificación o la escritura de comentarios y anotaciones. Los componentes de Atlas.ti® para el análisis de datos en esta investigación son:

1. Documentos primarios (“Primary docs”). Son la base del análisis, es decir, los “datos originales”. Como se mencionó con anterioridad, estos pueden ser en texto (*.rtf; *.doc; *.txt), en audio (*.wav, *.mp3, *.wma) y en video (*.avi, *.mpg, *.wmv). Para el caso particular de esta investigación, se hizo uso del formato de texto en pdf.
2. Citas (“Quotations”). Las citas son fragmentos de los documentos primarios que tienen algún significado, es decir, son los segmentos significativos de los documentos primarios. Podemos entenderlos como una primera selección del material de base, una primera reducción de los datos originales.
3. Códigos (“Codes”). Los códigos suelen ser la unidad básica de análisis. Podemos entenderlos como conceptualizaciones, resúmenes o agrupaciones de las citas, lo que implicaría un segundo nivel de reducción de datos.
4. Anotaciones (“Memos”). Los memos son comentarios de un nivel cualitativamente superior, puesto que son todas las anotaciones que realiza el analista durante el proceso y que pueden abarcar desde notas recordatorias, hipótesis de trabajo, etc., hasta explicaciones de las relaciones encontradas, conclusiones, etc., que pueden ser utilizadas como punto de partida para la redacción de un informe. Cada uno de los memos usados está directamente relacionado con un código (indicador de la investigación) y una cita particular (fragmento de texto original).

23 El nombre Atlas.ti® es una marca registrada por Scientific Software Development GmbH (Berlín) para su uso comercial, por lo que se referencia en virtud de su licencia.

5. Unidad hermenéutica (“H.U.”). Es el “contenedor” que agrupa todos los elementos anteriores. Dicho de otra forma, es el fichero en el que se graba toda la información relacionada con el análisis, desde los documentos primarios hasta las networks.

Este material fue sometido a análisis e interpretación, por lo que se puede decir, responde a la clasificación que hiciera Habermas²⁴ y que tiene una mixtura de enfoque empírico-analítico y hermenéutico.

El marco de referencia, aunque se apoya en un análisis semiótico-discursivo, literario, de antropología y psicología, no pretendía ser un estudio detallado y pormenorizado, dada la limitación del tiempo y los recursos con que se contó para la investigación. No obstante se ha querido incluir un anexo con un repertorio de epitafios y fotografías, pues así quienes lo quieran pueden disponer de un corpus de análisis que resiste un estudio todavía más pormenorizado. Es importante mencionar que, aunque las tumbas se han ilustrado en los apartes de la descripción y análisis, no se incluye la identidad de los difuntos pues se concibe esa decisión como una muestra de respeto en el objeto de estudio.

24 La clasificación de Habermas se encuentra en su texto *Ciencia y tecnología como ideología*. Madrid, Tecnos, 1995.

Anexo 2

Epitafios digitados de los cementerios Matatigres, Jardines del Apogeo, Central, del Norte o Chapinero, y Bosa

Epitafios Cementerio del Norte

1. Madre tú no has muerto, tu recuerdo vivirá en el corazón de tu esposo e hijos.
2. Duerme tranquila adorado(a) (madre, esposo, padre), que nosotros siempre te velaremos y al terminar nuestro paso por la vida, en la mansión de Dios te buscaremos.
3. Unidos hasta la eternidad.
4. Partiste dejando una honda tristeza y gracias te damos por haber sembrado en nosotros la comprensión y la unión familiar. Recuerdo de su esposo y demás familia.
5. Padre tú no has muerto, tu cuerpo descansa aquí, tu alma con Dios y tu corazón con tus hijos y nietos.
6. Viviste, vives y vivirás en nuestros corazones. Familia.
7. Siempre estarás en mi corazón. Tu amado hijo.

8. Nos dejaron la mejor herencia que se le puede dejar a una familia: su amor y sus principios de honradez y rectitud, que ahora son la base de nuestras vidas. Rdo. de sus hijos y nietos.
9. La muerte es el verdadero nacimiento de mis padres a la derecha de Dios, su ejemplo de amor perdurará por toda la eternidad. Orlando. Padres abuelos nunca los olvidaremos, cada día están más con nosotros. Los queremos.
10. Su recuerdo día a día nos hace amarlos más. Amor retribuido por la inmensa fe de saber que algún día volveremos a estar juntos.
11. Aquí yace el cuerpo de un gran hombre, un gran amigo, solo nos consuela saber que algún día nos reuniremos. Recuerdo de su esposa, hijos y nietos.
12. Siempre estarán en nuestros corazones. Su familia.
13. Dios te llamo y ahora estas con él. Oraste por nuestra humanidad, resignación a la hora de tu partida. Tus palabras reconfortan la tristeza que nos dejó tu ausencia, tus enseñanzas, tus consejos y tu amor estarán eternamente en nuestros corazones. Tu esposa hijos y nietos.
14. Aquí yacen los despojos de un gran esposo y gran padre.
15. Es verdad que te fuiste pero aun estás en nuestro corazón. Estás en la distancia pero no en el olvido, de marcharte muy pronto dejando hondas heridas, tu ausencia nos dejó a todos, pero nos dejaste como ejemplo la huella de la vida.
16. Tú no has muerto, tu recuerdo vive en el corazón de tus sobrinos.
17. Me dejaste un inmenso vacío en mi vida pero donde quiera que estés siempre te recordaré y te seguiré amando.
18. En todo tiempo ama el amigo y es como un hermano en tiempo de angustia.
19. Tú siempre nos diste un ejemplo de rectitud y honradez que nos guía por los senderos de la vida. Te has ido pero no de nuestros corazones porque en él estarás siempre presente.
20. Negra hemocha: ¿Quién la hallará? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas: muchas mujeres hicieron el bien, mas tú sobrepasas a todas. Prover 31-10,29. Murió nuestra querida madre, partió para nunca volver, como consejo inagotable nos dijo que no nos fuéramos a perder de las enseñanzas del señor.
21. Madrecita: tú nunca morirás para nosotros porque en nuestros corazones tu recuerdo permanecerá vivo como si estuvieras aquí. Te amamos. Tus hijos. Con tus ojitos lindos y tu sonrisa alegre llenaste mi corazón

de alegría, aprendí a vivir contigo y quererte, y hoy que no estás, tu recuerdo sigue vivo.

22. Sin ti nada es igual porque fuiste único y las lágrimas que hemos derramado y seguiremos derramando jamás llenarán el vacío que tu partida nos ha dejado.
23. No tuve tiempo de decirles adiós porque la prisa del viento fue más rápida que mis deseos, en aquel duro momento mi pensamiento estuvo con Dios y con ustedes. Ya saben que mi partida fue repentina pero siempre los quise porque siempre tuve un pequeño lugar en mi corazón para todos. A todos los que me estimaron en vida y hoy en vano lloran mi ausencia terrenal, les pido que eleven al señor sus oraciones en mi nombre como la última y más grande muestra de cariño. No me olviden...
24. Tus ojos se cerraron para siempre dejando un gran dolor en nuestras vidas. tu ausencia nos duele pero nuestro dolor se apacienta al saber que descansas junto a Dios.
25. Duerme tranquila adorada madre y abuela que nosotros siempre te recordaremos y al terminar nuestro paso por la mansión de Dios, te buscaremos.
26. Como esposo modelo fuiste el mejor padres, fuiste ejemplo a seguir para tus hijos, como hijo y hermano fuiste incondicional. Gracias por todas tus virtudes, te queremos siempre.
27. A nuestro padre que con su ejemplo y sacrificio nos convirtió en personas honradas y de buenos sentimientos, porque junto a nuestra madre nos brindaron la oportunidad de crecer en un hogar unido y feliz.
28. Jesús le dijo: "yo soy el pan de vida; el que viene a mí, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.
29. Le dijo Jesús: yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí aunque esté muerto vivirá, y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.
30. Por su apoyo, su cariño, por sus atenciones, su comprensión, sobre todo por su paciencia. Gracias papá del corazón, te amo mucho, te extraño Salvador, finalmente que Dios te tenga en la gloria.
31. Nuestras flores serán el adorno de su tumba, nuestras lágrimas su riego y nuestras oraciones el descanso de su alma.
32. Tu paso por este mundo fue muy corto, pero dejaste mucho amor entre nosotros. Siempre te recordaremos y te extrañaremos.
33. Papi: aunque pasen los años, no te olvidaremos jamás. Tú no has muerto, tú vives en nuestro corazón. Para un esposo y padre ejemplar.

34. Que el amor que nos brindaste sea el que nos de fuerzas para seguir viviendo y poder agradecerte la oportunidad que nos diste de compartir contigo.
35. Pollito: fuiste el mejor que papito Dios me dio y aunque tu partida nos duela lo único que me conforma es que allí donde estás, estás feliz. Mi amor ahora mamita es la envidia de todo el mundo porque tiene un angelito como tú, al angelito de la guardia que te cuidará a todo momento. Te amo mi pollo, eso no lo olvides nunca.
36. Aun en el cielo sigues siendo la más perfecta expresión de nuestro amor, el cual contigo creció, se fortaleció y estará junto a tu recuerdo por toda la eternidad. Tú con esos hermosos ojos nos cuidarás e iluminarás el camino correcto para que algún día volvamos a estar junto a ti.
37. Soñé tanto con tenerte en mis brazos y consentirte, y ahora tu cuerpecito está aquí, pero soy feliz porque tu alma vive con Dios, y en mi corazón eres un ángel que alumbra.
38. Porque como un ángel del cielo llegaste a nuestras vidas, así mismo regresas al cielo con nuestro padre eterno, el cual al oír nuestro ruego, nos otorgó la dicha de tenerte con nosotros el tiempo necesario para nunca olvidarte y sobre todo darnos la certeza de que en un futuro estaremos juntos por siempre en lo que hoy ya es tu hogar. El paraíso...
39. Hija linda, tu corazón de niña buena nos deja una gran lección de entrega, valentía, amor y paciencia con la madurez que solo seres como tú poseen. Te amamos. Mi princesa. Tu familia.
40. Madre hoy estás descansando junto a Dios y nuestros corazones lloran porque ya no estás, pero sabemos que tú desde el cielo nos acompañas por el resto de nuestras vidas hasta que nos reunamos junto a ti en la mansión del señor.
41. Jehová es mi pastor, nada me faltará, en lugares delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará.
42. No es un adiós sino un hasta luego nos volveremos a encontrar en el reino del señor.
43. Una mujer valiente, digna de admirar, siempre con la alegría viva hasta en los peores momentos. Gracias por permitirme conocerte amiga. Aprendí mucho de ti.
44. Fuiste una mujer tierna y emprendedora, con tu sonrisa y optimismo nos enseñaste el verdadero valor de la vida.
45. Futbolístico: En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea. Hasta siempre comandante.

46. Hoy Dios te recibe con alegría en el cielo porque un gran ángel ha llegado para acompañarlo por siempre, pero seguirás en nuestros corazones.

Epitafios Cementerio Matatigres

1. La muerte ha liberado a Andrés de su esclavitud material. Ha dejado su frágil mansión y se ha marchado de esta vida para vivir en adelante en el reino del espíritu. Del polvo de la batalla de la vida, ha pasado al mundo inmortal de paz y descanso donde la luz no se apaga y la felicidad nunca se acaba, nuestro amado ha muerto en el cuerpo para vivir en el espíritu de una vida superior, le pido a Dios que tu alma encuentre la paz que necesitas Dios juzgará a los que cegaron la vida.
2. María Ana Molina de Rubio: Madre, tú no estás con nosotros, no volveremos a ver tus labios, la sonrisa del amor, hoy cuando sentimos la severa angustia del momento de tu partida, tu corazón ya débil, no resistió el empuje de los años y se detuvo, pero algo que nunca se detendrá será nuestra gratitud y cariño, duerme dichosa y confiada en sueño de los justos, que sobre tu recuerdo nunca caerá el polvo del olvido.
3. Dorita nunca te olvidaremos ni olvidaremos, tu voz angelical, tu recuerdo vivirá por siempre en nosotros y tu imagen atravesará las fronteras de nuestras almas aun desde lo más profundo de tu exilio nuestras vidas permanecerán unidas para siempre, igual que tu poesía y tu canto te amaré siempre.
4. Bebé lindo te fuiste, escapaste de nuestras vidas para irte a jugar con las nubes en el cielo, pero nunca podrás escapar de nuestras mentes y nuestros corazones porque eres la luz que ilumina nuestras vidas.
5. Te damos nuestro Adiós, pero sabemos que serás ejemplo de vida de alguien que luchó con tesón y que nos amó desde lo más profundo de su corazón, te amamos.
6. María Asenté Ramírez: madre tú no te has ido, vives en nosotros, sentimos tu presencia aunque el destino no permita verte, no aceptamos jamás la cruel ausencia, ni la frialdad que nos dejó tu muerte, pasarán los días y los años sin borrarte jamás de nuestros corazones. Hasta que Dios en su bondad inmensa nos reúna contigo para siempre.
7. Esposo y padre no has muerto a pesar de tu partida, tu bondad y ternura permanecerán entre nosotros porque seres como tú jamás se olvidan. Tu recuerdo perdurará en nuestra memoria como una lámpara encendida en el altar del corazón. Con amor, tu esposa e hijo.
8. En las noches sin verte tú imagen se ilumina y tus bendiciones nos dan valor para cumplir las labores que se nos presentarían a diario, que el

señor te esté bendiciendo hoy y siempre. Te damos gracias por compartir tantas alegrías con todos nosotros, te queremos y siempre te llevaremos en nuestros corazones. Con amor.

9. Partiste inesperadamente pero dejaste en cada uno de nosotros el gran tesoro de tus enseñanzas y el firme propósito de salir adelante aunque ya no estés presente.
10. Con una expresión dulce y tranquila cerraste tus ojos para decirnos adiós y tu inesperada partida marcó en nuestros corazones una huella de tristeza y soledad que nadie en el mundo logrará borrar.
11. Tus carcajadas fueron nuestras alegrías, tus brazos nuestro consuelo, tus miradas nuestra guía, tu llanto nuestro dolor, tu mal genio un motivo para mejorar y tu partida la mayor de nuestras tristezas. Gracias por haber llegado a nuestras vidas.
12. Hermano nuestros ojos lloraron tu partida, la palabra enmudeció en la garganta, el corazón se encogió de tristeza y el amor que inculcaste en nuestras vidas renace en el alma en donde habitas.
13. Papito: ya que al cielo tú has partido solo una cosa a mi dios le pido, que entre sus brazos te encuentres dormido amigo: para nosotros siempre serás amigo, te has marchado pues lo quiso el destino, en nuestra mente siempre estarás vivo, entre llanto y tristeza hoy hermano te despido con mis lágrimas voy recordando todo lo que vivimos, las ocurrencias que hacíamos en el barrio donde crecimos, fuiste mi hijo en las buenas y en las malas, siento un dolor tan grande ahora porque te marchas. Amor: que es lo que debo hacer para yo conformarme si día a día lo que hago es recordarte, quisiera tenerte frente a frente y explicarte para que veas cuanta falta me haces, te amo. Tío: en cada momento de oscuridad fuiste mi luz, pero ahora no estás y no hago más que llorar, ya no hay con quién jugar. Siempre te recordaremos en nuestros corazones.
14. Duerme tranquilo adorado esposo y padre, que nosotros te recordaremos, y al terminar el paso por la vida en la mansión de Dios te buscaremos.
15. En la loca carrera de la vida nunca pensamos en la muerte. Ahora que convives con ella te recordamos con la esperanza de que nos reencontraremos y con la certeza de que nuestro amor con el tuyo son eternos, para aquellos que sin tener nada lo dan todo, a todo llegan y se ciñen a las cumbres de la espiritualidad.
16. Gracias Diosito por haberme dado este hijo tan maravilloso, porque era un niño encantador que me hacía reír, porque ahora es un angelito que nos consiente a todos, nos cubre con sus alitas. Recordaremos siempre esos ojos tan hermosos y esa expresión en tu rostro de ternura y senci-

lleza que alumbra cada mañana, alegra cada tarde y vivirá por siempre en nuestros corazones.

17. Que pronta fue tu partida, contigo se ha ido lo bueno y lo bello que con nosotros compartías, tan solo nos queda tu recuerdo que jamás el tiempo logrará borrar.
18. Hija y hermana, llevaste una vida llena de amor y sacrificios, luchaste hasta el último momento de tu vida, tus nobles acciones y ejemplos serán inolvidables en nuestros corazones.
19. Paito recibe por siempre nuestro entrañable amor, gratitud y afecto y cobíjanos a todos con su amor y protección desde la gloria, a donde Dios te ha destinado porque fuiste un hombre bueno, justo y grande por tu humildad y sencillez, gracias por todo señor Dios, nuestro, hoy con el amor inagotable, infinito y grande por nuestro paito alimentaremos nuestro recuerdo, que es imborrable y eterno para todos.
20. Dios nuestro aquí estamos delante de ti con un dolor que solo tú puedes comprender, nunca pensamos llegar a este momento tan duro de no volverá ver a quien amábamos tanto, pero aquí estamos y ya no podemos cambiar la realidad, ahora que nuestro mundo se hace más oscuro invocamos tu presencia, tu misericordia, tu luz y tu calor sobre cada uno de los que estamos sufriendo. Por favor se tú, nuestra compañía y nuestro consuelo y permítenos ser, los unos a los otros valor y apoyo.
21. Señor Jesús aumenta nuestra fe, mantén nuestra esperanza y nuestro amor. Libéranos de la tristeza y aunque suframos por la pérdida de este ser querido, concédenos la serenidad, la paz espiritual y la confianza en la vida. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.
22. Padre: tú no has muerto, tu cuerpo descansa aquí, tu alma con Dios y tu corazón con nosotros.
23. Hermanito ayer te me fuiste sin un adiós, pasan los días y tu ausencia se nota, ese vacío que tú nos dejaste es más profundo pero juro por Dios que nunca te olvidaremos, porque como hermano, padre, tío y amigo fuiste un ser maravilloso y no me queda, sino darle gracias a Dios por todos los momentos que pasamos. Te amaré por siempre.
24. Tu vida y tus obras se prolongarán a través de las nuestras, eres semilla de amor y vida. Gracias por ser como fuiste, por la felicidad y el amor que nos brindaste, te recordaremos por siempre.
25. Flaco: Los momentos en la vida son instantes en el tiempo que nunca volverán, pero existen los recuerdos que por siempre perdurarán, la sonrisa de estos años compartidos brillará en la memoria, tu amistad

y lealtad son valores maravillosos que conservaremos en nuestros corazones.

26. Flaquito, te extraño muchísimo, te me fuiste en el momento menos indicado y ojalá me des fuerzas para seguir adelante sin ti. Me queda un recuerdo que fuiste un buen esposo, te amo y te recordaré siempre. Papito lindo cuanto quisiera que estuvieras en estos momentos a mi lado, te extraño mucho. Hijo te extraño más que nunca y yo no sé qué hacer, pero tengo un gozo porque sé que lo que no tuviste en la tierra, lo tienes en el cielo, esa mano amiga que mi Dios te recoge en tus brazos.
27. Hermanito, tu sabes que te extraño demasiado y también sabes que eres la estrella que alumbra nuestros corazones. Hermanito con tu partida dejaste en nuestros corazones un dolor un vacío intenso, le pido a Dios que algún día podamos estar reunidos. Tengo la fe de que no encontraremos en la resurrección, tu abuelita te extraña.
28. Duerme tu sueño madre querida, sueño de paz porque almas como la tuya se van al cielo y no vuelven más aquí, reposa tu cuerpo, en el cielo tu alma y en el corazón de tus hijos tu inolvidable recuerdo.
29. Tus recuerdos nos acompañan en cada momento de nuestras vidas, nos dejaste un legado de amor y muchas virtudes. Nos cuidas, proteges y bendices porque para nosotros no has muerto.
30. Duerme tranquila adorada madre que nosotros siempre te velaremos y al terminar el paso por la vida de la mansión de Dios, te buscaremos.
31. Su presencia era la esperanza del hogar, su desaparición puso en nuestros corazones una nota sombría que nadie en el mundo logrará borrar.
32. El ejemplo de tus virtudes servirán de esperanza y consuelo a los que aquí lloramos tu ausencia.
33. Tu luz se apagó demasiado pronto aquí en la tierra, pero tu resplandor será eterno en el cielo.
34. Tu cuerpo yace en este santo lugar, tu alma ante la presencia de Dios y tu recuerdo vivirá por siempre en el corazón de nosotros.
35. Una lagrima se evapora, una rosa se marchita solo una oración sobre tu tumba recoge Dios.
36. Tú fuiste la semilla que germinó de un gran amor que ha sido nuestro mejor aliado por el paso de la vida y con tu recuerdo seguiremos unidos hasta la eternidad, por siempre estarás con nosotros. Vivirás en nuestros corazones hasta que algún día podamos reunirnos en el cielo.

37. Madre divina que Dios ponga en tu corona de vida una perla por cada lágrima que derramaste por tus hijos y nietos que te amarán por toda la eternidad.
38. Nuestras flores serán el adorno de tu tumba, las lágrimas su riego y nuestras oraciones serán el descanso de tu alma.
39. Nunca estuviste sola y nunca lo estarás porque en la presencia del padre eterno, para quienes te amamos vivirás por siempre en nuestros corazones.
40. Duerme dichoso y confiado el sueño de los justos, que sobre tu recuerdo nunca osará caer el polvo del olvido, tu bondad y nobleza será el símbolo de nuestra existencia, Dios te pagará con paz eterna.
41. Nos llevaste de tu mano cuando niños, nos enseñaste el camino de la vida, nos diste tu amor hasta la muerte, pasarán los días y los años sin borrarte jamás de nuestras mentes.
42. Cuando yo me haya ido, Libérame, déjame ir, tengo tantas cosas que hacer y ver, no te ates a mí con lágrimas, sé feliz que tuvimos tantos años. te di mi amor, si solamente te imaginaras, cuánta felicidad me dieron, gracias por el amor que todos ustedes me enseñaron, pero ha llegado el tiempo, para mí de viajar solo.
43. Hagan un duelo por mí un tiempo si así lo necesitan y luego permitan que su tristeza sea aliviada por la confianza, es solo "Poco Tiempo" lo que nos tenemos que separar, Así que bendigan todos los recuerdos en sus corazones, no están lejos, pues la vida continua, si me necesitan llámenme y yo vendré.
44. No tuve tiempo de decirles adiós porque la prisa del viento es más rápida, los quiero y tendré siempre en mi corazón.
45. Amigos no tuve tiempo de decirles adiós porque la prisa del tiempo fue más rápida que mis deseos, en aquel duro momento mi pensamiento estuvo con ustedes, ya saben que mi partida fue muy cruel pero nunca les fallé porque yo "Lalo", su amigo siempre tuve un lugar en el corazón para todos.
46. Amor estás en mi pensamiento constantemente y solo espero volver a verte para con una sonrisa tuya alegrar mi corazón y con tan solo una mirada llegar a salir del laberinto en que vivo, porque lo que más anhe-lo es tocar el cielo con las manos, pero la única forma conocida es con uno de tus besos. Tú esposa.
47. Dejad a los niños venid a mí y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos. Marcos 10:13-16.

48. Mujer virtuosa ¿Quién la hallará? Porque su estima sobrepasa largamente a las piedras preciosas. Se levantan sus hijos y llaman bienaventurada; y su marido también la alaba. Muchas mujeres hicieron el bien; mas tú sobrepasas a todas. Proverbios 31:10, 28-29.
49. Jesús dijo: yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí aunque este muerto vivirá y todo aquel que vive y cree en mí no morirá eternamente. San Juan 11: 25, 25.
50. El que habita el abrigo del altísimo morará bajo la sombra del omnipotente. diré yo a Jehová: esperanza mía, y castillo mío. Mi Dios, en quien confiaré, él te liberará del lazo cazador, de la peste destructora, con sus plumas te cubrirá y debajo de sus alas estarás seguro; escudo y adarga es su verdad. Salmo 91: 1-4.
51. El que habita al abrigo del altísimo, morará bajo la sombra del omnipotente. Salmo 91-1.
52. (Proverbios 6:16-19) Seis cosas aborrece Jehová, Y aun siete abomina su alma: Los ojos altivos, la lengua mentirosa, Las manos derramadoras de sangre inocente, El corazón que maquina pensamientos inicuos, Los pies presurosos para correr al mal, El testigo falso que habla mentiras, y el que siembra discordia entre hermanos.

Epitafios Cementerio Central

1. Gracias por tu amor y tus enseñanzas, serán la esencia de nuestras vidas.
2. El dolor de tu ausencia nos enseñó el valor de tu existencia. Te extrañamos, te llevamos en nuestro corazón porque fuiste ejemplar, integro e incomparable. Te recordamos siempre. Gracias por amarnos.
3. Tu ejemplo nos enseñó la hermosa generosidad del amor. Te amaremos por siempre, viviremos con la ilusión del reencuentro en la casa de nuestro señor Jesucristo.
4. Inolvidable madre y abuela...Tu sonrisa y la alegría con la que llenaste nuestras vidas, nos acompañarán hasta nuestro reencuentro en la eternidad.
5. Hijito, mi tesoro bello, eres mi mayor bendición. Dejaste tu huella imborrable en mi corazón y en nuestras vidas; ahora eres el angelito que guía mi camino y mi vida. Te amaremos por siempre
6. Jehová es mi pastor nada me faltará.
7. En lugares de delicados pastos me hará descansar... y en la casa de Jehová moraré eternamente. Salmos 23.
8. Las maravillas de Dios son presentes en ti.

9. Porque gracias a ti encaminamos a nuestros ideales y recorreremos el camino que nos enseñaste, hoy pedimos a Dios te reciba en su infinita misericordia. Te amamos.
10. Dios te hizo un ángel más en el cielo y grabó en nuestros corazones el más bello recuerdo de amor. Por siempre, tus papitos.
11. Dios te hizo un ángel más en el cielo y dejaste una lección de vida en la tierra. No te has ido, permaneces junto a nosotros con tu hermosura, alegría, valentía y amor. Te seguiremos recordando y extrañando por siempre, esperando el día en el que volvamos a reunirnos en la casa del señor, te amamos mucho, tus papitos y hermanas.
12. Mucha falta nos estás haciendo porque muy mal nos enseñaste. Qué gran vacío nos dejaste porque estuviste con nosotros en lo bueno y en lo malo. Tu familia.
13. Mi amado Juli: has partido, nos dejaste bellos recuerdos, tu sonrisa, tu alegría, tu inocencia. Tu espíritu es libre, tan radiante de vida y luz como siempre. Estás con Dios y los ángeles cuidando a los que amaste. En Cristo brilla la esperanza de la resurrección y nos consuela la promesa de reunirnos de nuevo en presencia del señor.
14. Qué duro vivir sin ti, qué vacío hay sin tu presencia y es muy doloroso decirte adiós, pero solo Dios sabe por qué lo hizo. Tus ojos se cerraron para siempre dejando un gran dolor en nuestras vidas, tu ausencia nos duele pero nuestro dolor se apacienta al saber que descansas junto a Dios. Con el más grande amor tus hijo, nietos y familia.
15. Tú fuiste elegida por Dios, para acompañarlo en donde solo reina el amor y se alcanza la paz espiritual que tanto anhelamos.
16. Gracias a Dios por habernos permitido compartir contigo un ser tan maravilloso que dejó un inmenso amor en nuestros corazones, amor que perdurara por siempre y no morirá jamás.
17. Nuestro papá es el mejor del mundo, gracias Dios mío por habernos dado el más bello padre, abuelo, suegro, compañero, tío, hermanos y esposo de nuestra mamita. Papito Te amaremos y recordaremos siempre.
18. Siempre estás en nuestros corazones y pensamiento, gracias por todos los momentos que compartimos, eres el recuerdo más lindo.
19. Tú nunca morirás para nosotros, porque en nuestros corazones tu recuerdo permanecerá como si estuvieras aquí. Te amaremos por siempre.

20. Madre gracias por amarnos tanto, tu bondad, paciencia y por siempre estar presente en nuestros corazones, somos una parte de tu ser, te amaremos por siempre.
21. Que el amor que nos diste, sea el que nos de fuerza para seguir sin ti y no olvidarte jamás, siempre te llevaremos en nuestros corazones.
22. Amor siempre te llevaremos en el corazón como el gran padre, esposo, hijo, hermano, y excelente amigo; porque nos dejaste muchas enseñanzas y gracias te damos por haber sembrado en nosotros la comprensión y unión familiar. Tu amor incondicional perdurará en nosotros hasta el día en que Dios nos reúna. Vivirás por siempre en nuestros corazones... te amamos... descansa y disfruta de la vida eterna.
23. Lo sentimientos de muchos de nosotros nunca fueron expresados correctamente hacia ti o por lo menos como a ti te hubiera hecho sentir feliz, no quiere decir que no te hubiéramos amado inmensamente. Te recordaremos siempre y que Dios te de infinita misericordia, si es su voluntad, te reserve lo mejor.
24. Madre tu presencia en la tierra fue un destello que nos iluminó hasta tu muerte, ahora desde el cielo eres la luz que nos bendecirá por siempre. Te amaremos eternamente.
25. Eres el más lindo y especial sueño de nuestras vidas que Dios un día nos dio, tus ojitos, tu sonrisa y tu alegría brillarán para siempre en nuestros corazones, tus papitos, Nico y tu familia.
26. George D.C. Child: a judiciis tuis non declinavi quia tu legem posuisti mihi.
27. Familia Uribe Iregui: Te amaré más allá de la vida, el amor está en el alma, y esta no muere.
28. Aquí yace alguien que disfrutó de la vida al máximo, optó siempre por ser feliz hasta en situaciones difíciles, ayudó a muchos a ser felices, nunca se rindió y supo aprovechar la oportunidad de ser él mismo y ayudar a los que los rodeaba sin interés alguno, pero si con bondad y confianza siempre vives en nuestros corazones. Recuerdo de tus amigos.
29. Tu tierna mirada no está pero en nuestro corazón siempre vivirás.
30. Teo: gracias por habernos otorgado el derecho a la vida, por haber compartido con nosotros la tuya; gracias por aquellas enseñanzas, semillas que sembraste un día para nosotros recogerlas y llevarlas por siempre en nuestros corazones.
31. Jaime Pardo Leal: Si la muerte me sorprende no le tengo miedo. Soy un hombre dialéctico. El día que muera vendrán otros mejores a reemplazarme.

32. Marco Fidel Suárez: Solo en la cruz está la esperanza de la vida eterna.
33. Francisco Javier Vergara y Velasco: ingeniero, geógrafo, historiador.
34. Muero tranquilo, me enorgullezco en confesarme hijo de la Iglesia Católica, no me atormenta ningún remordimiento, ni tengo de que arrepentirme en los actos de mi vida pública (del testamento).
35. Alfonso López: Bendigo a la providencia que me dio por campo de acción este suelo fecundo y por compatriotas a mis ciudadanos.
36. Manuel Antonio Rueda: ingeniero, institutor, autor didáctico.
37. Santander: Después de mi carrera pública a una sola gloria me queda aspirar: a la gloria de merecer realmente el bello título de hombre de las leyes por una conducta toda conforme a ellas, toda en consonancia con los procesos de la libertad y con el sistema que felizmente ha optado la Nueva Granada (hoy República de Colombia)

Epitafios Cementerio de Bosa

1. Mamita, pasarán los días, los meses, los años y jamás te borrarás de nuestras mentes hasta que Dios por su infinita bondad nos reúna contigo para siempre.
2. Hijo llevaste una vida de paz, amor y sacrificio. Luchaste hasta el último día. Tus nobles acciones y tus ejemplos dejaron inolvidables recuerdos en nuestros corazones.
3. Esposo y padre: con amor nos diste la vida, con esfuerzo y sacrificio nos guiaste, fuiste nuestro amigo y compañero. Solo nos queda la esperanza de reunirnos contigo en la gracia de Dios.
4. Duerme tranquilo adorado esposo, que nosotros siempre te recordaremos, y al terminar nuestro paso por la vida en la mansión de Dios te buscaremos.
5. Yo sé que mi redentor vive y al fin se levantará sobre el polvo, y después de desecha, esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios. Job 19:25-26.
6. El legado que nos dejaste perdurará para siempre. La integridad y la honestidad fueron tu mejor carta de presentación. Estarás por siempre en nuestros corazones.
7. Gracias mami por tus desvelos, tus sacrificios y valor. Tu sonrisa y todo tu amor. Gracias por tu entrega y dedicación.
8. Abuela: nos llevaste de la mano, cuando niños nos alumbraste el camino, cuando jóvenes nos diste amor hasta tu muerte y ahora eres la luz que guía nuestro destino.

9. Aunque no estés con nosotros tu cuerpo reposa aquí, tu alma con el señor y tu corazón en padres y hermanos.
10. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que duermen en él.
11. Ellos dijeron cree en el señor Jesucristo y serás salvo tú y tu casa.
12. Hijo: tu ausencia ha sido infinita, has dejado gran pena en mi alma.
13. Cuando llegue el día que Dios ha fijado y conoce, tu alma venga a este cielo en él.
14. Bebé: tú fuiste los más hermoso que Dios nos pudo dar y a pesar de que él te llamó tú seguirás en nuestros corazones.
15. Bebé: eres nuestro angelito en el cielo y vivirás por siempre en el corazón de nuestros papitos y hermanita.
16. Para mi querido bebecito de parte de tus papis, te queremos decir que gracias por existir en nuestras vidas y por enseñarnos tantas cosas, eres el mejor bebé del mundo y siempre vas a estar en los corazones de tus papis y familiares.
17. Padre tú no has muerto, tu recuerdo vivirá en el corazón de tus hijos y nietos.
18. Hijo pasarán los días, los meses, los años y jamás te borrarás de nuestras mentes, hasta que Dios por su infinita bondad nos reúna contigo para siempre.
19. Queridas esposas ustedes no han muerto, sus recuerdos vivirán en el corazón de sus esposos, hijos y demás familia.
20. El pensamiento de volvernos a encontrar algún día dulcifica nuestro duelo y nos llena de esperanza.
21. Hermanito: aunque la vida puso distancia entre nosotros, nuestros corazones seguirán enlazados por el sentimiento más bonito que es el amor. Has dejado una huella imborrable en nosotros y aunque ya no estés aquí nunca te vamos a olvidar.
22. En memoria de mi padre: descansa en paz oh padre querido con tu amor, en el corazón de tus hijos y nietas estarás por siempre, papito debes saber que aprendimos la enseñanza que nos diste gracias por ese amor que en vida nos dio. Te amaremos por siempre.
23. Mi viejo que descanses, esposo hijo hermano amigo no hay un sentimiento que exprese cuánto te amamos, te extrañamos. No nos abandonas, siempre estarás en nuestros corazones.

24. Gordis: has dejado una huella que ni el tiempo ni el viento podrá borrar. Desde donde estés guíanos y al terminar nuestro paso por la vida en la mansión de Dios te buscaremos.
25. Gordo: la mona jamás te olvidará.
26. Que la luz de tu alma brille e ilumine siempre el camino de las nuestras y que tu mirada sea siempre la belleza de la eternidad para que el cielo se magnifique al tener en él tu sagrada presencia. Gracias Paola por todos esos hermosos momentos que nos diste para arrancarnos del alma inmensas alegrías.
27. Tus manitas blancas hechas de harina ahora el cielo a tomarlas se inclina.
28. Ya los ángeles mecerán tu cunita, y darán dulces mieles a tu roja boquita. Papá y yo solitos te extrañaremos, y que estemos junticos con fe pediremos. Descansa mi niña e ilumina el cielo mientras Dios te arropa con su fino velo.
29. El gran vacío que ha dejado tu partida en nuestros corazones se llena solamente con recuerdos de los momentos que compartimos juntos.
30. Ojalá muchos mas no caigan en lo que tu habías caído. Que Dios en esta vida y en la otra te recuerde en el corazón.
31. Querido esposo y padre: que Dios te acoja en el reino de los cielos, con amor nos diste la vida, con esfuerzo y sacrificio nos guiaste, fuiste nuestro amigo y compañero, solo nos queda la esperanza de reunirnos contigo en la gracia de Dios.
32. Madre: fecha triste que perdura en nuestra memoria, fecha inolvidable en que te vimos partir, con el último adiós en tu mirada.
33. Mamá te extrañamos hoy más que ayer. Solo sé que tú ya no estás con nosotros y eso nos entristece, en casa te extrañamos
34. Gracias señor por haberos prestado ese ángel que fue para nosotros el mejor ejemplo de vida y aunque hoy no gozamos de su compañía dejó en nuestra mente recuerdos de alegría.
35. Le pondré en alto por cuanto ha conocido mi nombre me invocará y yo le responderé. Con el estaré yo en la angustia. Lo libraré y le glorificaré, lo saciaré de larga vida y le mostraré mi salvación.
36. Hay personas que tardan muchos años tratando de hallar algún talento que les brinde el aprecio de la gente.
37. A ti, Mardoqueo: te bastaron pocos años para enseñarnos que la vida es infinita cuando llevamos a Dios en el corazón, cuando no olvidamos

nuestra cuna, cuando amamos lo que hacemos, cuando somos emprendedores y cuando servimos a Colombia. Por ello tú eres inolvidable y con base en nuestro trabajo te queremos honrar llegando hasta donde tú hubieras querido... porque de nada sirve extrañarte solo cuando se acerca un 13 de junio... porque recordarte es hacer las cosas bien cada día.

38. Tú eres la tristeza que mi ojos lloran en el silencio por tu amor me miro en el espejo y veo en mi rostro el tiempo que he sufrido por tu adiós. Obligo a que te olvide el pensamiento, pues siempre estoy pensado en el ayer, prefiero estar dormida que despierta de tanto que me duele que no estés. Como quisiera que tú vivieras que tus ojitos jamás se hubieran cerrado nunca y estar mirándolos. Yo he sufrido tanto por tu ausencia que desde ese día hasta hoy no soy feliz y aunque tengo tranquila mi conciencia sé que pude haber yo hecho más por ti. Oscura soledad, estoy viviendo la misma soledad de tu sepulcro, tu eres el amor del cual yo tengo el más triste recuerdo de Acapulco. Recuerdo de su señora madre, hermanos e hijos.
39. Angelito tu luz se apagó demasiado pronto en la Tierra, pero tu resplandor será eterno en el cielo y nosotras también iremos para estar contigo allí. Recuerdo de tus hermanas y padres.
40. Luz que siempre guiará nuestro camino.
41. Unión al mundo que nunca nadie separará.
42. Inolvidable hombre que perdura.
43. Siempre en nuestro corazón.
44. Heredamos y agradecemos tu mano dura porque esto nos llevó a ser personas de bien. Te pedimos desde el cielo al lado de Dios tu alma nos proteja.
45. Gracias damos a Dios por habernos regalado un ser tan maravilloso como tú, compartir momentos especiales donde aprendimos a valorar lo que es la vida siempre te llevaremos en nuestros corazones, tú serás la luz que guíe nuestro caminar. Esposo, hijos, nietos, bisnietos.
46. Misael: nos dejaste una herida muy honda con tu partida que nadie borrará, para el mundo has muerto, pero a pesar de tu partida tu amor vivirá siempre en tu esposa, hijos y nietos. Amados padres fueron la luz que alumbró nuestro camino y ahora son la estrella que guía nuestro destino.
47. Oraciones después de la muerte de una madre: te doy gracias infinitamente Dios mío, me habías regalado una madre, una mujer buena, incompresible, incomparable, bien sabía padre eterno que no era para mí ahora señor la habéis llamado a ti porque vuestra voluntad y designios así lo han juzgado conveniente, es cierto que la adoraba y la adoro

más que a todas las criaturas de este mundo, pero tú señor lo habéis dispuesto así. Recuerdo de sus hijas y nietos.

48. Amada: siempre recordada esposa, mi amor tú estás en todo momento con nosotros y aunque pasan los años siempre te amaremos mi amor, siempre estaré unido a tu dolor, aunque la distancia te impida estar juntos, te llevaré en mi corazón, te recordaremos con alegría ya que sabemos que estás en un lugar mejor, un lugar donde no existe el dolor, recuerda que siempre oraremos por ti y pediremos a Dios por tu alma, el tiempo pasa, las flores se marchitan, pero nuestro amor por ti perdurará por siempre, con tu partida nos dejaste un dolor muy profundo en cada uno de nuestros corazones querida esposa y madre. Tú no has muerto, tu cuerpo descansa aquí, tu alma con Dios y tu corazón con nosotros, te queremos. Tu esposo Narcizo Luna.
49. Hijo ha pasado tiempo desde tu partida y no hemos logrado asimilar que ya no estés, la soledad queda y solo recuerdos nos acompañan y el gran amor que por ti sentimos, las palabras sobran para decirte que fuiste alguien maravilloso que supo llenar nuestra vida de felicidad, ahora nos acompaña una gran tristeza. Siempre vivirás en nuestros corazones. Quienes te amamos: madre, esposa, hijos, hermanos y demás familia.
50. Padre tú no has muerto, tu recuerdo vivirá en el corazón de tus hijos y nietos.

Epitafios Cementerio Jardines del Apogeo

1. Nuestras flores serán el adorno de tu tumba, nuestras lagrimas su riego y nuestras oraciones el descanso para tu alma. Tus hijos, nietos, nuera y yernos.
2. ¡Oh! Dios que habéis arrebatado a quien tanto quisimos y fue la felicidad de nuestra vida. Los que le amamos lloramos su ausencia y su recuerdo no se aparta de nuestro pensamiento, pero nos alienta la esperanza de ir a unirnos con él en el cielo. Su esposa, hijos y nietos.
3. Madre: tu presencia era la esperanza del hogar, tu desaparición puso en nuestros corazones una nota sombría que nadie en el mundo logrará borrar. Tus hijos, nietos y familia.
4. Sonia, hija; has partido pero no para siempre, permanecerás con nosotros. Te llevamos en nuestros corazones con el más lindo recuerdo: Tus padres, tus hermanas, tu esposo y tus hijos.
5. Amado padre: Tu vida y tus obras se prolongan a través de las nuestras, eres semilla de amor y vida. Gracias por ser como fuiste y por el amor y felicidad que nos brindaste, hasta pronto. Tú esposa, hijos, nietos y familia.

6. Duerme tranquilo adorado esposo y padre, que nosotros te recordaremos, y al terminar nuestro paso por la vida en la mansión de Dios te buscaremos. Recuerdo de tu esposa e hijos.
7. Queridos padres: El amor los unió y de esta unión surgió una gran familia, sus 11 hijos, nietos, yernos y nueras, quienes los recordamos para siempre.
8. Esposa y madre, tú no has muerto, tu cuerpo descansa aquí, tu alma con Dios y tu corazón con nosotros.
9. Esposa y madre: a pesar de tu partida, queremos que sepas que no nos alcanzará esta vida para expresarte nuestro amor y gratitud, por ser el alma maravillosa que nos enseñó lo que realmente es el amor, el cariño y la felicidad; te llevaremos siempre en nuestros corazones: Tu esposo e hijo.
10. Cuando la luz se apaga quedamos a oscuras, pero tu luz brillará por siempre en el corazón de tu esposa e hijos.
11. Llevaste una vida de sacrificio y amor, luchaste hasta el último momento. Tus nobles acciones y ejemplos serán inolvidables en los corazones de tu esposo, hijos, yernos, nuera y nietos.
12. Duerman tranquilos adorados padre y hermano que nosotros siempre los recordaremos y al terminar nuestro paso por la vida en la mansión de Dios nos encontraremos. Recuerdo de sus hijos, hermanos y nietos.
13. Hoy solo nos queda darle gracias a Dios por el tiempo que nos permitió vivir contigo como esposo, padre, abuelo y bisabuelo, tus enseñanzas y ejemplos permanecerán por siempre en nuestros corazones.
14. Hijo tú nos has muerto, tu recuerdo vivirá en el corazón de tus padres y hermanos.
15. Padres: duerman sueños de paz, almas como las tuyas se van al cielo. Aquí reposan sus cuerpos y en el corazón de tus hijos Luís Rafael y Guillermo su recuerdo permanecerá.
16. Madre: nos llevaste de tu mano cuando niños, nos enseñaste el camino de la vida, nos diste tu amor hasta la muerte, pasarán los días y los años sin borrarte jamás de nuestras mentes. Te amaremos por siempre... Tus hijos y nietos.
17. Mamita: no sabes el vacío tan grande que tu partida dejó en nuestro corazón, esperamos sea una corta separación para volvernos a encontrar y abrazarte nuevamente. Te amamos, tu esposo, hija y nietos.
18. Madre querida, tú no has muerto, tu recuerdo vivirá en el corazón de tus hijos.

19. Amado Jesús: llevaste a tu reino a nuestros queridos padres, ellos eran el centro de la alegría, del amor y de la unión familiar. El recuerdo de sus sonrisas es como un rayo de luz que ilumina nuestras vidas. Siempre los amaremos. Descansen en paz. Tus hijos, nietos y familia.
20. Fuiste una rosa en la tierra, ahora pasaste a ser una estrella en el cielo para iluminar nuestras vidas.
21. Viejo: has dejado una huella, una nota, que ni el tiempo ni el viento podrá borrar, desde donde estés guíanos por el camino del bien. De su esposa, hijos y nietos.
22. Yo les di mi cariño, ustedes no se imaginan cuanta alegría me dieron, les agradezco a cada uno el cariño que me brindaron, pero llegó el momento de partir sola. Lloren por mí un momento si están afligidos... Después dejen que su pesar sea reemplazado por confianza. Nos vamos temporalmente. Bendigan los recuerdos de sus corazones, las amamos.
23. Te damos nuestro adiós pero sabemos que serás ejemplo de vida de alguien que luchó con tesón y que nos amó. Desde lo más profundo de su corazón te amamos. Recuerdo de su esposa, hijos y nietos.
24. Siempre estarás presente en nuestros corazones y tu ejemplo nos guiará eternamente. Tu familia.
25. Vuestro recuerdo permanece indeleble hasta encontrarnos en la patria celestial.
26. Esposo y padre pasarán los días, los meses y los años, jamás te borrarás de nuestras mentes hasta que Dios por su infinita bondad nos reúna contigo para siempre. Recuerdo de tu esposa, hijos, nietos y familia.
27. Si una huella se deja a la orilla del mar se borra, si una huella se deja en el desierto se borra, si una huella se deja en el corazón vive para siempre. Así vives tú en nuestros corazones. Tu esposa, hijos y nietos.
28. Hoy cerraste tus ojitos y te quedaste dormidita, hoy has emprendido tu viaje a una vida eterna en compañía de Dios. Siempre vivirás en nuestros corazones hasta que Dios nos permita encontrarnos nuevamente contigo.
29. No se muere aquella persona que se entierra sino aquella que se olvida. Te llevaremos siempre en nuestro corazón. Tu esposo, hijos, nietos y bisnietos.
30. Madre siempre admiramos tu capacidad de lucha y tenacidad por darnos lo mejor de ti y hoy que no estás te damos gracias por el legado de sabiduría que tu vida nos dejó. Recuerdo de hijos y nietos.
31. Guchuvita: tu fuerza, tu entereza y tu amor nos dirigieron por el camino de la vida; nos dieron las enseñanzas necesarias para luchar y soportar

- cualquier dolor. Tus brazos siempre se abrieron cuando necesitábamos un abrazo, tu corazón supo comprender cuando necesitábamos las palabras de una amiga, y tus ojos sensibles, con cariño, se endurecieron cuando requeríamos de una lección. Dios la hizo madre y eternamente vivirá en el corazón de todos nosotros. Tus hijos, Cecilia, Blanca y José Domingo.
32. Papito: es bello saber que un ser tan maravilloso como tú sigue vivo en nuestros corazones, nos diste vida y ejemplo, nos dejaste tu recuerdo. Hoy tu partida no es un adiós sino un hasta pronto, en el cielo nuestras almas se unirán eternamente. Recuerdo de tu esposa, hijos y nietos.
 33. Esposo, padre y abuelo, te fuiste pero dejaste en nuestros corazones el brillo de tus ojos, el eco de tu voz y tus enseñanzas que fortalecieron nuestras vidas.
 34. Padre: tu partida deja un profundo vacío en nuestro hogar, en nuestra familia humanamente nadie lo puede llenar. Nos consuela el saber que estás en presencia de nuestro Dios. Tu esposa, hijos y nietos.
 35. En nuestros hijos que son la continuación de tu vida, que son el aliento, el amor que me dejaste para continuar el camino. Tú no has muerto, tu cuerpo descansa aquí y tu recuerdo en el corazón de tu esposo, hijos, padres y familia.
 36. Tus ojos, tu sonrisa y la de tu hija desaparecieron con la muerte, tus recuerdos nos reflejan la verdadera ilusión de la vida, sus almas nos acompañan desde el cielo, dónde juntos están resucitando al lado de Jesús, el pensamiento de volver a encontrarnos en el cielo donde dulcifica nuestro dolor y nos llena de esperanza.
 37. Duerme en paz amada esposa, hermana, tía, abuela y cuñada, seguirás siendo la luz de nuestra familia. Dejas un gran vacío en nuestro corazón... Te amamos.
 38. Es muy grande el amor que sentimos por nuestros padres; a quienes damos infinitas gracias por todas las enseñanzas de unión fraternal, virtudes y el amor que nos dieron. Y es nuestro profundo deseo, hacer la voluntad de Dios, para merecernos el honor de estar unidos a ellos por siempre en el reino de nuestro amado creador.
 39. Un ángel que trajo alegría y felicidad, fue corto el tiempo que estuviste con nosotros pero tan inmenso el amor que nos dejaste. Gracias muñequita.
 40. Padre siempre te llevaremos en nuestros corazones.
 41. Dios nuestro: ante quien los muertos y en quien los santos encuentran la felicidad eterna; escucha nuestras súplicas por nuestros seres queridos que han sido privados de la luz de este mundo. Y concédele

gozar eternamente en la claridad de tu presencia, por Cristo nuestro señor. Amén.

42. Te fuiste inesperadamente cumpliendo con tu deber, tu cuerpo descansa aquí, tu alma con Dios y tu corazón con nosotros. Recuerdo de tu madre, hermano y familia.
43. Querida hija mil lágrimas por tu partida, una flor sobre tu tumba, por tus recuerdos una oración. Por tu alma que la recoge Dios que nos traiga fortaleza y resignación. De tus padres y hermanos.
44. Alvarín: con una expresión dulce y tranquila cerraste tus ojos para decirnos adiós, y tu inesperada partida marcó en nuestros corazones una huella de tristeza y soledad que nadie borrará. Tus padres, hermanos, esposa e hijos.
45. Querida e inolvidable madre, fuiste el más grande tesoro que Dios nos dio, madre ejemplar, abuela adorable. Siempre te recordaremos con cariño y admiración, por siempre vivirás en nuestros corazones.
46. No tuve tiempo de decirles adiós porque la prisa del viento fue más rápida que mis deseos, en aquel duro momento mi pensamiento estuvo con ustedes, saben que mi partida fue repentina, siempre los quise y tuve un lugar en mi corazón para mi esposo, hijas, familiares y amigos.
47. Tú fuiste una mujer especial en todos los corazones de sus familiares y amigos. Te recordamos. Tu esposo, hijos, nietos. Que Dios la tenga en su santa gloria.
48. Adorado esposo, padre y abuelo, aunque fue muy triste tu partida sabemos que es un hasta luego y al final del camino estaremos juntos en el reino de Dios, tu recuerdo nos acompaña siempre "Dios te bendiga Don Torres".
49. Nada ni nadie te sacará de nuestros corazones. Mi niña hermosa. Dios te ha llamado por ser la mejor, lo lograste, fuiste mamá de un hermoso bebé y se llama Emanuel.
50. Querida madresita: tu recuerdo vive en el corazón de los que te amamos. Recuerdo de tus hijos y demás familia.
51. Dios les dijo: el que cree en mí aunque esté muerto vivirá para siempre. Recuerdo de sus padres, hermanos, esposo e hijos.
52. Feliz cumpleaños. Hoy es una bella ocasión para decirte de corazón que nos haces mucha falta.

53. Mami: tu cuerpo reposa aquí pero tu sonrisa, tu alegría y tu coraje permanecerá para siempre en nuestra mente y nuestros corazones. Recuerdo de Jaimito, Andrés y Jaime.
54. Mamita damos gracias a Dios por habernos escogido para ser tus hijos y a ti por tu amor y dedicación para sacarnos adelante. Te recordaremos hoy y siempre. Recuerdo de tus hijos y nietos que nunca te olvidarán.
55. Querido hijo y hermano, eres un ángel del cielo y cada día que pasa nos alimentaremos de los hermosos recuerdos que sembraste en nuestros corazones.
56. Papito cada día que pasa nos haces mucha falta, siempre estarás en nuestros corazones. Te amamos. De tu esposa Inés, hijos y nietos.
57. Querido padre siempre te recordaremos con eterno amor y gratitud. De tu esposa, hijos, nietos y nueras. Que el padre celestial lo tenga en su gloria.
58. Las personas maravillosas como tú Camilito siempre dejan huella en el corazón y tienen un lugar muy especial en nuestra vida, en nuestros pensamientos y en nuestras oraciones. Tus padres, abuelitos, tías, primos y hermano.
59. Tu partida nos ha dejado un vacío. Tu alegría siempre la recordaremos y la llevaremos en nuestros corazones. Partiste atendiendo el llamado de Dios. Recuerdo de sus padres, hermano, hijos y demás familia.
60. Gordito: has dejado lindos recuerdos inolvidables en nuestros corazones y a pesar de que ya no estás con nosotros sabemos que te encuentras gozando del amor y la tranquilidad que el Señor tu Dios te ha brindado para siempre. Te amamos, tu esposa, hijos, madre, hermanos y demás familia.
61. Amado hijo: aunque es difícil aceptar tu partida te tendré en mi alma todos los días de mi vida hasta que Dios nos reúna nuevamente. Recuerdos de su madre.
62. Aquí está el cuerpo y la luz maravillosa del mejor padre que Dios nos regaló en la tierra, el que siempre estará en nuestros corazones. Recuerdo de su esposa e hijos.
63. Querido padre, tu alma descansa con Dios y tu corazón con tu esposa y tus hijos, y todos tus seres queridos que te amamos desde aquí.
64. Fecha triste que perdura en nuestra memoria, fecha inolvidable en que te vimos partir con el último adiós de tu mirada, ya que tus labios se enmudecieron para siempre. Recuerdo de tu familia.
65. Hijo: ¿por qué Señor nos lo quitaste si era nuestro hijo y hermano? Bajo su sombra erigimos lentamente disfrutando tu dulce compañía, olvi-

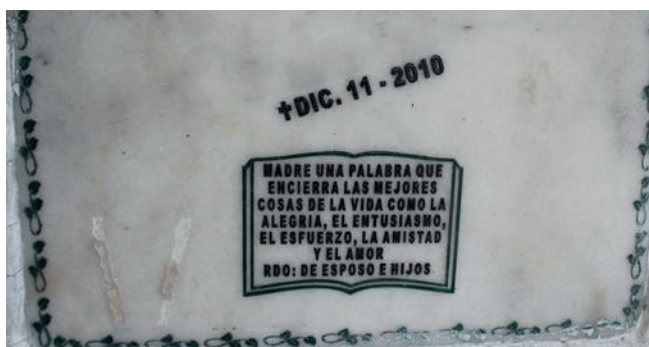
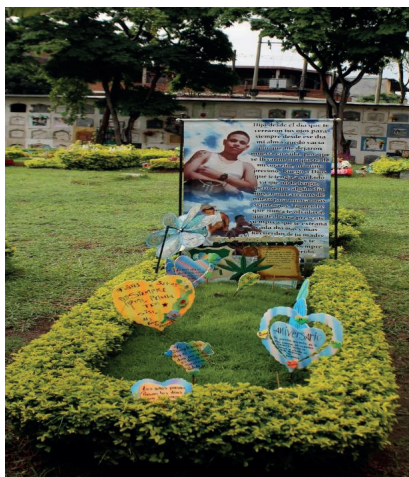
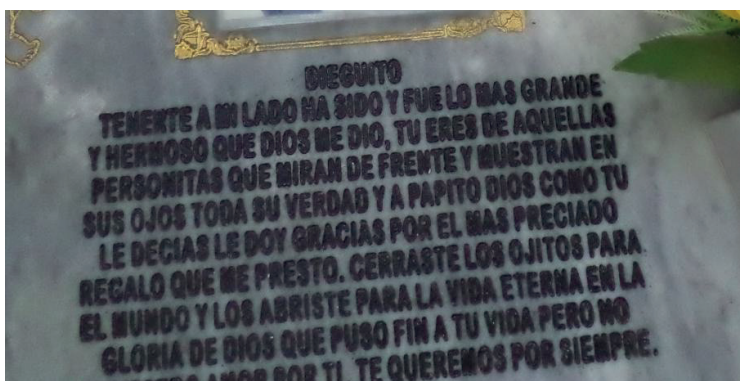
darte será imposible. Bendito estarás en nuestros corazones tristes hasta que Dios nos lleve nuevamente a tu lado.

66. Tus ejemplos fueron la fuerza general que llevamos en el corazón, nos enseñaste a no rendirnos y mantendremos como recuerdo tu memoria que será la compañía que llevaremos como una estampilla en el alma. Recuerdo de su familia y amigos.
67. Madre y abuela: aunque te perdimos no nos resignamos a tu ausencia, tu bello recuerdo siempre será nuestra mejor compañía, porque aunque estés en el cielo para siempre pendiente de nosotros tu familia siente el no tenerte en el seno del hogar. Recuerdo de tus hijos, nietos y familia.
68. Padre tomados de la mano nos enseñaste a amar... nos enseñaste a compartir, nos enseñaste un camino para ser felices... nos enseñaste a sonreír pero, nunca nos enseñaste a vivir sin ti... Gracias padre te amamos y siempre estarás entre nosotros. Tu esposa e hijos.
69. Esposa, madre y abuelita: tus ojitos se cerraron para siempre dejando un gran dolor en nuestras vidas, tu ausencia nos duele pero nuestro dolor se apacienta al saber que descansas junto a Dios. Recuerdo de tu esposo, hijos, nietos y familia.

Anexo 3

Fotografías de lápidas y tumbas en cementerios del país

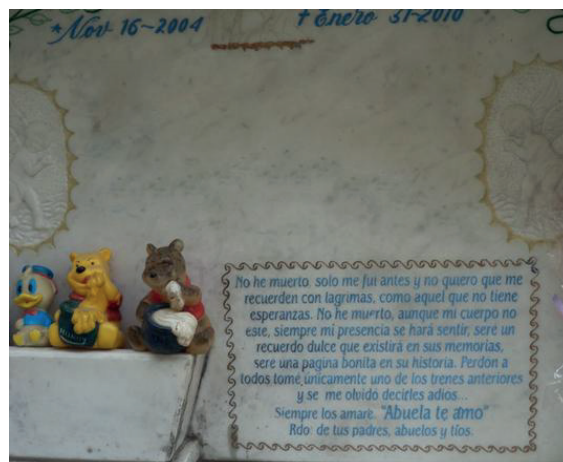
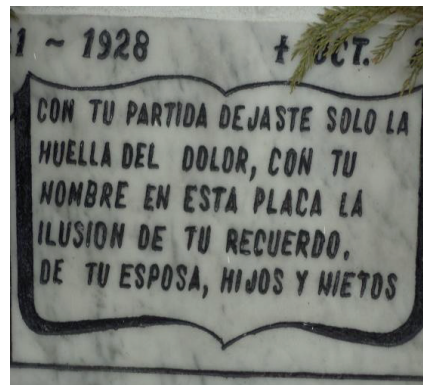








Arcoíris del adiós

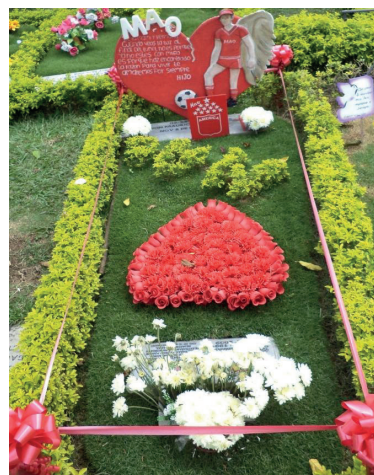
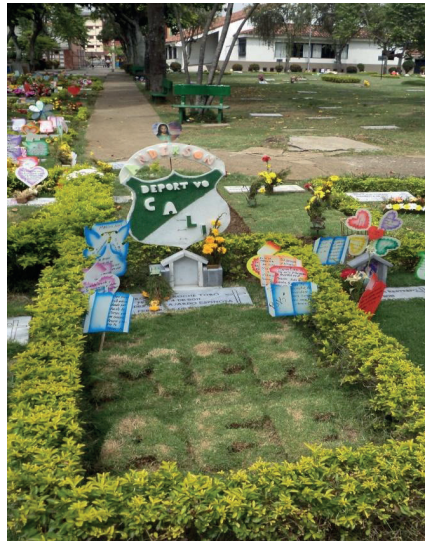
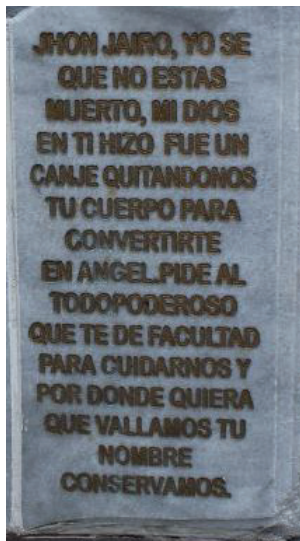
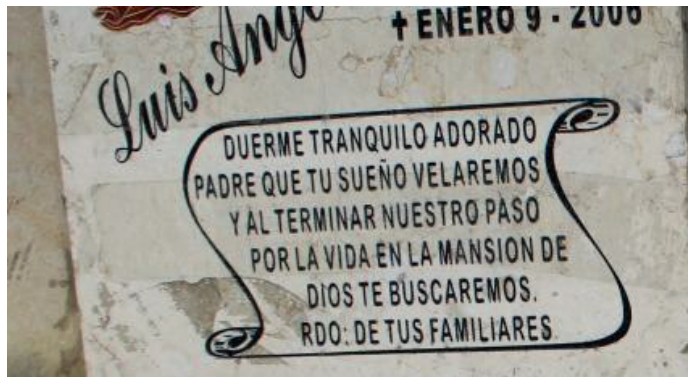


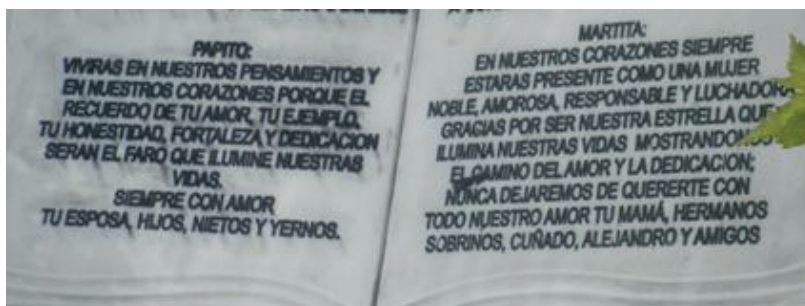
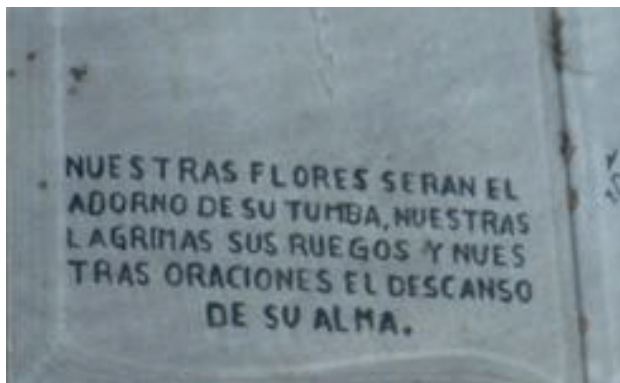


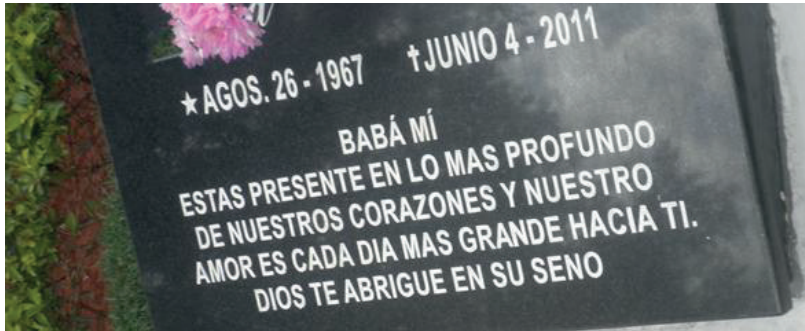
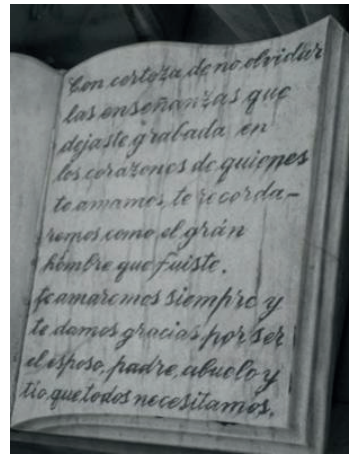
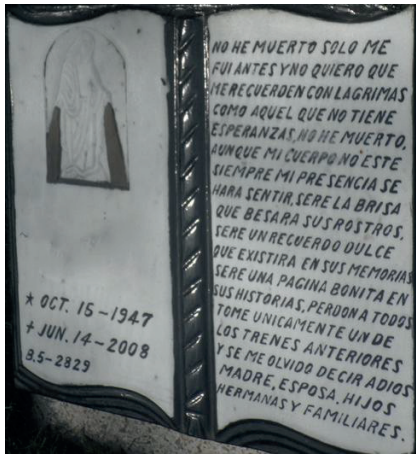
Arcoíris del adiós

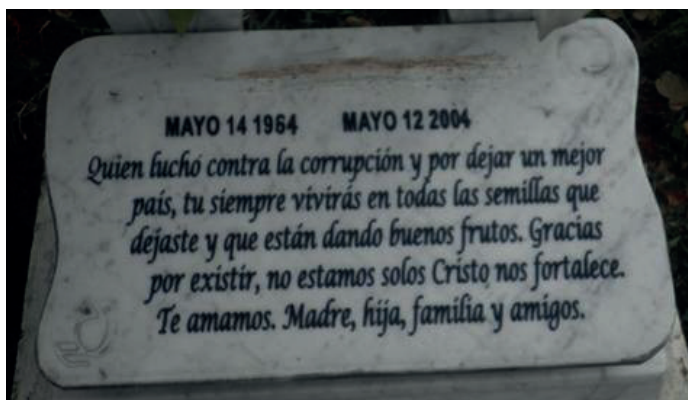
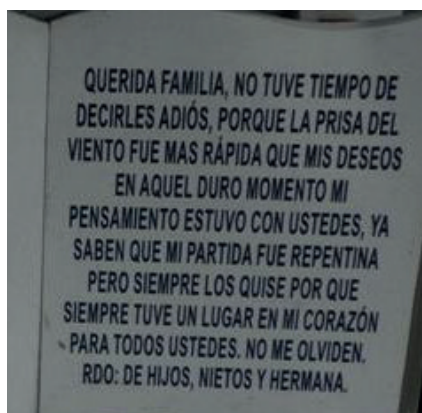


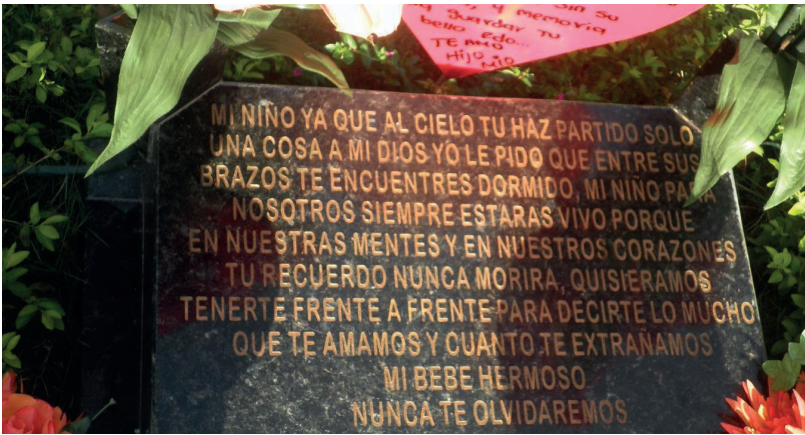
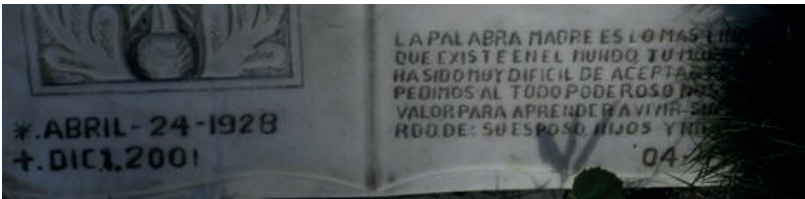
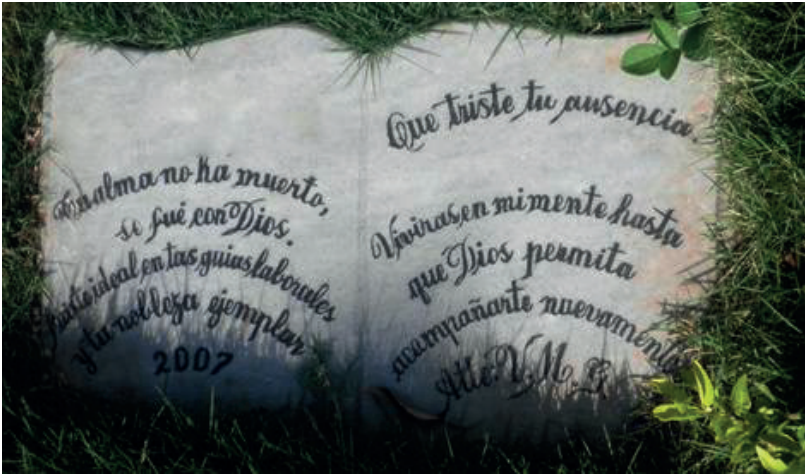


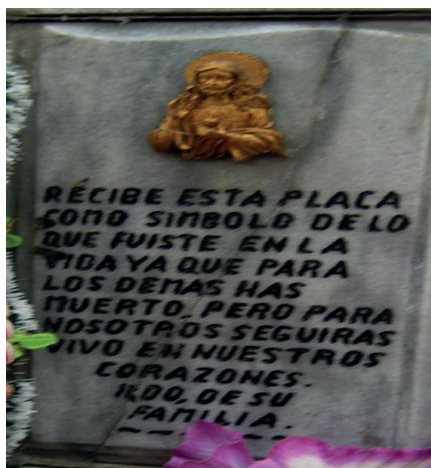
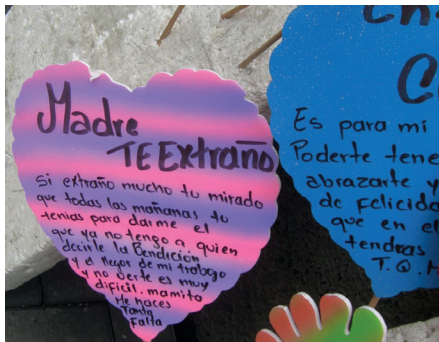


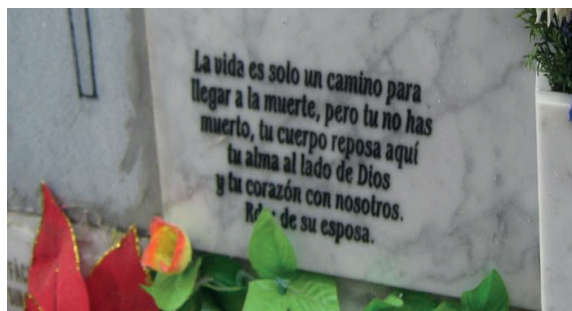
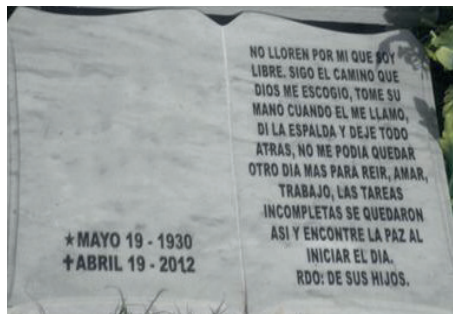
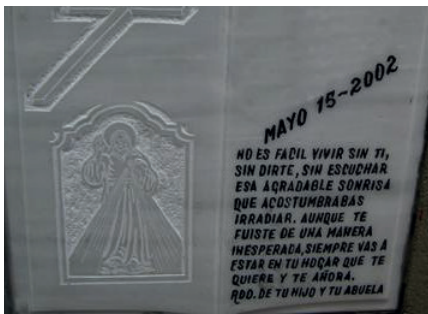




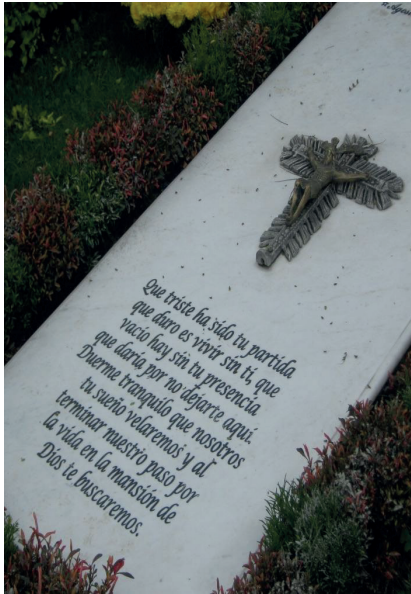


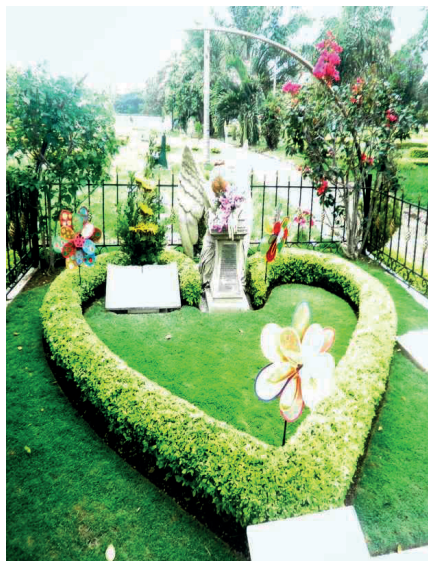


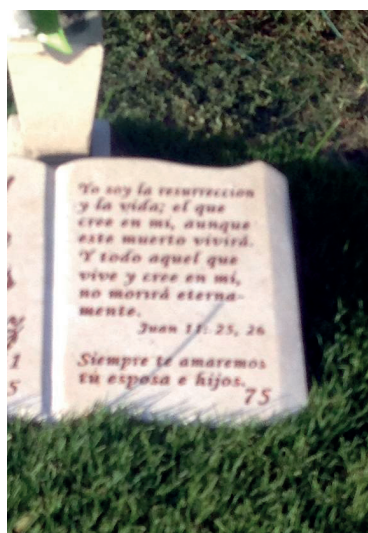
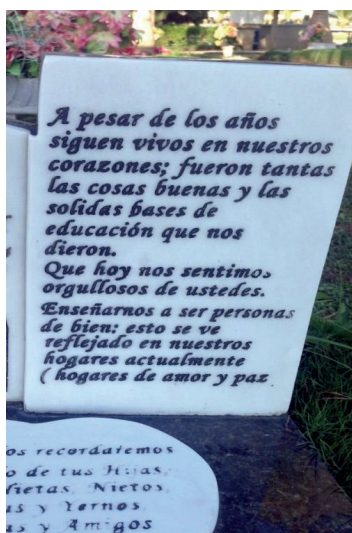
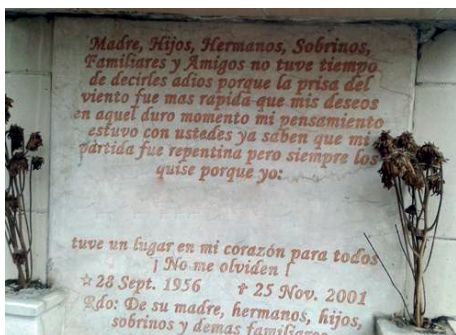


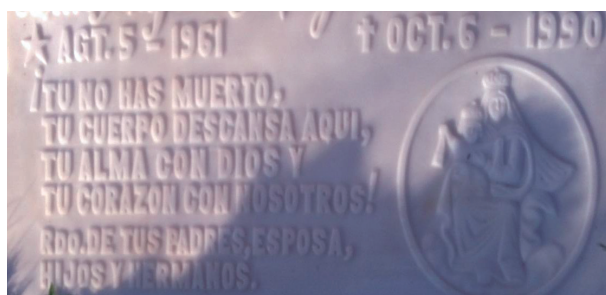
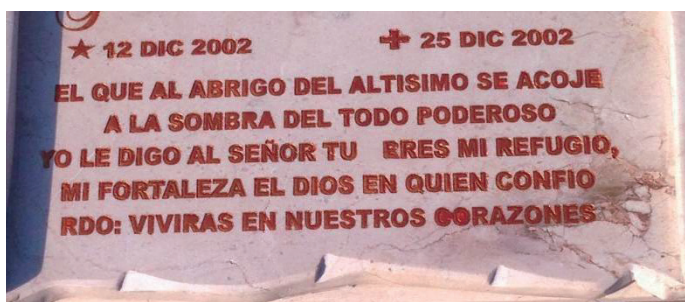
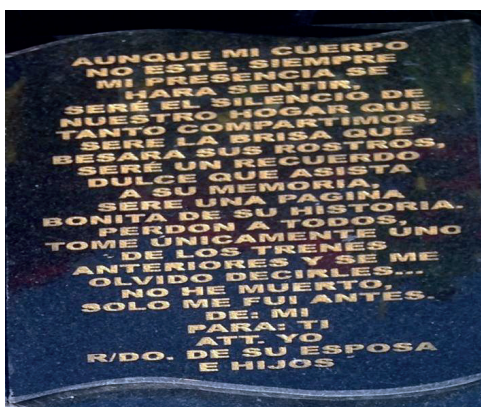


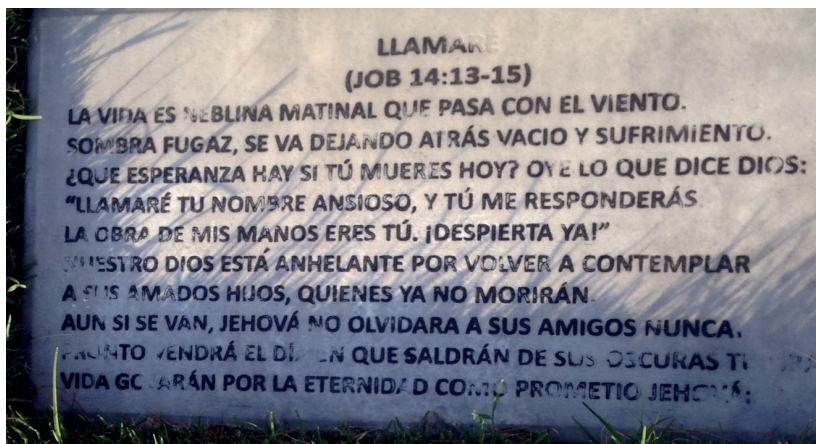
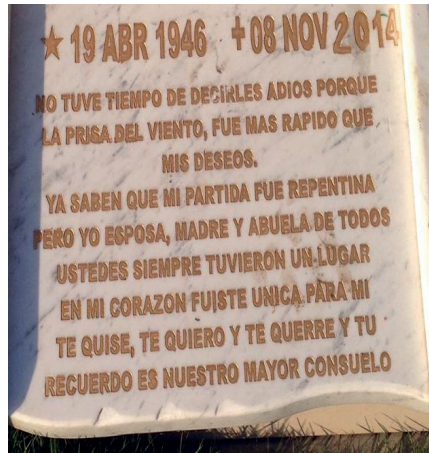
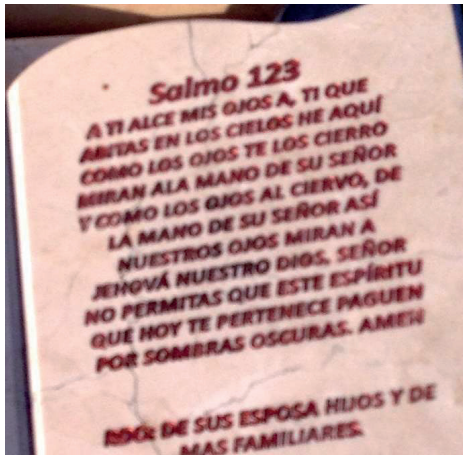






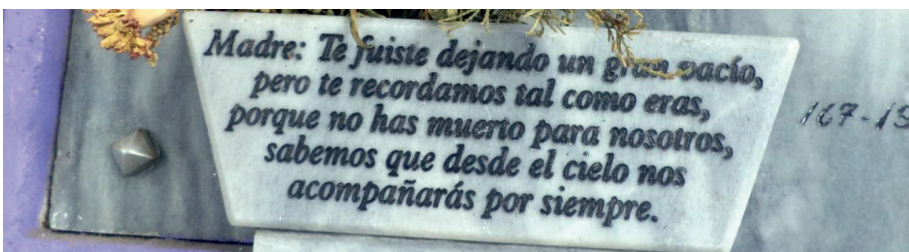
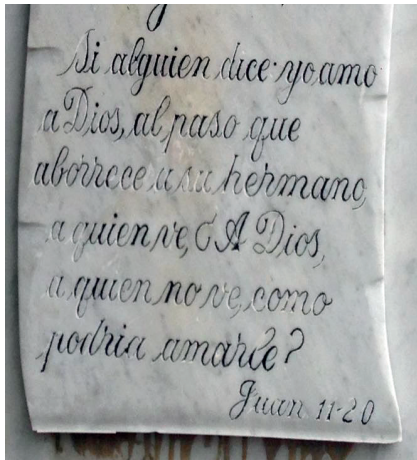


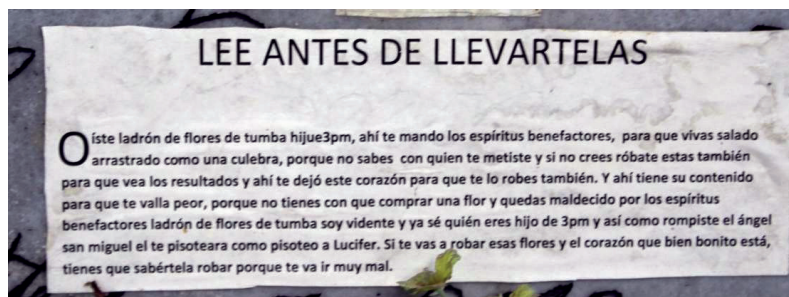












Autores

Nevis Balanta Castilla

Docente de carrera de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Licenciada en Lingüística y Literatura, Magister en Investigación Social Interdisciplinaria. Directora del grupo de investigación Lenguaje y Tecnología (Lente). Sus estudios de investigación se han centrado en los géneros cortos relacionados con los discursos amorosos y fúnebres. En la docencia su enseñanza ha girado en torno al lenguaje y los medios. También cuenta con textos publicados en el área de educación, de la enseñanza del lenguaje y de la tecnología.

David Navarro Mejía

Licenciado en Lingüística y Literatura. Magister en Investigación Social Interdisciplinaria y Ph.D. en Ciencias de la Información. Ha sido profesor en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y en la Universidad Autónoma de Colombia. Su campo de interés se ha centrado en los estudios del discurso, los medios, la educación y la literatura. También se ha ocupado en su momento de la crítica de libros. Cuenta además con amplia experiencia en asuntos de la gestión universitaria.

Este libro se
terminó de imprimir
en septiembre de 2017
en la Editorial UD
Bogotá, Colombia